

A close-up portrait of a man with dark hair and a beard, wearing a teal blazer over a white shirt. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is blurred.

PODER
Y
PASIÓN

Imperio Vitale 5

MEG SHANNON

Poder y Pasión

Imperio Vitale

Libro 5

Meg Shannon

Copyright 2024 por Meg Shannon

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, transmitida o distribuida en ninguna forma impresa o electrónica por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el previo permiso por escrito, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos reales es pura coincidencia.

Para todos aquellos que han triunfado sobre sus circunstancias.

Sobre este libro

Luca Vitale vive con tiempo prestado. Profundamente infiltrado en la Hermandad Corsa, camina por una cuerda floja peligrosa, equilibrando su papel como informante encubierto del FBI con su reputación de despiadado ejecutor de la mafia. Cada día trae nuevos riesgos, y las apuestas no podrían ser más altas, no solo para Luca, sino también para la mujer que tiene su corazón, la agente del FBI Bella Marino.

Bella Marino sabe que está jugando con fuego. Su relación prohibida con Luca ya ha comprometido su carrera, y ahora amenaza sus propias vidas. Mientras se adentran en los secretos más oscuros de la Hermandad, la línea entre aliado y enemigo se difumina, llevando a Bella a cuestionarse en quién puede confiar realmente. Cuando surge un poderoso nuevo adversario, Bella y Luca deben navegar un juego mortal donde un solo movimiento en falso podría costarles todo.

Pero el peligro no es solo externo. Dentro de la Hermandad, las sospechas están creciendo y la tapadera de Luca se está desgastando. Cuando una traición impactante los deja aturdidos, Luca y Bella se encuentran huyendo, perseguidos por ambos bandos. Mientras corren contra el tiempo para derribar la Hermandad desde dentro, deben enfrentarse a las sombras de su pasado y las mentiras que podrían separarlos.

En un mundo donde la lealtad es un lujo y la confianza una apuesta, el amor de Luca y Bella se enfrenta a su mayor desafío hasta ahora. ¿Podrán sobrevivir a la mortal red de engaños que los rodea, o la oscuridad de sus secretos los destruirá a ambos?

Poder y Pasión es la electrizante quinta entrega de la Serie de Romance Mafioso Vitale, donde el amor es peligroso, los enemigos están por todas partes y la línea entre el bien y el mal se desdibuja más allá del reconocimiento. Prepárate para un viaje que te hará palpar el corazón, lleno de pasión, traición y un amor que se niega a morir, incluso frente a probabilidades imposibles.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

Capítulo 1

Luca

La puerta se cerró de golpe, el sonido retumbando por el ático como un disparo. Mis manos se cerraron en puños, los nudillos blancos de rabia. Quería perseguir a Tanaka, silenciarlo permanentemente. Pero no podía. Todavía no.

Me aparté de la puerta, con la mandíbula tensa, y me dirigí hacia el bar. El vaso de cristal se sentía frío en mi mano mientras servía una generosa medida de whisky. Me lo bebí de un trago, saboreando el ardor. No era suficiente.

—Ese hijo de puta —gruñí, golpeando el vaso vacío contra la barra. Se agrietó, astillándose como nuestros planes cuidadosamente trazados.

Bella permanecía inmóvil, con las sábanas de seda envueltas alrededor de sus piernas. Su habitual compostura había desaparecido, reemplazada por una vulnerabilidad que nunca antes había visto. Hizo que mi pecho se tensara.

—Cree que puede controlarnos —dije, sirviéndome otra copa.

—Tanaka siempre ha sido hambriento de poder, ¿pero esto? Esto cruza una línea —dijo Bella.

Di un sorbo, dejando que el whisky rodara por mi lengua. Mi mente corría, calculando nuestro próximo movimiento. No podíamos dejar que Tanaka destruyera todo por lo que habíamos trabajado. El riesgo era demasiado alto.

—Necesitamos neutralizarlo —dije, más para mí mismo que para Bella—. Encontrar su debilidad y explotarla. Todos tienen un punto de presión.

Miré a Bella, notando la tensión en sus hombros. Estaba asustada, pero trataba de no mostrarlo. Bien. El miedo solo nublaría nuestro juicio.

—¿Estás bien? —pregunté, manteniendo mi voz baja y firme.

Bella asintió, sus ojos encontrándose con los míos. Había una chispa allí, una determinación que reconocí. No estaba quebrada. Ni por asomo.

—Resolveremos esto —dije, terminando el resto de mi bebida—. Tanaka puede pensar que ha ganado, pero nos está subestimando. Esa será su perdición.

Dejé el vaso, mi resolución endureciéndose. Tanaka había hecho esto personal, y que me condenaran si lo dejaba salirse con la suya. De una forma u otra, saldríamos victoriosos. Teníamos que hacerlo.

Me acerqué a Bella, mis ojos escaneando su rostro. El miedo seguía allí, pero había algo más también. Una resolución acerada que había llegado a admirar.

—¿Cuál es nuestro próximo movimiento? —preguntó, su voz más fuerte ahora.

Me pasé una mano por el pelo, considerando nuestras opciones. —Cavamos. Hondo. Cada contacto, cada recurso que tengamos. Tanaka tiene esqueletos en su armario, y vamos a encontrarlos.

Bella asintió, su agarre en la sábana aflojándose ligeramente. —Puedo acceder a sus archivos de personal. Podría haber algo allí que podamos usar.

—Bien —dije, paseando por la habitación. Mi mente ya estaba trabajando, trazando posibles pistas—. Me pondré en contacto con mis contactos en la calle. Alguien debe saber algo que podamos aprovechar.

Me detuve, volviéndome para mirarla. —Esto ya no se trata solo de nosotros, Bella. ¿Esas mujeres que estamos tratando de salvar? Cuentan con nosotros. No podemos dejar que Tanaka descarrile esta operación.

Los ojos de Bella se endurecieron al mencionar nuestra misión. —Tienes razón. No dejaremos que gane.

Asentí, una sonrisa sombría tirando de mis labios. Tanaka no tenía idea de a qué se enfrentaba.

Bella cruzó la habitación, sus pies descalzos silenciosos sobre la alfombra mullida. Alcanzó la botella de whisky, sirviéndose una pequeña medida. Su mano tembló ligeramente mientras llevaba el vaso a sus labios.

La observé, sintiendo una mezcla de protección y admiración. Era dura como el acero, pero incluso los más fuertes tienen sus puntos de quiebre. Quería atraerla hacia mí, protegerla de la tormenta que enfrentábamos. Pero sabía mejor. Bella no era del tipo que buscaba consuelo. Era una luchadora.

—Ya tuve una reunión con Richardson —dijo, su voz recuperando su firmeza habitual—. Está preocupado. Está vigilando.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Richardson, su jefe de sección, era un tipo inflexible que seguía las reglas al pie de la letra, con cero tolerancia para cualquier cosa que pudiera comprometer una operación. Si estaba vigilando, estábamos en serios problemas.

Asentí, tomando un largo trago de whisky. El ardor se asentó en mi estómago, un recordatorio de la precaria situación en la que nos encontrábamos. —Si Tanaka va a Richardson con esas fotos, estás acabada. Tu carrera, esta operación, todo.

Los ojos verdes de Bella se encontraron con los míos, un entendimiento silencioso pasando entre nosotros. Ambos sabíamos lo que estaba en juego.

—Necesitamos neutralizar a Tanaka —dije, mi voz firme—. Antes de que pueda hacer más daño.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas de implicaciones. Ambos sabíamos lo que "neutralizar" podía significar en nuestra línea de trabajo. Pero no estábamos tratando con algún matón callejero. Este era un agente del FBI. Las consecuencias de movernos contra él serían severas.

Bella dejó su vaso, sus ojos endureciéndose con determinación. Podía ver los engranajes girando en su mente aguda, analizando nuestro predicamento desde todos los ángulos. Podría estar sacudida, pero estaba lejos de estar quebrada.

—¿Cómo? —preguntó, su tono práctico y enfocado—. Tiene esas fotos. No podemos borrarlas, y no podemos controlarlo para siempre.

Caminé por la habitación, una energía inquieta corriendo por mis venas. Mis puños se cerraban y abrían a mis costados mientras luchaba contra el impulso de arremeter, de resolver este problema de la manera en que había resuelto tantos otros en mi vida pasada: con violencia rápida y brutal.

Pero sabía que eso no era lo mejor. Esto no era la calle, donde los problemas podían resolverse con una amenaza bien colocada o unos cuantos huesos rotos. Tanaka era un agente del FBI, protegido por todo el peso de la ley y la oficina. Cualquier movimiento directo contra él traería a toda la fuerza sobre nuestras cabezas.

Dejé de caminar y me volví hacia Bella. —Necesitamos encontrar su debilidad —dije, mi voz tensa con ira apenas contenida—. Algo que podamos usar contra él, algo para mantenerlo a

raya.

—No será bonito —advertí a Bella—. Y no será siguiendo las reglas.

Ella asintió, con la mandíbula apretada. —Entiendo. Pero Luca... tenemos que tener cuidado. Si vamos demasiado lejos, no seremos mejores que las personas que estamos tratando de detener.

Encontré su mirada, viendo el conflicto allí. La agente luchando contra la mujer. La idealista enfrentando la dura realidad.

—A veces —dije suavemente—, tienes que ensuciarte las manos para hacer lo correcto.

Bella sostuvo mi mirada por un largo momento, luego asintió. —Empezaré con nuestros registros internos —dijo—. Veré si aparece algo sobre el pasado de Tanaka. Tú usa tus contactos. Necesitamos saber todo sobre él.

La observé vestirse, mi mente ya trazando un plan de ataque. Viejos informantes, corredores de datos turbios, incluso algunos policías corruptos que podrían tener información sobre Tanaka. No iba a ser limpio, pero era necesario.

—Bien —dije—. Tengo algunas ideas. Personas que podrían saber cosas que la Oficina no sabe.

Bella se abotonó la camisa, sus dedos moviéndose con destreza. Cuando terminó, sus ojos se encontraron con los míos nuevamente. El aire entre nosotros parecía crepitar con una tensión no expresada. Miedo, deseo, la emoción del peligro: todo se arremolinaba en su mirada, reflejando lo que yo sentía en mis entrañas.

Tragué saliva, luchando contra el impulso de cerrar la distancia entre nosotros. Este no era el momento. Teníamos trabajo que hacer, vidas en juego. Pero maldita sea si una parte de mí no quería olvidarlo todo y perderme en ella.

—Luca —dijo ella, su voz baja—. ¿Y si no podemos encontrar nada sobre él?

Apreté la mandíbula, empujando la duda hacia abajo. —Lo haremos. Todos tienen secretos, Bella. Y Tanaka se ha hecho enemigos. Solo necesitamos encontrarlos.

Me acerqué más, incapaz de resistir su atracción por más tiempo. Mis manos acunaron su rostro, mis pulgares acariciando su suave piel. El calor de ella bajo mis palmas me envió una sacudida, un recordatorio de lo que arriesgábamos perder.

Sus ojos se fijaron en los míos, una tormenta de emociones arremolinándose en sus profundidades. Por un momento, vi un destello de vulnerabilidad, de necesidad. Coincidió con el dolor en mi pecho, el deseo desesperado de protegerla, de resguardarla del peligro en el que nos habíamos metido.

Bella se inclinó hacia mi toque, sus ojos cerrándose. Un suave suspiro escapó de sus labios, y sentí la tensión en sus músculos aliviarse un poco. El peso de nuestra situación, la amenaza inminente de Tanaka, pareció levantarse por solo un latido.

En su lugar surgió una necesidad cruda y primaria. Había estado creciendo entre nosotros desde el principio, una llama que habíamos tratado de ignorar. Ahora, con todo en juego, ardía caliente y feroz.

Me incliné, mis labios rozando los suyos. Esta vez, el beso fue lento, deliberado: una promesa de algo más, una conexión que trasciende el peligro y las mentiras que los rodean.

Cuando finalmente nos separamos, ambos sin aliento, me obligué a dar un paso atrás. —Ten cuidado —dije, mi voz más áspera de lo que pretendía.

Bella asintió, sus ojos aún fijos en los míos. —Tú también —susurró, y luego se deslizó por la puerta.

Cuando la cerradura hizo clic, me apoyé contra la pared, mi cuerpo vibrando con un

deseo insatisfecho. Me alejé de la puerta, agarrando una botella de agua y bebiendo la mitad en unos cuantos tragos largos. Necesitaba aclarar mi mente, recuperar mi enfoque. El tiempo se estaba escapando, y teníamos trabajo que hacer. Saqué mi teléfono, desplazándome por mis contactos. Tenía que haber alguien que supiera algo sobre el pasado de Tanaka, sus debilidades. Un antiguo compañero, un colega descontento, una vieja llama: cualquier cosa que pudiéramos usar contra él.

Mientras marcaba el primer número, me preparé para el trabajo que teníamos por delante. Esto no iba a ser fácil, pero que me condenaran si dejaba ganar a Tanaka. Había demasiado en juego.

—Joey —dije cuando se conectó la línea—. Necesito todo lo que puedas desenterrar sobre un agente del FBI llamado Tanaka. Y lo necesito rápido.

Capítulo 2

Bella

Unas horas más tarde, me deslicé de vuelta al ático. Sabía que no debería estar aquí, pero no podía mantenerme alejada. El aire se sentía denso, cargado con una corriente subyacente de tensión. Mis ojos escanearon la habitación, posándose en la figura de anchos hombros de Luca en la isla de la cocina. La tensión de su mandíbula, la rigidez de su postura: todo en él irradiaba una furia contenida.

Cuando me acerqué, se giró, sus ojos oscuros encontrándose con los míos. La intensidad de su mirada hizo que se me cortara la respiración. Había alivio allí, sí, pero también algo más oscuro, más peligroso.

Los ojos de Luca se encontraron con los míos, oscuros e intensos. —No esperaba que volvieras tan pronto —dijo, su voz más áspera de lo habitual. Se apartó de la isla, sus movimientos controlados pero traicionando una inquietud que me hizo apretar el estómago.

Crucé la habitación, colocando mi maletín en el mostrador y enfrentando su mirada directamente. Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve mi voz firme. —No podía mantenerme alejada. No con todo lo que está pasando.

La mandíbula de Luca se tensó, un músculo temblando bajo su piel. —Es peligroso que estés aquí, Bella. Si Tanaka está vigilando...

—Que vigile —dije, con más fuerza de la que pretendía—. No podemos dejar que el miedo nos paralice.

Abrí el maletín, sacando una carpeta gruesa. El peso de esta en mis manos se sentía como un salvavidas. —Tengo todo lo que necesitamos sobre Tanaka. No fue fácil, pero logré acceder a algunos archivos restringidos.

Las cejas de Luca se levantaron ligeramente, un destello de admiración cruzando su rostro. —¿Cómo lo lograste?

Me permití una pequeña sonrisa. —Tengo mis métodos. Digamos que cobré algunos favores.

Cuando le entregué la carpeta, nuestros dedos se rozaron. Incluso ese breve contacto me envió una sacudida, recordándome la compleja red de emociones enredadas entre nosotros.

Luca tomó la carpeta, hojeando las páginas. Su ceño se frunció mientras escaneaba la información, sus ojos oscuros moviéndose de un lado a otro por el texto. Lo observé atentamente, tratando de evaluar su reacción.

—Buen trabajo, Bella —dijo finalmente, con un tono de respeto a regañadientes. Dejó la carpeta y se recostó contra el mostrador, cruzando los brazos sobre el pecho—. Ahora veamos cómo usar esto a nuestro favor.

Me acerqué más, mi cadera rozando el borde del mostrador. —Ha estado escalando posiciones rápidamente —dije, trazando con mi dedo la primera página del archivo. El papel se sentía frío bajo mi tacto, un fuerte contraste con el calor que podía sentir irradiando del cuerpo de Luca—. Promociones, condecoraciones, casos de alto perfil... Es ambicioso, y no tiene miedo de

jugar sucio para conseguir lo que quiere.

Los ojos de Luca se encontraron con los míos, oscuros e intensos. —Suenas como alguien que conocemos —dijo, con voz baja.

Tragué saliva con dificultad, sabiendo que se refería a mí. —No soy nada como Tanaka —dije firmemente, incluso mientras la duda roía los bordes de mi mente.

—¿No lo eres? —desafió Luca, inclinándose ligeramente—. Ambos son impulsados, ambos están dispuestos a doblar las reglas para lograr sus objetivos.

Apreté los puños a mis costados, luchando contra una oleada de ira. —La diferencia es que yo estoy tratando de salvar vidas. Tanaka solo se preocupa por sí mismo.

Luca asintió, un músculo saltando en su mandíbula. —Conozco su tipo —dijo, con voz dura—. Creen que son intocables, que las reglas no se aplican a ellos. Siempre están buscando un ángulo, una forma de explotar el sistema para su propio beneficio.

Sus palabras tocaron una fibra sensible, recordándome los innumerables funcionarios corruptos que había encontrado en mi carrera. Me volví hacia el archivo, desesperada por encontrar algo que pudiéramos usar contra Tanaka. Mis dedos recorrieron las páginas, buscando cualquier debilidad, cualquier vulnerabilidad que pudiéramos explotar.

Mientras hojeaba los documentos, una entrada en particular llamó mi atención. —¿Qué hay de esto? —pregunté, señalando la pantalla—. Pasó meses encubierto en un círculo de juego de altas apuestas. Tal vez haya algo ahí.

Luca se inclinó para examinar el informe, su hombro rozando el mío. El contacto envió una sacudida a través de mi cuerpo, pero me obligué a concentrarme en la tarea en cuestión.

—Una operación encubierta en Las Vegas —reflexionó Luca, con el ceño fruncido en concentración—. Eso es interesante. Juego de altas apuestas, probablemente codeándose con gente peligrosa.

Asentí, mi mente corriendo con posibilidades. —Si estaba profundamente encubierto, es posible que haya tenido que hacer cosas que no se verían bien en un informe oficial. Podríamos usar eso.

Los ojos de Luca se estrecharon mientras consideraba las implicaciones. —Vegas —murmuró, una expresión pensativa cruzando su rostro—. La ciudad del pecado. Muchas oportunidades para meterse en problemas. Juego, mujeres, deudas... Es un caldo de cultivo para secretos.

Sentí una oleada de emoción. Esto podría ser: la clave para desentrañar la imagen cuidadosamente construida de Tanaka. Mi corazón latía con fuerza mientras contemplaba nuestros próximos pasos.

—Tienes razón —dije, inclinándome más cerca para examinar el archivo—. Una operación así, que dura meses... seguro que hay algo que podemos usar.

Luca asintió, sus ojos oscuros encontrándose con los míos. —Si podemos encontrar evidencia de mala conducta durante esa operación, podría darnos ventaja.

No pude reprimir la emoción que me recorrió. Estábamos sobre algo, podía sentirlo. —Necesito más información —dije, mi voz tomando un tono más afilado—. Registros financieros, informes de vigilancia, cualquier cosa que podamos obtener de esa operación.

—No será fácil acceder —advirtió Luca—. Ese tipo de información suele estar altamente clasificada.

Enderecé los hombros, con determinación corriendo por mis venas. —Me he metido en sistemas más difíciles antes. Dame unas horas, y encontraré una forma de entrar.

Los labios de Luca se curvaron en una media sonrisa. —No lo dudo. Eres ingeniosa,

Bella. Es una de las cosas que admiro de ti.

Sus palabras enviaron un calor que se extendió por mi pecho, pero aparté el sentimiento. Teníamos trabajo que hacer.

Luca asintió, dirigiéndose a la sala de estar. —Empezaré por mi lado. —Se detuvo en la puerta, su mirada encontrándose con la mía—. Mientras tanto, ¿por qué no empiezas con los planes de la redada? Necesitarás todos los detalles para la reunión informativa de mañana por la mañana con Richardson.

Asentí, con la garganta repentinamente seca. El peso de nuestra misión me presionó mientras observaba la forma retreante de Luca. Tomé una respiración profunda, calmándome.

—De acuerdo —dije, más para mí misma que para él.

Alcancé las notas manuscritas de Luca sobre los protocolos de seguridad de la Hermandad para la subasta. Al abrir la carpeta, me impresionó el meticuloso detalle de su trabajo. Diagramas, anotaciones y observaciones llenaban las páginas.

Mis ojos escanearon la primera página, absorbiendo el diseño del almacén donde se llevaría a cabo la subasta. Luca había marcado puntos de entrada potenciales, posiciones de los guardias y puntos ciegos en las cámaras de seguridad.

—Esto es impresionante —murmuré, trazando con mi dedo un boceto particularmente detallado del sistema de ventilación del edificio.

Escuché la voz baja de Luca desde la otra habitación mientras hablaba por teléfono, pero lo ignoré, concentrándome en la tarea en cuestión. A pesar del peligro que nos esperaba, me sentí atraída por la minuciosidad de Luca, su planificación meticulosa.

Mientras estudiaba las notas, no pude evitar preguntarme sobre el hombre que las había escrito. ¿Cuántas horas había pasado observando las operaciones de la Hermandad? ¿Cuántos riesgos había tomado para recopilar esta información? Me di cuenta de que estaba al menos tan dedicado como yo a derribarlos.

Hojeé las páginas, absorbiendo cada detalle del diseño del almacén. Mi corazón latía con fuerza mientras la enormidad de lo que estábamos planeando se hundía en mí. Esta redada era nuestra mejor oportunidad de dismantelar el anillo de tráfico de la Hermandad, de rescatar a esas mujeres y llevar justicia a los monstruos que las habían capturado.

Pero los riesgos eran asombrosos. Un paso en falso, un error de cálculo, y todo podría salir mal. Me imaginé a víctimas inocentes atrapadas en el fuego cruzado, oficiales de la ley abatidos, Luca desangrándose en el frío suelo del almacén.

Escuché pasos detrás de mí y me giré para ver a Luca entrar en la cocina. Sostenía un vaso de agua, sus ojos oscuros encontrándose con los míos mientras se apoyaba contra el mostrador. Una sonrisa irónica tiró de la comisura de su boca.

—No te preocupes, Bella —dijo, su voz áspera pero no desagradable—. No voy a ahogar mis penas en whisky. Tenemos trabajo que hacer.

Levanté una ceja, tratando de igualar su tono desenfadado. —Bueno saberlo. Estaba preocupada de tener que cargarte durante esta sesión de planificación.

Luca se rió, pero había una tensión en sus hombros que traicionaba su propia ansiedad. —¿Cómo se ve? —preguntó, asintiendo hacia la carpeta abierta.

—Es... mucho —admití—. Tu información es increíble, pero cuanto más la miro, más me doy cuenta de cuántas cosas podrían salir mal.

Asintió, su expresión volviéndose seria. —Pongámonos a trabajar entonces.

Durante las siguientes horas, examinamos mapas, planos y grabaciones de vigilancia. El ático quedó en silencio excepto por el susurro de papeles y nuestras voces en susurros. Los

conocimientos de Luca sobre el funcionamiento interno de la Hermandad resultaron invaluable.

—Aquí —dijo, señalando una sección del plano del almacén—. Esta entrada trasera siempre está vigilada por al menos dos hombres. Rotan cada tres horas.

Me incliné, estudiando el área que indicaba. —¿Qué hay de sus armas?

—Generalmente pistolas, pero a veces llevan rifles de asalto. Depende de lo nervioso que se sienta Ricci ese día.

Tomé notas, mi mente corriendo a través de escenarios. —Necesitaremos neutralizarlos rápida y silenciosamente. ¿Alguna idea?

La frente de Luca se arrugó en concentración. —Hay un punto ciego en sus cámaras de seguridad aquí —dijo, trazando un camino con su dedo—. Si lo cronometramos bien, podríamos eliminarlos sin alertar a los demás.

Mientras continuábamos planeando, me encontré dependiendo cada vez más de la experiencia de Luca. Su conocimiento de las operaciones de la Hermandad era incomparable, y me sorprendí preguntándome cómo había adquirido información tan detallada tan rápidamente.

—Luca —dije vacilante—, ¿cómo sabes todo esto?

Hizo una pausa, su mandíbula tensándose casi imperceptiblemente. —Llevo haciendo esto mucho tiempo, Bella. Cuando la seguridad de tu familia depende de ti, aprendes a no pasar por alto nada.

Asentí, decidiendo no presionar más. Todavía había mucho sobre Luca que seguía siendo un misterio para mí, pero confiaba en su juicio. Tenía que hacerlo.

La luz de la tarde comenzó a desvanecerse, proyectando largas sombras a través del ático. Levanté la vista de los planes, dándome cuenta de lo cerca que Luca y yo nos habíamos vuelto. Estábamos sentados lado a lado en la isla, nuestros cuerpos casi tocándose, las cabezas inclinadas sobre los documentos extendidos frente a nosotros.

Una energía cargada zumbaba en el aire entre nosotros, una potente mezcla de peligro y algo más: deseo, quizás. Mi corazón latía con fuerza, y luché por mantener mi enfoque en la tarea en cuestión.

—¿Qué hay del sistema de seguridad? —pregunté, tratando de mantener mi voz firme.

Luca se inclinó más cerca, su brazo rozando el mío. —Es de última generación, pero conozco una forma de evitarlo. Hay un punto débil en su red.

Me giré para mirarlo, nuestros ojos encontrándose. La intensidad en su mirada hizo que se me cortara la respiración. —¿Cómo lo explotamos?

Alcanzó mi mano, sus dedos entrelazándose con los míos. El calor de su toque me envió una sacudida, rompiendo la fachada profesional que había construido tan cuidadosamente.

—Así —murmuró, demostrando una serie de movimientos con nuestras manos unidas.

No me aparté. No podía. El contacto se sentía eléctrico, peligroso y completamente irresistible. Mi entrenamiento me gritaba que mantuviera la distancia, que me mantuviera objetiva, pero me encontré inclinándome hacia su toque.

—Bella —dijo Luca suavemente, su pulgar trazando círculos en mi palma.

Tragué saliva con dificultad, luchando contra la inundación de emociones que amenazaba con abrumarme. —Deberíamos concentrarnos en el plan —susurré, pero no hice ningún movimiento para reclamar mi mano.

El pulgar de Luca rozó suavemente mi piel, enviando escalofríos por mi columna. Se inclinó, sus labios flotando a solo milímetros de los míos. Cerré los ojos, entregándome al momento, a la embriagadora atracción de su presencia.

El beso se profundizó, volviéndose más urgente. Nuestros cuerpos se presionaron más

cerca, intensificando el calor entre nosotros. Podía sentir los duros planos del pecho de Luca contra mis senos, sus músculos tensos bajo su camisa. Mis manos se movieron por voluntad propia, mis dedos enredándose en su espeso cabello, acercándolo aún más.

Una ola de deseo me invadió, borrando todo pensamiento racional. Me entregué a ella completamente, dejando escapar un suave gemido contra los labios de Luca.

Sus manos se deslizaron hasta mi cintura, agarrando con fuerza como si temiera que fuera a desaparecer. La fuerza en esas manos, capaces de tanta violencia, ahora me sostenían con una delicadeza que me hacía doler el corazón.

Capítulo 3

Luca

Me aparté a regañadientes, con el pecho aún agitado mientras intentaba recuperar el aliento. La isla de la cocina, abarrotada de mapas e informes de inteligencia, parecía pertenecer a un mundo completamente distinto.

Los labios de Bella se encontraron con los míos una última vez antes de que se deslizara con gracia de mi regazo.

—Debería irme —dijo, con una voz que mezclaba determinación y deseo persistente.

Asentí, obligándome a dar un paso atrás. La pérdida de su calor contra mí era casi dolorosa, pero sabía que tenía razón. Teníamos un trabajo que hacer y había vidas que dependían de nuestra concentración. No podíamos arriesgarnos a que Tanaka la viera salir de mi ático otra vez, especialmente tan pronto después de su visita anoche.

Me di la vuelta, necesitando un momento para recuperar el control. El torbellino de sentimientos dentro de mí —deseo, amor y un toque de culpa— amenazaba con abrumarme. Tenía que compartimentar, dejar de lado lo personal y centrarme en lo profesional. No era fácil, especialmente con Bella tan cerca, pero años de entrenamiento me habían preparado para esto.

Mi mano alcanzó el teléfono, casi en piloto automático. Revisé los mensajes de mis contactos en Las Vegas, esperando cualquier nueva información que pudiera ayudarnos a resolver este caso. Mientras desplazaba la pantalla por mi bandeja de entrada, me pregunté cómo había logrado encontrar a alguien como Bella y cómo ella, inexplicablemente, se había enamorado de mí.

—¿Has oído algo de Las Vegas? —preguntó Bella mientras recogía sus cosas.

Miré mi teléfono. Nada aún. El silencio era frustrante, pero sabía que la paciencia era clave en este juego.

—Todavía no. Dales un poco más de tiempo.

—Las Vegas tiene una forma de exponer los pecados de todos —añadí, más para llenar el silencio que otra cosa—. Es solo cuestión de tiempo antes de que salgan a la luz los de Tanaka.

Bella terminó de recoger sus cosas y se dirigió hacia la puerta.

—Estaré en contacto, Luca —hizo una pausa y me miró—. Ten cuidado.

Cuando la puerta se cerró tras ella, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Era un mensaje de uno de mis contactos en Las Vegas.

Mi corazón se aceleró mientras lo abría, con una sensación de anticipación creciendo en mi pecho. ¿Podría ser este el avance que necesitábamos?

Leí el mensaje rápidamente, mi pulso acelerándose con cada palabra. Esto era. La ventaja que habíamos estado buscando.

Inmediatamente marqué el número de Bella.

—Necesitas volver —dije, tratando de contener la emoción en mi voz.

—¿Qué pasa? —preguntó, con voz alerta.

—Tanaka está más sucio de lo que pensábamos. Digámoslo así —dije, con voz baja a

pesar de saber que estábamos en una línea segura—, Tanaka tiene esqueletos en su armario que hacen que nuestra operación parezca un juego de niños. Y ahora, tenemos la llave de ese armario.

—Estaré allí en media hora —dijo y colgó.

Treinta minutos después, estaba de vuelta en mi ático. Le entregué mi teléfono, mi mente ya trabajando en cómo podríamos usar esta información a nuestro favor.

—¿Qué tan malo estamos hablando, Luca? —presionó, con voz apenas por encima de un susurro.

Tomé un respiro profundo, organizando los detalles en mi mente antes de hablar.

—Tanaka no solo estaba apostando en Las Vegas. Estaba involucrado en un esquema de lavado de dinero a gran escala con un subjefe local, Jimmy el Eslizón. Estaban desviando ganancias del casino que habían infiltrado. Y Tanaka les estaba robando a ellos.

Los ojos de Bella se abrieron, y prácticamente podía ver los engranajes girando en su cabeza. Continué, con voz baja e intensa.

—Jimmy está en prisión ahora, pero sus asociados aún están por ahí. Y no son del tipo que perdona. Tienen cuentas pendientes con Tanaka.

Observé a Bella procesar esta información, su expresión cambiando de sorpresa a cálculo. Su mente era tan afilada como una navaja, y sabía que vería el potencial en esta revelación.

—Esto podría ser, Luca —dijo, su voz llena de cauta emoción—. Si podemos aprovechar esta información, podemos controlar a Tanaka. No se atreverá a exponernos si eso significa arriesgar su propio pellejo.

Asentí, sintiendo una oleada de satisfacción. Este era el avance que habíamos estado esperando, la ventaja que necesitábamos para inclinar la balanza a nuestro favor. Pero también sentí un destello de preocupación. Usar esta información significaba jugar un juego peligroso, uno con consecuencias potencialmente mortales.

—Tendremos que tener cuidado —dije, con tono serio—. Esto no se trata solo de chantaje. Estamos lidiando con gente muy peligrosa.

Bella encontró mi mirada, sus ojos verdes llenos de determinación.

—Lo sé. Pero es nuestra mejor oportunidad de derribar a la Hermandad y salvar a esas mujeres.

—Acabo de hablar por teléfono con uno de nuestros analistas. La Hermandad planea adelantar la subasta. Será mañana por la noche.

—Deben saber que algo anda mal —dijo Bella, con los ojos muy abiertos—. Se están asustando.

Me apoyé contra la encimera de la cocina, mi mente ya corriendo con posibilidades. Este era mi mundo, después de todo: el bajo mundo de la sociedad donde las amenazas y la influencia eran moneda corriente. Sabía exactamente cómo jugar este juego.

—Me pondré en contacto con los asociados de Jimmy —dije, encontrando la mirada de Bella—. Estarán más que felices de recordarle a Tanaka sus errores pasados.

El ceño de Bella se frunció, y vi un destello de preocupación cruzar su rostro. Se mordió el labio inferior, un hábito que había notado cuando estaba preocupada.

—Luca, ten cuidado —advirtió, con voz baja—. No queremos crear un problema mayor. Necesitamos neutralizar a Tanaka, no hacer que lo maten.

Entendía su preocupación. Bella estaba acostumbrada a operar dentro de los límites de la ley, donde cada acción tenía que ser justificada y documentada. Pero en mi mundo, a veces había que bailar en el borde de la legalidad para obtener resultados.

—Sé lo que estoy haciendo —le aseguré, manteniendo mi voz calmada y firme—. Estos tipos no buscan matar a Tanaka. Quieren recuperar su dinero, más intereses. Podemos usar eso a nuestro favor.

Me acerqué a Bella, queriendo que entendiera.

—Confía en mí, he lidiado con situaciones como esta antes. Sé cómo aplicar presión sin que las cosas se salgan de control.

Los ojos verdes de Bella se fijaron en los míos, escudriñando. Observé cómo las emociones jugaban en su rostro: preocupación, duda y luego una aceptación a regañadientes. Asintió lentamente, sin apartar su mirada de la mía.

En ese momento, vi que la comprensión amanecía en sus ojos. Me estaba viendo, realmente viéndome, por quien yo era. La oscuridad que llevaba, la despiadadez que me permitía operar en este mundo. Pero había algo más en su mirada también. Un reconocimiento del hombre debajo del exterior endurecido. Y no retrocedió.

Pensé en las mujeres que estábamos tratando de salvar, en los riesgos que había tomado para llegar tan lejos.

—Tienes razón en ser cautelosa —admití, suavizando mi tono—. Pero esto es lo que hago, Bella. Sé cómo caminar por esta línea.

Ella asintió de nuevo, esta vez con más convicción.

—De acuerdo, Luca. Confío en ti.

Esas palabras me golpearon más fuerte de lo que esperaba. La confianza no era algo que se diera libremente en mi mundo. Sentí la necesidad de estar a la altura de esa confianza, de demostrar que su fe en mí no estaba fuera de lugar.

Me di la vuelta, mi mente ya corriendo con planes. Mis dedos volaron sobre la pantalla de mi teléfono, enviando mensajes encriptados a mi red de contactos. Cada mensaje estaba cuidadosamente elaborado, diseñado para poner en marcha mi estrategia sin revelar demasiado.

—Me estoy poniendo en contacto con algunos viejos asociados en Las Vegas —le expliqué a Bella mientras trabajaba—. Estarán ansiosos por recordarle a Tanaka sus indiscreciones pasadas.

Podía sentir los ojos de Bella sobre mí mientras me movía por la habitación, haciendo llamadas y tomando notas. Era una sensación extraña, ser observado tan intensamente. Estaba acostumbrado a operar en las sombras, invisible e inadvertido. Pero la mirada de Bella se sentía diferente. No era crítica ni temerosa. En cambio, se sentía... comprensiva.

—¿En qué estás pensando? —pregunté, levantando la vista de mi teléfono.

Bella inclinó la cabeza, considerando.

—Estoy pensando en lo diferentes que son nuestros mundos —dijo—. Y sin embargo, cuán similares son nuestros objetivos en este momento.

Asentí, apreciando su perspicacia.

—Ambos queremos justicia, a nuestra manera —estuve de acuerdo—. Mis métodos pueden ser más rudos, pero el objetivo final es el mismo.

Mientras continuaba trabajando, me encontré extrañamente reconfortado por la presencia de Bella. Era extraño tener a alguien que viera más allá de la máscara que había usado durante tanto tiempo. Pero no me molestaba. De hecho, lo acogía con agrado.

Nos quedamos despiertos toda la noche, trabajando en los planes para la redada.

Capítulo 4

Bella

Las luces fluorescentes zumbaban sobre mi cabeza mientras caminaba a grandes zancadas por la sede del FBI, mis pasos haciendo eco en el pasillo vacío. Eran las 5:30 de la mañana, y el edificio parecía un pueblo fantasma. Mi estómago se revolvía con una mezcla de anticipación y temor.

Pasé junto al escritorio del agente Miller, generalmente desordenado con expedientes de casos y tazas de café a medio tomar. Hoy estaba inquietantemente limpio. Todos se habían marchado, preparándose para la redada. El peso de lo que estábamos a punto de hacer me presionaba, haciendo que cada paso se sintiera como si estuviera caminando a través del hormigón.

—Buenos días, Marino —me llamó una voz áspera. Era Johnson de Delitos Cibernéticos, sus ojos vidriosos por lo que supuse había sido una noche en vela—. Gran día, ¿eh?

Asentí, forzando una sonrisa tensa. —Sí. Un gran día.

Al acercarme a la sala de reuniones, mi ritmo cardíaco se aceleró. Esto era todo. Ya no había vuelta atrás. Tomé un profundo respiro y empujé la puerta para abrirla.

La sala quedó en silencio cuando entré. Un mar de rostros sombríos se volvió hacia mí, sus ojos llenos de una mezcla de determinación y aprensión. Escaneé la habitación, notando caras familiares: Torres de SWAT, Chen de Rescate de Rehenes, Walsh de Inteligencia.

A la cabeza de la mesa estaba sentado Richardson, su cabello entrecano perfectamente peinado, su rostro una máscara indescifrable. Nuestras miradas se encontraron, y sentí un destello de duda. ¿Confíaba lo suficiente en mí para esto?

Y entonces lo vi. Tanaka. Estaba recostado en la esquina, con una sonrisa burlona en los labios mientras me observaba. Mi piel se erizó bajo su mirada.

—Nos alegra que se una a nosotros, agente Marino —la voz de Richardson cortó el silencio—. Estábamos a punto de comenzar.

Asentí, moviéndome para tomar asiento. Mientras lo hacía, la sonrisa de Tanaka se ensanchó.

—¿Dormiste bien, Marino? —preguntó, su voz goteando falsa preocupación—. Te ves un poco... estresada.

Apreté los dientes, negándome a morder el anzuelo. —Pongámonos a trabajar.

Richardson se aclaró la garganta, atrayendo la atención de todos. —Muy bien, gente. Tenemos un largo día por delante. Empecemos.

Me puse de pie, con el corazón latiendo fuerte mientras enfrentaba a la sala. —Bien, equipo. Esto es lo que sabemos. —Mostré un mapa en la pantalla detrás de mí, señalando un almacén en las afueras de la ciudad—. La subasta de la Hermandad está programada para llevarse a cabo aquí esta noche a las 10 PM. Tenemos información que sugiere que al menos quince mujeres estarán presentes, junto con un número desconocido de compradores y guardias.

Pasé a la siguiente diapositiva, mostrando fotos de vigilancia. —Nuestro objetivo

principal es rescatar a estas mujeres y detener a tantos miembros de la Hermandad como sea posible. La velocidad y la precisión son cruciales. No podemos arriesgarnos a alertarlos antes de que estemos en posición.

Richardson se inclinó hacia adelante, con los ojos entrecerrados. —¿Y está segura de esta ubicación, Marino? No hay margen de error aquí.

Encontré su mirada, estabilizando mi voz. —Sí, señor. La información proviene de una fuente confiable.

Tanaka resopló. —¿Confiable? ¿Te refieres a tu novio de la mafia?

La sala se tensó. Apreté los puños bajo la mesa, luchando por mantener una expresión neutral. —La información ha sido corroborada por múltiples fuentes, Tanaka. Si tienes dudas sobre su validez, estaré encantada de revisar las pruebas contigo después de la reunión.

Tanaka se recostó, sus ojos brillando. —Oh, tengo dudas, sin duda. Como por ejemplo, cómo una agente del FBI se volvió tan íntima con un conocido criminal que está dispuesta a arriesgar toda una operación basándose en su palabra.

Abrí la boca para responder, pero Richardson intervino. —Es suficiente, Tanaka. Estamos aquí para planear una redada, no para ventilar quejas personales.

Tomé un respiro profundo y seguí adelante. —La subasta está programada para comenzar a medianoche. Nos moveremos a las 11:30 PM, dándonos tiempo para asegurar el perímetro y posicionar nuestros equipos. He trazado tres puntos de entrada aquí, aquí y aquí. —Señalé el plano en la pantalla—. El equipo Alfa irrumpirá por la entrada principal, mientras que Bravo y Charlie entrarán por los lados y la parte trasera.

Tanaka interrumpió de nuevo. —¿Y si tu información es incorrecta? ¿Qué pasa si han cambiado la ubicación en el último minuto?

Me volví para enfrentarlo, mi voz nivelada pero firme. —Tenemos planes de contingencia en marcha, agente Tanaka. Si me dejaras terminar, estaba a punto de cubrir esos.

Los ojos de Richardson se movieron entre nosotros, su expresión indescifrable. Continué, describiendo estrategias de respaldo y posibles complicaciones. Con cada punto, proporcioné datos concretos: informes de vigilancia, registros financieros, comunicaciones interceptadas, cualquier cosa para reforzar mi caso.

—¿Alguna pregunta? —pregunté, concluyendo mi presentación.

La sala quedó en silencio. Richardson tamborileó con los dedos sobre la mesa, con el ceño fruncido en señal de reflexión. Contuve la respiración, consciente de que todo dependía de su decisión.

Después de lo que pareció una eternidad, habló. —De acuerdo, Marino —dijo, con voz áspera—. Procedemos. Pero te hago personalmente responsable del éxito de esta operación. No me decepciones.

El alivio me invadió, pero mantuve mi rostro impassible. —Entendido, señor. No lo decepcionaré.

Cuando me volví hacia el equipo, capté la mirada de Tanaka. Su rostro era una máscara de desprecio apenas contenido. Lo ignoré, concentrándome en la tarea que teníamos entre manos.

—Muy bien, gente —dije, con voz firme a pesar de la energía nerviosa que corría por mis venas—. ¿Hay alguna pregunta?

—Agente Marino —la voz del agente Thompson cortó mis pensamientos—. ¿Cuál es nuestro protocolo si encontramos resistencia inesperada?

Parpadeé, forzándome a volver al presente. —Neutralizaciones no letales siempre que sea posible —respondí, con voz firme—. Pero si abren fuego, tienen autorización para usar la fuerza

necesaria para protegerse a sí mismos y a los rehenes.

Mientras continuaba respondiendo preguntas, el peso de la responsabilidad me presionaba. Estas personas estaban arriesgando sus vidas basándose en mi información, en mi plan. Si algo salía mal...

No. No podía pensar así. Tenía que ser perfecta. Esas mujeres contaban con nosotros. Conmigo.

—¿Alguna otra pregunta? —pregunté, escaneando la sala.

El silencio me saludó. Asentí, tratando de proyectar una confianza que no sentía del todo. —Bien. Equipaos y reuníos en los vehículos una hora antes de la hora de inicio.

Mientras el equipo se dispersaba, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Salí al pasillo, con el corazón acelerado mientras revisaba el mensaje. Una alerta codificada de Luca parpadeó en la pantalla: "Todo está en su lugar. No te preocupes".

Exhalé lentamente, el alivio me invadió. Luca había cumplido, tal como lo prometió. Las piezas estaban cayendo en su lugar.

Pero mi alivio fue de corta duración.

Una mano fuerte se aferró a mi brazo, haciéndome girar. Mi corazón saltó a mi garganta cuando me encontré cara a cara con Tanaka. Sus ojos eran fríos, amenazantes, su rostro a escasos centímetros del mío.

—Te crees muy lista, Marino —siseó, su voz un susurro venenoso—. Jugando tus pequeños juegos, haciendo que tu noviecito de la mafia me amenace. Pero estás cometiendo un gran error. Un error que podría costarte todo.

Luché por mantener mi expresión neutral, incluso cuando el miedo y la ira surgían dentro de mí. ¿Quién se creía que era?

—No sé de qué estás hablando, Tanaka —dije, manteniendo mi voz baja y firme—. Tenemos una redada que preparar. Este no es el momento para-

Su agarre en mi brazo se apretó. —No te hagas la tonta conmigo —gruñó—. Te tengo en la mira, Marino. Y cuando esto termine, te arrepentirás de haberte metido conmigo.

Liberé mi brazo de un tirón, mirándolo fijamente. —¿Estás amenazando a una compañera agente?

Tanaka hizo una pausa, luego se volvió. Sus ojos se entrecerraron mientras se inclinaba cerca, su aliento caliente contra mi oído.

—No te hagas la tonta conmigo —gruñó—. Sé lo de sus amigos en Las Vegas. No están contentos, Bella. Para nada contentos.

—No tengo idea de qué estás hablando —dije, forzando mi voz a permanecer firme—. Y no tenemos tiempo para tus amenazas crípticas. Tenemos un trabajo que hacer.

Me di la vuelta para alejarme, pero las palabras de Tanaka me siguieron, afiladas como cuchillos. —Sigue diciéndote eso, Marino. Pero recuerda, te estoy vigilando. Un movimiento en falso, y todo tu castillo de naipes se vendrá abajo.

La sonrisa presumida de Tanaka torció sus labios mientras soltaba mi brazo. —Solo pensé que deberías saberlo —dijo, retrocediendo—. Ten cuidado ahí fuera, Marino. Nunca se sabe quién podría estar vigilando tu espalda. —Se dio la vuelta y se alejó, sus pasos haciendo eco en el pasillo vacío.

Me quedé allí, temblando con una mezcla de miedo y furia. Mi mente corría, tratando de procesar las implicaciones de la amenaza de Tanaka.

Tomando un respiro profundo, meforcé a recuperar el control. No podía dejar que las palabras de Tanaka me descarrilaran. Esas mujeres contaban conmigo. Tenía un trabajo que

hacer.

—Contrólate, Bella —murmuré para mí misma, enderezando los hombros—. No puedes permitirme perder el enfoque ahora.

Mientras el sol comenzaba a ponerse, proyectando largas sombras a través de la oficina, encontré un rincón tranquilo y saqué mi teléfono. Mi corazón se aceleró mientras marcaba el número de Luca.

—Bella —su voz profunda respondió, calmando instantáneamente mis nervios alterados.

—¿Cómo van las cosas por tu lado? —pregunté, esforzándome por mantener un tono casual a pesar del nudo en mi estómago.

La voz de Luca bajó aún más, con un toque de acero subyacente en sus palabras. —Todo está listo —dijo con tranquila confianza—. No te preocupes, Bella. Sacaremos a esas mujeres.

Cerré los ojos, aferrando el teléfono con más fuerza. Quería creerle, necesitaba confiar en su certeza. Pero las palabras amenazantes de Tanaka de antes se deslizaban por mi mente, envenenando mi resolución.

Mi garganta se apretó. Tragué con dificultad, forzando una ligereza en mi voz que no sentía. —Sé que lo haremos —respondí, esperando que el temblor en mis palabras no fuera tan notorio como se sentía.

Me apoyé contra la fría pared, tratando de extraer fuerza de la seguridad de Luca. Pero la duda me carcomía. ¿Y si Tanaka tenía razón? ¿Y si estaba llevando a mi equipo a una trampa? El peso de la responsabilidad me oprimía, amenazando con aplastar mi compostura.

—¿Bella? —la voz de Luca cortó mis pensamientos en espiral—. ¿Sigues ahí?

Me enderecé, alejándome de la pared. —Sí, estoy aquí —dije, inyectando falsa alegría en mi tono—. Solo estoy repasando los últimos detalles en mi cabeza.

La línea crepitó en silencio. Casi podía oír los engranajes girando en la mente de Luca, analizando cada palabra, cada inflexión de mi voz. Mi corazón se aceleró mientras esperaba, sabiendo que era demasiado perspicaz para dejarse engañar por mi débil intento de engaño.

—Algo anda mal —dijo finalmente, su voz afilada con sospecha—. ¿Qué es, Bella? Dímelo.

Inhalé bruscamente, atrapada entre el impulso de confiar en él y la necesidad de proteger nuestra misión. La amenaza de Tanaka se cernía grande en mi mente, una sombra oscura sobre todo por lo que habíamos trabajado. Mis dedos se apretaron alrededor del teléfono mientras luchaba con mi decisión.

—Bella —presionó Luca, su tono suavizándose—. Sea lo que sea, podemos manejarlo juntos. Lo sabes.

Cerré los ojos, el peso de su confianza haciendo que mi engaño fuera aún más difícil de soportar. Quería contarle sobre Tanaka, sobre las amenazas veladas y el miedo que me carcomía por dentro. Pero no podía arriesgarme a poner en peligro la operación, no cuando estábamos tan cerca.

—No es nada —mentí, odiándome por cada palabra falsa—. Solo son nervios previos a la redada. Estaré bien.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Contuve la respiración, esperando la respuesta de Luca, sabiendo que veía a través de mi mentira.

—Ten cuidado, Bella —dijo finalmente, su voz cargada de preocupación no expresada—. Me mantendré en contacto.

Asentí, olvidando por un momento que no podía verme. —Lo tendré —susurré, con la garganta apretada por la emoción.

Mientras terminaba la llamada, mi corazón latía contra mi caja torácica. La necesidad de confiar en Luca, de compartir la carga de la amenaza de Tanaka, era abrumadora. Pero no podía. No ahora. No cuando estábamos al borde de la operación más importante de nuestras carreras.

Guardé el teléfono, con las manos temblando ligeramente. Respiré hondo, enderecé los hombros y apreté la mandíbula. Tenía que concentrarme. Tenía que ser fuerte. Por las mujeres que estábamos a punto de rescatar. Por Luca, que estaba arriesgándolo todo para ayudarnos. Y por mí misma, porque me negaba a dejar que las amenazas de Tanaka me quebraran.

—Superaré esto —murmuré entre dientes, un mantra para fortalecer mis nervios—. Tengo que hacerlo.

Richardson nos recibió en el garaje.

—Escuchen —ladró, su voz cortando la tensión—. Esta es una operación de alto riesgo. Entraremos con fuerza y no saldremos hasta que esas mujeres estén a salvo. ¿Está claro?

Su mirada recorrió nuestros rostros, deteniéndose en el mío una fracción de segundo más. ¿Sospechaba algo? ¿Sabía de la amenaza de Tanaka? Me obligué a mantener el contacto visual, rogando que mi rostro no traicionara el tumulto interior.

—Cristalino, señor —respondimos al unísono, nuestras voces resonando en el tenso silencio.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Esto era todo. Ya no había vuelta atrás. El peso de la responsabilidad me oprimía, amenazando con aplastarme. Pero no podía flaquear. No ahora. Esas mujeres contaban con nosotros. Conmigo.

Agarré mi chaleco táctico, revisando dos veces mi equipo mientras nos acercábamos a los vehículos que nos esperaban. El peso de mi arma contra mi cadera era a la vez reconfortante y aterrador.

—Marino —llamó Richardson, con voz áspera—. Tú vienes conmigo.

Asentí, tragando con dificultad mientras subía a la parte trasera del SUV sin identificación. El asiento de cuero crujió bajo mi peso. Cuando la puerta se cerró de golpe, capté un último vistazo del horizonte de la ciudad a través de las ventanas tintadas.

—¿Segundos pensamientos? —preguntó Richardson, sus ojos encontrándose con los míos en el espejo retrovisor.

—No, señor —respondí, mi voz más firme de lo que me sentía—. Estoy lista.

Gruñó en respuesta, poniendo el vehículo en marcha. Mientras salíamos del garaje, no pude sacudirme la sensación de que todo estaba a punto de cambiar.

—Comprobación de comunicaciones —ladró Richardson por su radio.

Uno por uno, el equipo respondió. Cuando llegó mi turno, activé mi micrófono.

—Marino, reportándose.

Mi corazón latía con fuerza mientras acelerábamos por las calles que se oscurecían. Cerré los ojos por un momento, pensando en Luca. ¿Estaba cometiendo un error al no contarle sobre la amenaza de Tanaka? La culpa me roía, pero la aparté. Tenía un trabajo que hacer.

Capítulo 5

Luca

El aire del almacén estaba cargado con el olor a cigarrillos rancios y algo más: un sabor metálico que reconocí como miedo. Me moví por el amplio espacio, con los sentidos en alerta máxima, observando cada detalle. Cajas apiladas hasta lo alto, su contenido oculto bajo pesadas lonas. Guardias fuertemente armados posicionados en puntos estratégicos, con rostros duros y ojos vigilantes.

Me obligué a respirar lenta y constantemente. Mi corazón latía contra mis costillas, pero no podía demostrarlo. No aquí. No ahora.

—Eh, Luca —me llamó una voz áspera. Era Marco, uno de los principales ejecutores de Matteo—. El jefe quiere verte.

Asentí, ofreciendo una sonrisa casual. —Voy para allá.

Mientras caminaba, catalogué cada salida, cada arma potencial. Los viejos hábitos son difíciles de eliminar, incluso estando encubierto. Me había ganado la confianza de Matteo, pero un solo movimiento en falso y todo habría terminado.

Me acerqué a otro guardia, asintiendo brevemente al pasar. —¿Todo tranquilo esta noche, Tony?

Gruñó afirmativamente. —Hasta ahora. Pero la noche es joven.

Me reí, el sonido hueco en mis oídos. —Cierto.

Mi máscara cuidadosamente construida estaba en su lugar, pero por debajo, mi mente corría. ¿Dónde estaban retenidas las mujeres? ¿Cuántos guardias había? ¿Y si el mensaje de Bella no llegaba?

Aparté esos pensamientos. Concéntrate en el presente. Mantente vivo. Completa la misión.

Al acercarme a la oficina de Matteo, tomé una respiración profunda. Era hora de interpretar mi papel.

Me aproximé a una sección del almacén acordonada por gruesas cuerdas de terciopelo. Dos guardias estaban de pie en la entrada, sus expresiones impasibles mientras revisaban identificaciones y escaneaban rostros. Mis pasos vacilaron, mi ritmo cardíaco se disparó. Esto era. El área de retención donde mantenían a las mujeres.

Me obligué a seguir caminando, a no reaccionar. Pero mi mente gritaba. Estas mujeres estaban atrapadas, aterrorizadas. Y yo era impotente para ayudarlas. Todavía no.

—Identificación —exigió uno de los guardias, con la mano extendida.

Busqué torpemente mi placa, maldiciendo internamente por mis manos temblorosas. —Aquí —dije, orgulloso de lo firme que sonaba mi voz.

Mientras el guardia escrutaba mis credenciales, me esforcé por escuchar más allá de las cuerdas. Suaves gemidos. Susurros apagados. El inconfundible tintineo del metal contra metal.

Mi estómago se revolvió violentamente. Tragué saliva, luchando contra la ola de náuseas que subía por mi garganta.

—¿Estás bien? —preguntó el segundo guardia, mirándome con sospecha.

Asentí, forzando una sonrisa. —Larga noche —mentí—. Matteo nos tiene corriendo como locos.

El guardia gruñó en señal de acuerdo. —Ni que lo digas. Adelante.

Pasé las cuerdas, cada fibra de mi ser gritando que volviera, que buscara ayuda ahora. Pero no podía. No sin comprometer todo por lo que habíamos trabajado.

Apreté los puños, las uñas clavándose en mis palmas. El dolor me ancló, me ayudó a mantener mi fachada. Tenía un trabajo que hacer. Estas mujeres contaban conmigo, aunque no lo supieran.

Seguí caminando, dejando atrás el área de retención. Pero los sonidos, el miedo, se quedaron conmigo, alimentando mi determinación de acabar con esta pesadilla de una vez por todas.

—¿Todo bien, Luca? —preguntó uno de los guardias, su voz áspera, teñida de sospecha.

Me congelé, mi corazón martilleando contra mis costillas. ¿Me había delatado? Me giré lentamente, encontrándome con la dura mirada del guardia. Su mano descansaba casualmente sobre su arma enfundada, una amenaza silenciosa.

Forcé una risa, esperando que no sonara tan hueca como se sentía. —Solo admiraba la mercancía —respondí, recorriendo con la mirada la entrada custodiada. Las palabras me supieron a bilis en la boca—. Matteo tiene buen gusto.

Mi piel se erizó al decirlo, el asco y el auto-desprecio libraban una batalla dentro de mí. Pero tenía que interpretar el papel, tenía que mantener esta cruel charada. Las vidas de las mujeres dependían de ello.

Los ojos del guardia se estrecharon, escudriñando mi rostro en busca de cualquier señal de engaño. Sostuve su mirada firmemente, rezando en silencio para que no pudiera oír el frenético latido de mi corazón.

—Matteo sí que tiene ojo para la calidad —concordó el guardia después de un largo momento. Se relajó ligeramente, su mano alejándose de su arma—. ¿Piensas hacer una oferta esta noche?

Negué con la cabeza, tratando de parecer arrepentido. —No está en el presupuesto esta vez —mentí—. Pero siempre está el mes que viene, ¿no?

El guardia se rio, un áspero ladrido de sonido que me hizo erizar la piel. Me uní a su risa, odiándome a mí mismo por cada segundo.

El guardia gruñó, con un destello de aprobación en sus ojos. —Lo mejor —estuvo de acuerdo—. Esta noche va a ser una gran noche.

Asentí, con el estómago revuelto. La idea de lo que estaba a punto de suceder aquí me daba ganas de golpear algo, preferiblemente la cara presumida del guardia. Tragué con fuerza, reprimiendo la ira y la repulsión.

—Tienes razón —dije, manteniendo mi voz baja y conspiratoria—. Matteo ha estado planeando esto durante meses. Los compradores se van a volver locos.

Hice un gesto de mirar mi reloj, agradecido por la excusa para apartar la mirada de la expresión lasciva del guardia. —Será mejor que vuelva al trabajo —dije, dándome la vuelta—. Matteo me despellejará si me ve holgazaneando.

Mientras me alejaba, mi mente corría. ¿Cuántas mujeres había detrás de esas cuerdas? ¿Cuánto tiempo llevaban aquí? No deseaba nada más que irrumpir allí ahora mismo, con las armas en ristre. Pero no podía. Todavía no. El plan tenía que funcionar perfectamente, o todos acabaríamos muertos.

Apreté los puños, las uñas clavándose en mis palmas. Solo un poco más, me dije a mí mismo. Aguanten, señoras. Vamos a por ustedes.

Atravesé el almacén a grandes zancadas, mis pasos resonando en el suelo de hormigón. Cada paso me alejaba más del área de retención, pero las imágenes de esas mujeres me perseguían. Su miedo era algo tangible, pegándose a mi piel, invadiendo mis fosas nasales.

Sacudí la cabeza, tratando de aclararla. Concéntrate, Luca. No puedes ayudarlas si pierdes el control ahora.

Al acercarme a la oficina improvisada de Matteo, tomé una respiración profunda, preparándome. La puerta estaba abierta, revelando una escena de caos controlado. Montones de dinero en efectivo cubrían todas las superficies, y los ejecutores de Matteo estaban en posición de firmes, con sus armas en plena exhibición.

El propio Matteo estaba sentado detrás de un escritorio maltratado, sus ojos agudos mientras me miraba. —Luca —ladró—. Informe de situación.

Entré en la habitación, cuidando de mantener mi expresión neutral. —Todo va según lo previsto, jefe. La mercancía está asegurada y los compradores están empezando a llegar.

Matteo asintió, una sonrisa depredadora extendiéndose por su rostro. —Bien. Muy bien. —Hizo un gesto hacia el dinero que lo rodeaba—. Esta noche será nuestro mayor día de pago hasta ahora.

El aire en la habitación chisporroteaba de anticipación. Podía sentirlo presionando contra mi piel, dificultando mi respiración. Estos hombres estaban emocionados, ansiosos por que comenzara la subasta. Me daban náuseas.

—¿Algo más que deba saber? —pregunté, esperando sonar casual.

Matteo me estudió por un largo momento. Me obligué a sostener su mirada, rezando para que no pudiera ver el tumulto bajo mi fachada cuidadosamente construida.

Matteo se rio, un sonido que no contenía humor. —Sin sorpresas —repitió, entrecerrando los ojos—. Para eso te pagamos.

Sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal ante sus palabras. ¿Era eso una amenaza? ¿Una advertencia? Mantuve mi rostro neutral, sin dejar que mi tumulto interior se mostrara. —Puedes contar conmigo, jefe —dije, mi voz firme a pesar del pánico que crecía en mi pecho.

La tensión en la habitación era palpable. Podía sentir el peso de la mirada de Matteo, buscando cualquier signo de debilidad o engaño. Sostuve su mirada, forzándome a no parpadear ni desviar la vista.

De repente, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Luché contra el impulso de alcanzarlo inmediatamente, sabiendo que eso parecería sospechoso. En su lugar, esperé un momento antes de mirar casualmente mi reloj.

—Disculpe —dije, señalando mi teléfono—. Necesito verificar con el equipo del perímetro.

Matteo me despidió con un gesto, su atención ya volviendo a los montones de dinero en su escritorio. Me alejé, con el corazón latiendo fuertemente mientras me dirigía a un rincón aislado del almacén.

Una vez que estuve seguro de estar fuera de vista, saqué mi teléfono. El mensaje era de mi contacto en Las Vegas. Breve y al grano: Ya sabe que está en problemas.

Bien. Tanaka debería comportarse ahora. Una preocupación menos para la noche.

—¿Todo bien, Luca? —me llamó uno de los guardias de Matteo, su voz cargada de sospecha.

Me enderecé, forzando una sonrisa en mi rostro. —Todo en orden —respondí, con un

tono casual—. Solo un pequeño problema con el equipo del perímetro. Nada que no pueda manejar.

Mientras caminaba de vuelta hacia la oficina de Matteo, repasé nuestras opciones en mi cabeza. Necesitábamos movernos rápido, pero no podíamos mostrar nuestras cartas. Un movimiento en falso y toda esta operación se desmoronaría.

Empujé la puerta de la oficina de Matteo, mi rostro era una máscara de calma eficiencia. Matteo levantó la vista de una pila de papeles, sus ojos estrechándose cuando entré.

—Luca —gruñó—. ¿Cuál es el estado de la seguridad?

Me acerqué a su escritorio, mi mente corriendo para formular una respuesta que lo satisficiera sin revelar demasiado. —Hemos duplicado los guardias en todos los puntos de entrada —informé—. También he implementado un horario rotativo para mantener a todos alerta.

Matteo asintió, aparentemente complacido. —Bien. ¿Y la mercancía?

Mi estómago se revolvió ante su uso casual de la palabra, pero mantuve mi voz firme. —Segura. He supervisado personalmente el área de la subasta.

—Excelente —dijo Matteo, reclinándose en su silla—. ¿Alguna preocupación?

Dudé un momento, sopesando mis palabras cuidadosamente. —Nada importante —dije—. Pero recomendaría que aumentemos la vigilancia en el callejón trasero. Es un punto potencialmente débil.

Los ojos de Matteo se estrecharon. —¿Crees que alguien podría intentar atacarnos allí?

Me encogí de hombros, apuntando a la indiferencia. —Más vale prevenir que lamentar. Tenemos mucho en juego esta noche.

Asintió lentamente. —Hazlo. Y, ¿Luca? —Su voz se endureció—. Si alguien intenta algo, quiero que se encarguen de ellos. Permanentemente.

—Entendido —respondí.

Al salir de su oficina, sentí el peso de mi teléfono en el bolsillo. Aún no había mensaje de Bella. La espera era una tortura, cada segundo se estiraba hasta la eternidad.

Me abrí paso por el almacén, ladrando órdenes a los guardias, verificando las medidas de seguridad. Mis ojos escaneaban constantemente en busca de cualquier señal de Tanaka, pero seguía siendo esquivo.

Las horas pasaron lentamente. Revisaba mi teléfono con tanta frecuencia que estaba seguro de que Matteo lo notaría, pero no podía evitarlo. ¿Dónde estaba Bella? ¿Y si algo había salido mal?

A medida que la tensión aumentaba, me encontré caminando de un lado a otro cerca del área de retención, mis oídos esforzándose por captar cualquier sonido de las mujeres en el interior. Los sollozos ahogados que escuché hicieron hervir mi sangre, pero me obligué a permanecer impasible.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó uno de los guardias, mirándome con sospecha.

Asentí bruscamente. —Bien. Solo me aseguro de que estemos listos para esta noche.

La presión se estaba volviendo insoportable. Conocía lo que estaba en juego: si fallábamos, esas mujeres serían vendidas a una vida de horror inimaginable. Y Bella... No podía soportar pensar en lo que podría pasarle si nos descubrían.

Cuando las primeras limusinas comenzaron a llegar, mi teléfono por fin vibró. Bajé la mirada, con el corazón acelerado mientras leía el mensaje de Bella: —Luz verde.

Exhalé lentamente, el alivio me inundó incluso cuando la adrenalina surgía en mis venas. Este era el momento. Ya no había vuelta atrás.

La voz de Matteo retumbó por todo el almacén. —¡Luca! Ven aquí y ayuda a recibir a nuestros invitados.

Me ajusté la chaqueta y me dirigí hacia la entrada, con la mente acelerada. ¿Cuánto tiempo faltaba para que el FBI hiciera su movimiento?

Cuando llegué al lado de Matteo, me dio una palmada en el hombro. —Gran noche, amigo mío. ¿Estás listo?

Forcé una sonrisa. —Nací listo, jefe. Vamos a ganar algo de dinero.

Tomé mi posición cerca de la entrada del almacén, escaneando a los invitados que llegaban con facilidad practicada. Mi corazón martilleaba contra mis costillas, un ritmo implacable que coincidía con el tic-tac del reloj en mi cabeza. Todo por lo que habíamos trabajado, cada riesgo que habíamos tomado, nos llevó a este momento.

—Signor Rossi, bienvenido —dije, estrechando la mano de un hombre de negocios rechoncho—. Matteo está ansioso por mostrarle las ofertas de esta noche.

Mientras lo acompañaba adentro, mi mente corría. ¿Dónde estaba Bella? ¿Se había posicionado el equipo del FBI? Luché por mantener mi expresión neutral, híper consciente de los ojos que observaban cada uno de mis movimientos.

De repente, la voz de Matteo cortó el bullicio. —¡Atención todos!

Me giré, con la tensión enroscándose en mis entrañas mientras Matteo salía de su oficina con paso arrogante, su rostro sombrío.

—Nos estamos cambiando de ubicación —anunció—. Vamos a un nuevo sitio. Empaquemos todo ahora.

Se me heló la sangre. Esto no era parte del plan. Di un paso adelante, luchando por mantener mi voz firme. —Jefe, ¿qué está pasando?

Los ojos de Matteo se entrecerraron. —Cambio de planes, Luca. ¿Tienes algún problema con eso?

Negué con la cabeza, mi mente dando vueltas. ¿Cómo podría advertir a Bella? ¿Cómo podríamos salvar esta operación?

—Ningún problema —dije—. Solo quiero asegurarme de que estemos preparados.

Mientras el caos estallaba a nuestro alrededor, sabía una cosa con certeza: nuestros planes cuidadosamente trazados se acababan de ir al traste.

—¿A qué sitio nos estamos moviendo? —pregunté, manteniendo mi voz baja y controlada—. ¿Ha sido completamente verificado?

Los ojos de Matteo brillaron con irritación. —¿Estás cuestionando mis decisiones, Luca?

Levanté las manos en gesto apaciguador. —No, jefe. Solo estoy pensando en la seguridad. No podemos permitirnos ningún error esta noche.

La expresión de Matteo se suavizó ligeramente. —Vamos a la casa de seguridad. Me llegó un soplo de que este almacén va a ser allanado esta noche.

Se me cayó el alma a los pies. Alguien le había dado el soplo. Mi apuesta era por Tanaka.

Antes de que pudiera procesar esto, la voz de Matteo resonó por todo el almacén. —¡Vámonos! ¡Diez minutos para salir de aquí!

La habitación estalló en una actividad frenética. Los guardias comenzaron a arrear a las mujeres aterrorizadas hacia las salidas. Hombres con trajes caros miraban alrededor confundidos. Y yo me quedé allí, paralizado, mientras nuestros planes cuidadosamente trazados se desmoronaban a mi alrededor.

Tenía que advertir a Bella, pero ¿cómo? Con tantos ojos sobre mí, no podía arriesgarme a enviar un mensaje. Y en diez minutos, nuestros objetivos se habrían ido, dispersados en el

viento.

—¡Luca! —ladro Matteo—. Deja de quedarte ahí parado. ¡Hazte útil!

Asentí, con la mente aún acelerada. Mientras me movía para ayudar con la evacuación, un pensamiento resonaba en mi cabeza: tenía que encontrar una manera de retrasarlos, o todo por lo que habíamos trabajado se perdería.

Capítulo 6

Bella

El pulso me latía en los oídos, un ritmo constante que marcaba el compás del latido de la ciudad. Los SUV se abrían paso entre el tráfico nocturno. Me aferré al reposabrazos, con los nudillos blancos, tratando de reprimir la inquietud que se arremolinaba en mis entrañas.

—Tiempo estimado de llegada: cinco minutos —anunció el agente Miller desde el asiento del conductor, con la voz tensa por la tensión.

Asentí con la mirada fija en los planos del almacén desplegados sobre mi regazo. —¿Todos tienen claras sus posiciones?

Un coro de afirmaciones crepitó en mi auricular. Repasé las líneas del edificio una última vez, memorizando cada detalle. Cada entrada, cada ángulo de las cámaras de seguridad, cada posible ruta de escape... todo grabado en mi mente.

Pero había un nudo frío de temor retorciéndose en mi estómago. La amenaza de Tanaka pendía sobre mí como un sudario. No podía evitar la sensación de que nos dirigíamos hacia una trampa.

—¿Estás bien, jefa? —preguntó el agente Davis a mi lado, con el ceño fruncido por la preocupación.

Forcé una sonrisa tensa. —Estoy bien. Concentrémonos en la misión.

Davis asintió, pero pude ver la duda en sus ojos. Me conocía demasiado bien.

A medida que nos acercábamos al almacén, repasé el plan una última vez en mi cabeza. Entrar, asegurar a las mujeres, detener a los traficantes. Simple en teoría, pero en la práctica... sabía que no debía esperar que todo saliera sin problemas.

El SUV redujo la velocidad hasta detenerse a una manzana de nuestro objetivo. Respiré hondo, preparándome para lo que estaba por venir.

—Recordad —dije, con voz baja y firme—. Nuestra prioridad es la seguridad de esas mujeres. Entraremos rápido y con fuerza. Sin vacilaciones.

Mi equipo asintió, con rostros de determinación. Mientras salíamos de los vehículos, no pude evitar preguntarme si los estaba conduciendo hacia el desastre.

Mi teléfono seguro vibró bruscamente contra mi muslo. Lo saqué, con el corazón acelerado al ver el nombre de Luca en la pantalla. Torpemente, abrí el mensaje con los dedos repentinamente torpes.

«Cambio de planes. Nueva ubicación. Saben que vienes».

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Me quedé mirando la pantalla, con la mente dando vueltas.

—Mierda —siseé entre dientes.

El agente Davis me miró con agudeza. —¿Qué ocurre?

Negué con la cabeza, tratando de ordenar mis pensamientos. El pánico ardía en mi pecho, caliente y agudo, pero lo reprimí.

Mis ojos se dirigieron al agente Miller en el asiento del conductor, con el rostro

concentrado mientras navegaba por las calles de la ciudad. Me incliné hacia adelante, bajando la voz.

—Miller, cambio de planes. No vamos al almacén.

Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo retrovisor, con confusión evidente en su rostro.

—¿Señora? —preguntó, con tono cauteloso.

Tragué saliva, con la mente funcionando a toda velocidad. ¿Cuánto podía contarles? ¿Cuánto sabía yo siquiera?

—Nos han descubierto —dije, manteniendo la voz firme—. El objetivo se ha movido. Necesitamos reagruparnos.

Los ojos de Miller se abrieron de par en par en el espejo retrovisor, con la sorpresa cruzando su rostro. —¿Nueva información, señora?

Dudé durante una fracción de segundo, sopesando cuidadosamente mis palabras. El equipo necesitaba saber lo suficiente para actuar, pero no podía arriesgarme a revelar toda la extensión de nuestra precaria situación.

—Sí —respondí, con voz cortante. Miré a los otros agentes en el vehículo, con rostros tensos de anticipación. No había tiempo para una explicación detallada, ni para desenredar la telaraña de traición y desesperación que nos había llevado a este punto. Tenía que actuar.

Tomé una respiración profunda, preparándome para lo que venía. —Cambiamos de rumbo. Necesito que todos estén en máxima alerta.

El agente Davis se inclinó hacia adelante, con el ceño fruncido. —Bella, ¿qué está pasando? Necesitamos más información si vamos a adaptar el plan.

Apreté el teléfono con fuerza, con la advertencia de Luca ardiendo en mi mente. —Los detalles no son importantes ahora mismo. Lo que importa es que nos movamos rápido y nos adelantemos a esto. Confiad en mí.

La tensión en el vehículo era palpable. Podía ver la duda en sus ojos, las preguntas que querían hacer. Pero años de trabajo conjunto habían construido una base de confianza que esperaba nos llevara a través de esta crisis.

—¿Adónde? —preguntó Miller, apretando las manos en el volante.

Consulté la información fragmentada que Luca me había dado sobre la casa de seguridad. No era mucho, pero era todo lo que teníamos. —Te daré la dirección. Pero estad preparados para cualquier cosa cuando lleguemos.

Cerré los ojos por un momento, tratando de aplacar la rabia que amenazaba con consumirme. Solo podía haber sido Tanaka, dispuesto a arruinar mi operación y luego mi vida. Su traición me quemaba como ácido en las venas. ¿Cómo pudo habernos vendido? ¿Después de todo lo que habíamos pasado?

—¿Bella? —La voz del agente Miller interrumpió mis pensamientos—. Nos acercamos a la ubicación.

Volví a la realidad, apartando mi ira. —Bien. Escuchad todos. Esta casa de seguridad es diferente a todo lo que hemos enfrentado antes. Luca la describió como una fortaleza.

El agente Jackson se inclinó, con voz baja. —¿A qué tipo de seguridad nos enfrentamos?

Saqué mi tableta, mostrando la escasa información que teníamos. —Vigilancia pesada, guardias armados, probablemente algún tipo de acceso biométrico. Pero los detalles son confusos en el mejor de los casos.

Davis maldijo por lo bajo. —¿Así que vamos a entrar a ciegas?

—No del todo —dije, tratando de proyectar una confianza que no sentía del todo—.

Tenemos el elemento sorpresa de nuestro lado. No nos esperarán aquí.

Amplié el plano del edificio, señalando posibles puntos de entrada. —Nuestra prioridad es entrar sin ser detectados. Una vez dentro, tendremos que movernos rápido y mantenernos coordinados.

El equipo asintió, con rostros de determinación sombría. Podía ver la mezcla de miedo y resolución en sus ojos, reflejando mi propia lucha interna.

A medida que nos acercábamos a nuestro objetivo, me tomé un último momento para calmarme. La rabia por la traición de Tanaka aún ardía bajo la superficie, pero la reprimí. No podía dejar que mis emociones nublaran mi juicio. No ahora, cuando había tanto en juego.

Respiré hondo, preparándome para lo que nos esperaba. La subasta, las mujeres... sus vidas pendían de un hilo. Cada segundo contaba ahora.

—Nos dirigimos a la casa de seguridad de la Hermandad Corsa —anuncié, mi voz cortando el tenso silencio en el SUV—. La dirección está en la información de Luca. Llévanos allí.

Miller asintió bruscamente, apretando las manos en el volante mientras ajustaba nuestra ruta. La ciudad pasaba borrosa, un caleidoscopio de neón y sombras.

—Tiempo estimado de llegada: cinco minutos —informó.

El SUV redujo la velocidad, deteniéndose a una manzana de nuestro objetivo. Eché un último vistazo a mi equipo, viendo la misma mezcla de determinación y aprensión que yo sentía reflejada en sus ojos.

—En marcha —ordené, abriendo la puerta y saliendo a la noche.

Mientras nos acercábamos a pie a la casa de seguridad, el peso de mi chaleco antibalas presionaba contra mi pecho, asegurándome que estaría bien. La calle estaba inquietantemente silenciosa, nuestros pasos amortiguados contra el pavimento húmedo.

Hice una señal al equipo para que mantuviera la posición mientras nos acercábamos a la esquina. Asomándome por el borde del edificio, divisé la casa de seguridad: una estructura anodina de tres pisos con ventanas oscurecidas y una pesada puerta de acero.

—Dos guardias en la entrada —susurré, haciendo un gesto a Miller—. Tenemos que neutralizarlos en silencio.

Miller asintió, con el rostro en gesto de concentración. Sacó su pistola con silenciador, pero cuando se movió para apuntar, vi un destello de duda cruzar sus rasgos.

—Pero señora, no tenemos confirmación... —la voz de Miller era baja, teñida de duda.

Sentí un destello de frustración. No teníamos tiempo para dudas. Cada momento que nos retrasábamos ponía a esas mujeres en mayor riesgo. Pensé en la información que Luca había arriesgado su vida para conseguirnos, en los rostros aterrorizados que había visto en esas fotos de vigilancia.

—No tenemos tiempo —interrumpí, con tono cortante y sin dar lugar a discusión. Miré fijamente a Miller, deseando que entendiera la urgencia—. Esas mujeres habrán desaparecido por la mañana. Entramos ahora o no entramos nunca.

—Joder, este lugar me pone los pelos de punta —susurró Thompson, ajustándose el chaleco táctico.

Le lancé una mirada de advertencia. —Silencio en la radio a partir de ahora. Solo señales manuales.

El aire se sentía denso de tensión mientras avanzábamos sigilosamente. Mi corazón latía con fuerza, pero mis manos se mantenían firmes en el arma. Todo dependía de los próximos momentos. Pensé en Luca, en las mujeres que necesitábamos salvar, y me adentré más en lo

desconocido.

La casa de seguridad se materializó ante nosotros, una masa imponente de ladrillo y acero. Sus ventanas eran vacíos oscuros, sin revelar nada de los horrores que podrían acechar en su interior. Una dura luz de seguridad bañaba la puerta de entrada en un blanco intenso, brillando en las espirales de alambre de púas que coronaban la barrera.

Levanté la mano, indicando al equipo que se detuviera. Mis ojos se fijaron en dos guardias que patrullaban el perímetro, sus sombras alargadas bailando grotescamente sobre el pavimento.

—Jackson, Ramírez —susurré, apenas audible—. Tomad posición.

Los francotiradores asintieron, con expresiones sombrías y concentradas. Se movieron con gracia fluida, fundiéndose en la oscuridad como espectros. Observé cómo encontraban sus puntos de ventaja, con los rifles firmes en manos experimentadas.

Mi mente trabajaba a toda velocidad. Una vez que esos guardias cayeran, no habría vuelta atrás. Pensé en Luca, rezando para que estuviera a salvo dentro. En las mujeres que habíamos venido a rescatar. En la traición de Tanaka que nos había traído aquí.

—Solo tenemos una oportunidad —murmuré, más para mí misma que para los demás.

Levanté la mano de nuevo, preparándome para dar a Jackson y Ramírez la señal. El peso del mando me oprimía, cada latido del corazón se sentía como una eternidad.

Observé a través de mis prismáticos de visión nocturna cómo Jackson y Ramírez apuntaban, sus rifles encontrando sus objetivos con escalofriante precisión. Dos disparos amortiguados perforaron la noche, apenas audibles por encima del zumbido de la ciudad. Los guardias se desplomaron, sus cuerpos cayendo contra la puerta como si les hubieran cortado los hilos.

Se me cortó la respiración. Ya no había vuelta atrás.

—Despejado —la voz de Jackson crepitó en mi auricular.

Bajé los prismáticos, con las manos temblando ligeramente. —Confirmado —susurré de vuelta—. Avancen, manténganse agachados.

Mientras nos deslizábamos hacia la puerta, no podía quitarme de la cabeza la imagen de esas mujeres, atrapadas y aterradas. O la de Luca, arriesgándolo todo para ayudarnos. El peso de sus vidas me presionaba, impulsándome hacia adelante a pesar del miedo que me carcomía por dentro.

—Miller —susurré—. Te toca.

Asintió, dirigiéndose hacia la puerta con sus ganzúas listas. Escudriñé las ventanas de arriba, buscando alguna señal de movimiento. Nada. Pero eso no significaba que estuviéramos a salvo.

La voz del agente Thompson sonó en mi auricular:

—Tengo un mal presentimiento sobre esto.

—Entendido —respondí, sin apartar la mirada del edificio—. Pero no tenemos elección. Mantente alerta.

Mientras Miller trabajaba en la cerradura, repasé la información fragmentaria que Luca había proporcionado. Una fortaleza, la había llamado. Pero toda fortaleza tenía un punto débil. Solo teníamos que encontrarlo antes de que fuera demasiado tarde.

Los cilindros de la cerradura hicieron un suave clic, y Miller abrió la puerta con cuidado. Se volvió hacia mí con expresión sombría.

—Estamos dentro.

Asentí, indicando al equipo que avanzara.

—En fila india. Atentos a las esquinas y las puertas, gente.

Nos deslizamos por la puerta uno a uno, con nuestros pasos apenas audibles sobre el asfalto. La oscuridad nos envolvió, ofreciendo un delgado velo de protección. Pero sabía que era una ilusión. Estábamos expuestos, vulnerables.

Al acercarnos a la entrada del edificio, no pude evitar la sensación de que estábamos caminando hacia una trampa. Pero los rostros de aquellas mujeres, la desesperación en la voz de Luca, me impulsaron a seguir adelante. Teníamos que tener éxito. No había otra opción.

La cerradura se abrió con un clic, y Miller entreabrió la puerta con cuidado. Levanté la mano, indicando al equipo que esperara. El silencio nos recibió desde el interior. Ni alarmas, ni gritos de alerta. Se sentía mal.

—No me gusta esto —murmuró Davis, haciéndose eco de mis pensamientos.

—A mí tampoco —respondí—. Pero nos hemos quedado sin opciones. Entrad y manteneos alerta.

Tomé la delantera, con mi arma en alto al entrar en el pasillo oscuro. El aire en el interior estaba viciado, cargado de tensión. Cuando mis ojos se adaptaron, pude distinguir una escalera al fondo.

—Davis, llévate a tu equipo y registrad esta planta —susurré—. Nosotros subiremos. Comprobación por radio cada dos minutos.

Davis asintió, guiando a Miller y Thompson hacia el fondo de la planta baja del edificio. Hice un gesto a Jackson y Ramírez para que me siguieran hacia las escaleras.

Mientras subíamos, cada paso se sentía como un resorte que se tensaba. El silencio era opresivo, roto solo por nuestra respiración controlada y el suave crujido de una tabla del suelo. En lo alto de las escaleras, un largo pasillo se extendía ante nosotros, flanqueado por puertas cerradas.

—Revisad cada habitación —ordené—. Pero estad preparados para cualquier cosa.

Nos movimos metódicamente, despejando cada habitación con eficiencia practicada. Vacías. Todas ellas. Mi inquietud crecía con cada puerta que abríamos.

A mitad del pasillo, un sonido ahogado llamó mi atención. Levanté el puño, deteniendo al equipo. Ahí estaba de nuevo: un suave gemido proveniente de detrás de la última puerta a la derecha.

Mi pulso se aceleró mientras nos acercábamos. Esto era. Respiré hondo, preparándome para lo que pudiéramos encontrar al otro lado.

Capítulo 7

Luca

Los neumáticos crujieron en el camino de grava, rompiendo la quietud de la noche. Salí del SUV, mis músculos tensos, mis sentidos en máxima alerta. La casa de seguridad se alzaba ante mí, una sombra imponente contra el cielo iluminado por la luna.

Inhalé profundamente, el aire fresco de la noche llenando mis pulmones. El familiar aroma a pino y tierra húmeda no hizo nada para calmar mis nervios. Mi mano se movió instintivamente hacia el arma oculta a mi costado, un hábito nacido de años como ejecutor de la familia Vitale.

—¡Moveos, idiotas! —La voz de Matteo cortó el silencio, afilada y cargada de tensión—. ¡No tenemos toda la noche!

Me giré para verlo gesticulando frenéticamente a sus hombres mientras se apresuraban a descargar las furgonetas. Esta vez no eran armas, sino algo mucho más precioso, mucho más vulnerable. Las mujeres.

Sus gritos ahogados y gemidos de miedo resonaban desde la parte trasera de los vehículos. Era un sonido que retorcía algo dentro de mí, una mezcla de rabia y una fría y dura determinación.

—¡Luca! —ladró Matteo—. Deja de quedarte ahí parado y hazte útil.

Asentí, moviéndome hacia las furgonetas. —¿Dónde las quieres? —pregunté, manteniendo mi voz firme.

—En el sótano —gruñó Matteo—. Y asegúrate de que estén bien vigiladas. No podemos permitirnos más errores esta noche.

Forcé mi rostro a mostrar una máscara de indiferencia mientras abría la puerta de la furgoneta. Las mujeres en el interior se encogieron, acurrucándose juntas por el miedo. Sus ojos, abiertos de terror, se encontraron con los míos por breves momentos. Quería ofrecerles consuelo, un atisbo de esperanza, pero no podía. Aún no. No sin poner en peligro todo.

—Fuera —ladré, señalando con mi arma—. Moveos.

Mientras salían tropezando de la furgoneta, agarré el brazo de una mujer, estabilizándola. Ella me miró, sus ojos suplicantes. Le di un suave apretón en el brazo, esperando que entendiera. Su ceño se frunció ligeramente, pero no dijo nada.

—Seguid moviándoos —ordené, con voz áspera.

Condujimos a las mujeres hacia la casa de seguridad, una procesión de miseria y miedo. Mantuve mis ojos al frente, ignorando las miradas curiosas de los otros ejecutores. Un movimiento en falso, un momento de debilidad, y todo habría terminado.

Dentro, la casa de seguridad era un hervidero de actividad. Los guardias se apresuraban por los pasillos, asegurando el edificio, sus rostros sombríos, sus armas fuertemente sujetas. En el opulento vestíbulo, Matteo caminaba de un lado a otro, con el teléfono pegado a la oreja.

—No me importa lo que cueste —gruñó al teléfono—. Hazlo. Ahora.

Guí a las mujeres más allá de él, hacia las escaleras del sótano. Los ojos de Matteo se

posaron en mí y luego volvieron a su conversación. Mi corazón latía con fuerza. ¿Sospechaba? ¿Me había delatado?

—¿Problemas? —pregunté, haciendo una pausa.

Matteo me hizo un gesto desdenoso. —Nada que no pueda manejar. Simplemente lleva a esas mujeres abajo.

Asentí, sintiendo una oleada de alivio. Mientras bajaba las escaleras, me permití una pequeña sonrisa. Pronto, muy pronto, esta pesadilla terminaría.

El sótano estaba frío y húmedo, el aire cargado con el hedor del moho y el miedo. Observé cómo las mujeres eran conducidas a una habitación fuertemente vigilada al final de un largo pasillo. El espacio era estéril y desnudo, con luces fluorescentes que proyectaban sombras enfermizas sobre las paredes de concreto.

—Moveos —ladró uno de los guardias, empujando a una mujer que había tropezado.

Las mujeres se apiñaron juntas, sus ojos abiertos de terror. Cuando la última fue empujada dentro, la pesada puerta de acero se cerró de golpe con un estruendo resonante. Sus gritos ahogados se cortaron abruptamente, dejando un silencio inquietante tras ellos.

Me di la vuelta, con el estómago revuelto. Nos aseguraríamos de que ninguna mujer más sufriera en manos de la Hermandad Corsa de esta manera.

Mientras subía las escaleras de vuelta al vestíbulo, Matteo me hizo señas para que me acercara, enviando un escalofrío por mi espina dorsal.

—Luca —me llamó, haciéndome señas para que me acercara—. Ven aquí. Tenemos que hablar.

Crucé la habitación, cada paso medido y deliberado. Mi rostro era una máscara cuidadosamente en blanco, sin traicionar nada del tumulto interno. Había jugado este juego durante años, proyectando una calma confiada incluso cuando la duda me corroía por dentro.

—¿Cuál es la situación? —pregunté, manteniendo mi voz firme.

Los ojos de Matteo se estrecharon. —Eso es lo que quiero saber. Has estado actuando de manera extraña últimamente. ¿Hay algo que no me estés contando?

La acusación de Matteo quedó suspendida en el aire, pesada y peligrosa. Sostuve su mirada, forzándome a mantener la calma exterior mientras mi corazón se aceleraba.

—Nada que contar, Matteo —respondí, con voz nivelada—. Estoy aquí, haciendo mi trabajo. ¿Qué está pasando?

Me estudió por un largo momento, sus ojos oscuros sondeándome. Luego se inclinó cerca, su voz bajando a un gruñido bajo.

—Ha habido un cambio de planes —dijo Matteo, su tono cargado de amenaza—. Tenemos una rata. Alguien le dio el soplo a los federales sobre el almacén y tal vez incluso sobre esta casa de seguridad.

Se me heló la sangre. ¿Sabía que era yo? Luché por mantener mi expresión neutral, incluso cuando el pánico arañaba mi interior.

—¿Una rata? —repetí, inyectando una nota de sorpresa en mi voz—. ¿Quién?

El labio de Matteo se curvó con disgusto. —Aún no lo sabemos. Pero lo averiguaremos, y cuando lo hagamos... —Dejó la amenaza sin terminar, pero yo sabía muy bien lo que les pasaba a los traidores en la Hermandad.

Asentí, tragando con dificultad. —¿Qué necesitas que haga?

Sus ojos se clavaron en los míos, buscando cualquier señal de debilidad o engaño. —Estarán aquí pronto —continuó Matteo, bajando aún más la voz—. Pero estamos listos para ellos. Les daremos a esos bastardos del FBI una bienvenida que no olvidarán.

Un frío pavor se asentó en mi estómago. Bella estaba caminando hacia una trampa, y no había nada que pudiera hacer para advertirle sin exponerme. Tenía que pensar rápido, encontrar una manera de interrumpir los planes de Matteo sin revelar mi verdadera lealtad.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté, esperando que mi voz no traicionara mi tormento interno.

Matteo se inclinó cerca, su aliento caliente en mi cara. —Escucha con atención —gruñó—. Vamos a canalizarlos a través de la puerta principal hacia el ala este. Está equipada con explosivos. Una vez que estén dentro, detonamos. A cualquiera que sobreviva, lo eliminamos.

Luché por mantener mi expresión neutral mientras el horror me invadía. Esto no era solo una trampa; era una masacre en ciernes. Mi mente trabajaba a toda velocidad, buscando una manera de descarrilar este plan sin delatarme.

—¿Qué hay de las mujeres? —pregunté, tratando de ganar tiempo—. ¿No las pondrá en riesgo la explosión?

Los ojos de Matteo se estrecharon. —Daños colaterales. Siempre podemos conseguir más. —Su despreocupación casual por la vida humana me revolvió el estómago.

Asentí, fingiendo estar de acuerdo. —Plan inteligente. Pero ¿y si vienen desde múltiples ángulos?

—Ahí es donde entras tú —dijo Matteo, su mirada clavándose en mí—. Luca, estarás apostado en la entrada sur. No me decepciones. —Su tono no dejaba lugar a discusión. Era una orden, no una petición.

Cuadré los hombros, sosteniendo su mirada. —No te fallaré, Matteo.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas con el peso del engaño. Me di la vuelta, mi rostro una máscara de determinación, ocultando la tormenta de emociones que rugía dentro de mí.

Mientras me dirigía hacia mi posición asignada, mi corazón golpeaba contra mis costillas. El pasillo se extendía ante mí, tenuemente iluminado y opresivamente silencioso. Cada paso se sentía como una traición, no solo a Matteo, sino a la persona que una vez fui.

Necesitaba contactar a Bella, advertirle. Pero ¿cómo? No podía arriesgarme a hacer una llamada, no con los ojos de Matteo por todas partes. Las paredes parecían cerrarse a mi alrededor, cada sombra potencialmente ocultando a uno de sus leales ejecutores.

Mi mano instintivamente alcanzó mi teléfono, pero me detuve. Demasiado arriesgado. Repasé mis opciones, cada una más peligrosa que la anterior. ¿Un mensaje de texto? Demasiado fácil de interceptar. ¿Una señal? Demasiado obvia.

El tiempo se agotaba. Casi podía oír el reloj haciendo tictac, cada segundo acercando a Bella y su equipo más a la trampa mortal de Matteo. El peso de sus vidas me presionaba, amenazando con aplastarme bajo su carga.

Apreté los puños, la frustración y el miedo luchando dentro de mí. Tenía que haber una manera, algún método para hacer llegar un mensaje sin comprometer mi tapadera. Pero al llegar a la entrada sur, mi mente seguía en blanco, desprovista de opciones viables.

El frío metal de mi arma presionaba contra mi costado, un recordatorio constante de la precaria línea que caminaba. Tomé mi posición, mis ojos escaneando el área, todo mientras mis pensamientos corrían, buscando desesperadamente una solución a esta situación imposible.

Mientras montaba guardia en la entrada sur, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Me sobresalté, mi ritmo cardíaco disparándose. Con una rápida mirada para asegurarme de que estaba solo, lo saqué.

Un mensaje codificado de Bella apareció en la pantalla: "Estamos dentro".

El terror me invadió. Ella estaba aquí, caminando hacia la trampa de Matteo. Tenía que actuar rápido.

—Maldita sea, Bella —pensé—. Llegaste demasiado pronto.

Guardé el teléfono, mi mente trabajando a toda velocidad. ¿Cómo podía ayudarla sin exponer mi tapadera? Las paredes de la casa de seguridad parecían cerrarse sobre mí, el aire espeso de tensión.

Mis ojos recorrieron el pasillo, buscando algo que pudiera usar como distracción. Fue entonces cuando lo vi: una pequeña caja roja montada en la pared. El panel de la alarma contra incendios.

—Perfecto —susurré, un plan formándose en mi mente.

Me acerqué al panel, tratando de parecer casual. Mis dedos ardían por tirar de la palanca, pero dudé. Si activaba la alarma, crearía caos, le daría una oportunidad a Bella. Pero también me pondría directamente en la mira de Matteo.

¿Estaba listo para arriesgarlo todo? Los rostros de las mujeres aterrorizadas pasaron por mi mente, seguidos por la expresión determinada de Bella. Conocía la respuesta.

Tomé una respiración profunda, preparándome para lo que estaba por venir. Era hora de hacer mi movimiento.

Mi mano se acercó a la caja de vidrio, vacilando por un momento. Las consecuencias de esta acción pesaban mucho sobre mí. Si Matteo descubría mi engaño, no habría vuelta atrás. Estaría tan bueno como muerto.

—Este es el momento —pensé, mi corazón latiendo con fuerza—. No hay vuelta atrás ahora.

La imagen de Bella caminando hacia la emboscada de Matteo pasó por mi mente. Me imaginé a las mujeres atrapadas, sus ojos abiertos de miedo, suplicando silenciosamente ayuda. Fue suficiente para solidificar mi resolución.

Sin más vacilación, rompí el vidrio con la culata de mi pistola. Tiré de la palanca con todas mis fuerzas.

El efecto fue inmediato y abrumador. Un chillido penetrante desgarró la casa de seguridad, rompiendo el tenso silencio. El aullido de la alarma reverberó en las paredes, llenando cada rincón del edificio con su grito urgente.

—¿Qué demonios? —oí que alguien gritaba desde el pasillo.

Me aparté del panel de alarma, con los oídos zumbando. «Está hecho», pensé. «Ahora depende de ti, Bella. No me falles».

La casa de seguridad estalló en caos. Los hombres de Matteo se derramaron por los pasillos, sus rostros contraídos por la confusión y la ira. Los gritos rebotaban en las paredes mientras se apresuraban a comprender la situación.

—¡Revisen el perímetro! —bramó uno de los guardias superiores—. ¡Esto podría ser una distracción!

Me uní al alboroto, adoptando la misma energía frenética que los demás. —Me encargo del ala este —exclamé, dirigiendo intencionadamente a un grupo lejos de donde sospechaba que Bella entraría.

Mientras corríamos por los pasillos, mantuve mi voz baja pero urgente. —Vosotros dos, revisad esas habitaciones. Yo cubriré esta sección.

Mis ojos se movían constantemente, buscando cualquier señal de Bella o su equipo. La alarma continuaba su grito implacable, enmascarando el sonido de pasos y voces ahogadas.

—¿Algo? —pregunté, fingiendo preocupación mientras me reagrupaba con los otros.

—Nada —escupió uno de ellos—. Pero alguien va a pagar por esto.

Asentí sombríamente, pensando todo el tiempo: «Si tan solo supieran».

Volvimos al centro de seguridad principal. Al entrar, mi mirada se fijó inmediatamente en la pared de monitores. Y allí estaba ella.

Bella se movía con determinación, su chaleco del FBI contrastando fuertemente con los oscuros pasillos. Su rostro mostraba una determinación sombría mientras guiaba a su equipo por la casa de seguridad.

La voz de Matteo cortó el aire, afilada y viciosa. —¡Atrapad a esos bastardos! —rugió, su rostro contorsionado por la rabia en la transmisión de seguridad—. No escaparán. Nadie traiciona a la Hermandad y vive para contarlos.

Se me heló la sangre. Sabía que las amenazas de Matteo no eran en vano. Mataría a Bella y a su equipo sin dudarlo si tuviera la oportunidad.

—Ya habéis oído al jefe —ladré a los hombres a mi alrededor, enmascarando mi miedo con agresividad—. ¡Moveos!

Salimos corriendo del centro de seguridad, con las armas desenfundadas. Mi mente corría, buscando una manera de proteger a Bella sin descubrir mi tapadera.

—Separaos —ordené—. Cubriremos más terreno.

Mientras los otros se alejaban, me dirigí hacia la dirección donde había visto a Bella por última vez en los monitores. Los pasillos parecían interminables, cada giro traía una nueva oleada de adrenalina.

Una ráfaga de disparos estalló desde algún lugar del edificio. Mi corazón martilleaba contra mis costillas.

«Bella», pensé desesperadamente. «¿Dónde estás?»

Doblé otra esquina y me quedé paralizado. Allí estaba ella, de espaldas a mí, con el arma en alto mientras despejaba una habitación.

Tuve una fracción de segundo para decidir. Advertirle y arriesgarlo todo, o mantener mi tapadera y rezar para que saliera con vida.

—¡FBI! —gritó ella, girándose hacia mí, con su arma apuntando a mi pecho.

Nuestras miradas se encontraron, y por un momento, el mundo se detuvo.

Capítulo 8

Bella

La visión de Luca emergiendo de las sombras envió una sacudida por mi sistema. Su presencia aquí, en el corazón de la fortaleza de la Hermandad, era tan aterradora como electrizante. Luché por mantener mi expresión neutral, mi arma apuntándole a pesar de que cada instinto me gritaba que la bajara.

—No te muevas —ordené, mi voz más firme de lo que me sentía.

Luca levantó las manos lentamente, sus ojos oscuros nunca dejando los míos. En ellos, vi un destello de algo: reconocimiento, urgencia, una súplica silenciosa.

—Tranquila, Agente —dijo, su tono casual pero cargado de tensión—. No queríamos accidentes, ¿verdad?

Tragué saliva, hiperconsciente de nuestra precaria situación. Luca estaba en una misión encubierta profunda, y un movimiento en falso de cualquiera de nosotros podría hacer que toda la operación se viniera abajo.

—¿Qué haces aquí? —exigí, manteniendo mi fachada hostil.

La mirada de Luca recorrió el vestíbulo, evaluando nuestro entorno. Cuando habló, su voz apenas superaba un susurro.

—Las mujeres están en el sótano.

Mi corazón se aceleró. Esas cinco palabras confirmaban lo que habíamos sospechado... y temido. Di un asentimiento imperceptible, reconociendo la información sin romper el personaje.

—Retrocede —ordené, gesticulando con mi arma.

Luca obedeció, moviéndose con deliberada lentitud. Mientras retrocedía, capté otro vistazo de sus ojos. Había determinación allí, y algo más: una promesa silenciosa.

«Ten cuidado», pensé, viéndolo desaparecer en las sombras una vez más. «Y gracias».

Con un propósito renovado, hice señales a mi equipo. Teníamos una misión que completar, vidas que salvar. Y gracias al riesgo de Luca, ahora sabíamos exactamente a dónde ir.

El chillido penetrante de la alarma de incendios cortó el aire, poniéndome los nervios de punta. A nuestro alrededor, estalló el caos. Los hombres de Matteo pasaron corriendo, sus rostros contorsionados por el pánico y la furia.

—¡Encuentren la fuente! —gritó uno de ellos, su voz apenas audible sobre el estruendo.

Me presioné contra la pared, con el corazón palpitante. Esto era obra de Luca, una distracción perfectamente cronometrada.

—Esta es nuestra oportunidad —murmuré a la Agente Rodríguez a mi lado. Ella asintió, apretando su agarre sobre su arma.

—¡Vamos, vamos, vamos! —siseé, instando a mi equipo a avanzar.

Nos movimos rápidamente, nuestros pasos amortiguados por la alfombra mullida. La alarma enmascaraba cualquier pequeño sonido que hiciéramos, pero sabía que no podíamos contar con ella por mucho tiempo.

—Vigilen las esquinas —instruí, mi voz baja y tensa—. No sabemos cuántos quedan allá

abajo.

El Agente Chen hizo un gesto hacia una escalera.

—Esto debería llevar al sótano.

Asentí, tomando la delantera. A medida que descendíamos, la alarma se hacía más débil, reemplazada por un pesado silencio que hacía que se me erizaran los pelos de la nuca.

—Manténganse alerta —susurré—. Encontramos a esas mujeres y salimos rápido. Nada de heroísmos.

Avanzamos sigilosamente por el corredor, nuestros movimientos precisos y controlados. El aire se volvió denso y viciado, llevando un leve aroma a moho y sudor. Mis sentidos se agudizaron, hiperconsciente de cada sombra, cada sonido.

—A la izquierda aquí —susurré, recordando la información de Luca. El peso de la responsabilidad me presionaba, pero lo aparté. Concentración. Mantente aguda.

La Agente Rodríguez tocó mi hombro.

—Bella, movimiento adelante.

Levanté el puño, señalando al equipo que se detuviera. Nos aplastamos contra la pared, apenas respirando. Dos figuras aparecieron al final del pasillo, sus rostros bañados por el brillo rojo inquietante de la iluminación de emergencia.

—Ejecutores de la Hermandad —articulé en silencio a mi equipo.

Los hombres aún no nos habían notado. Su atención estaba fija en el alboroto de arriba, sus posturas tensas y alertas.

—¿Qué demonios está pasando allá arriba? —gruñó uno de ellos.

Crucé miradas con los Agentes Davis y Jones, nuestros hombres de avanzada. Con un sutil asentimiento, di la orden.

Se movieron como fantasmas, sus pasos silenciosos sobre la alfombra mullida. Davis se acercó por la izquierda, Jones por la derecha. Los ejecutores de la Hermandad permanecieron ajenos, aún enfocados en el caos de arriba.

Mi corazón se aceleró mientras observaba a nuestros agentes acercarse. Un movimiento en falso, un paso mal colocado, y toda nuestra operación podría desentrañarse.

Davis atacó primero, su brazo envolviendo el cuello del ejecutor más alto en una llave. Simultáneamente, Jones lanzó su puño contra el plexo solar del segundo hombre.

Los guardias ni siquiera tuvieron tiempo de gritar. Dos golpes sordos resonaron en el pasillo cuando sus cuerpos golpearon el suelo. El suave tintineo del metal contra la piedra siguió: esposas siendo ajustadas.

Exhalé lentamente, el alivio inundándome. Pero aún no estábamos fuera de peligro.

—Despejado —susurró Davis en su comunicador, su voz apenas audible.

Asentí, escaneando el área en busca de señales de problemas. El corredor permanecía vacío, pero sabía que no podíamos demorarnos. El tiempo se agotaba, y esas mujeres estaban esperando.

Asentí, mi corazón latiendo contra mis costillas.

—Buen trabajo. Sigamos adelante.

Continuamos, nuestros pasos silenciosos contra la ornamentada alfombra. El aire se volvió más pesado a medida que descendíamos más profundo en la casa de seguridad, una mezcla empalagosa de cigarrillos rancios y colonia cara asaltando mis fosas nasales.

El estrecho pasillo se abrió a un espacio más amplio, tenuemente iluminado por luces empotradas. Sofás de cuero mullidos bordeaban las paredes, y un enorme bar de roble dominaba una esquina.

Nos movimos a través de la habitación, alertas a cualquier signo de movimiento. El silencio era opresivo, roto solo por nuestra respiración controlada y el leve zumbido del aire acondicionado.

—Allí —el Agente Davis señaló una pesada puerta de acero al fondo de la habitación—. Tiene que ser esa.

Mientras nos acercábamos a la puerta, el olor metálico se intensificó. Me golpeó como un puñetazo en el estómago, y una fría realización me invadió. Había encontrado este aroma antes, en lugares oscuros donde la esperanza iba a morir.

Nos detuvimos en la esquina, y me asomé. Dos hombres montaban guardia, sus rostros duros e indescifrables. Estaban contruidos como tanques, con las manos descansando sobre armas enfundadas.

Usé señales de mano para decirle a mis hombres que había dos hostiles, armados y alertas alrededor de la esquina.

—¿Órdenes? —preguntó Thompson, su cuerpo tenso como un resorte.

Sopesé nuestras opciones. Un tiroteo podría poner en peligro a las mujeres que estábamos aquí para salvar. Pero estos guardias no caerían fácilmente.

—Neutralización no letal —decidí—. Rápido y silencioso. A mi señal.

Capté la mirada de Ramírez. Ella asintió, entendiendo mi plan no expresado.

—Tres —articulé en silencio—. Dos. Uno.

Atacamos como un rayo. Me lancé contra el primer guardia, clavando mi rodilla en su plexo solar mientras Ramírez derribaba al segundo con una llave al cuello. No tuvieron tiempo de gritar antes de que la oscuridad los reclamara.

El mundo explotó en caos. El fuego de armas estalló, un rugido ensordecedor que resonó por el pasillo. Me agaché detrás de un pilar, mi corazón golpeando contra mis costillas. El acre aroma de la pólvora picó mis fosas nasales mientras devolvía el fuego.

—¡Dos hostiles, lado izquierdo! —grité sobre el estruendo, disparando tres tiros rápidos.

La voz de Thompson crepitó en mi auricular.

—¡Entendido! ¡Ramírez, granada aturdidora!

Escuché el tintineo metálico de la granada golpeando el suelo, seguido por un destello cegador y un estruendo ensordecedor. El fuego enemigo vaciló por un momento.

—¡Avancen! —ordené, mi voz ronca.

El equipo de asalto se lanzó hacia adelante. A través de la bruma, vi a Thompson derribar a un guardia, su puño conectando con brutal eficiencia. Ramírez se enfrentó al otro, sus movimientos fluidos y precisos mientras lo desarmaba.

—¡Bella, necesitamos cobertura! —gritó Ramírez.

Me incliné desde detrás del pilar, proporcionando fuego de supresión mientras trabajaban. Mis manos estaban firmes, pero mi mente corría. ¿Dónde estaban las mujeres? ¿Estarían heridas en el fuego cruzado?

En segundos, la habitación quedó en silencio. La voz de Thompson cortó el zumbido en mis oídos.

—¡Despejado! Hostiles neutralizados.

Salí de mi cobertura, observando la escena. La habitación estaba asegurada, pero mis nervios seguían en tensión.

—Buen trabajo —dije, tratando de mantener mi voz calmada—. Ahora encontremos a esas mujeres.

—¡Despejado! —gritó Thompson, su voz amplificadas por la adrenalina que bombeaba

por sus venas.

Me lancé hacia adelante, mi arma aún levantada, escaneando cada rincón. La habitación estaba tenuemente iluminada, y una mezcla empalagosa de perfume, sudor y terror asaltó mis sentidos. Y entonces las vi.

Se me cortó la respiración. Mujeres. Al menos una docena, acurrucadas juntas contra la pared del fondo. Sus ojos estaban abiertos de miedo, sus cuerpos temblando.

—FBI —anuncié, manteniendo mi voz firme pero suave—. Estamos aquí para sacarlas.

Un sollozo brotó del grupo. Una mujer, con el rostro surcado de lágrimas, susurró:

—¿Realmente se acabó?

Asentí, luchando por mantener mis emociones bajo control.

—Sí. Están a salvo ahora.

Mientras me acercaba, catalogué sus condiciones. Moretones, ropa rasgada, expresiones atormentadas. Mi mandíbula se tensó. Matteo pagaría por esto.

—Thompson, asegura el perímetro —ordené—. Ramírez, empieza a prepararlas para la evacuación.

Me arrodillé junto a la mujer más cercana, sus muñecas en carne viva por las ataduras.

—¿Cómo te llamas?

—Anna —susurró.

—Anna, vamos a sacarte de aquí. ¿Puedes caminar?

Ella asintió, sus ojos sin dejar mi rostro.

Escuché a Ramírez detrás de mí, su voz baja y tranquilizadora mientras hablaba con las otras mujeres. Necesitábamos movernos rápido. La distracción de Luca no duraría para siempre.

Ayudé a Anna a ponerse de pie, sosteniéndola mientras se tambaleaba. Las otras mujeres nos observaban, la esperanza reemplazando lentamente el miedo en sus ojos.

—Necesitamos movernos rápida y silenciosamente —dije, dirigiéndome al grupo—. Manténganse juntas. Si escuchan disparos, tírense al suelo inmediatamente.

Mientras comenzábamos a movernos hacia la puerta, escuché pasos en el pasillo. Levanté mi arma, posicionándome entre las mujeres y la entrada.

—Atrás —siseé.

La puerta se abrió de golpe. Me tensé, con el dedo en el gatillo, luego me relajé al reconocer la figura.

—Luca —exhalé.

Él me miró, luego a las mujeres.

—Tenemos que movernos. Ahora. Matteo viene en camino.

Asentí, volviéndome hacia el grupo.

—Vamos. Manténganse cerca.

La joven que había hablado primero extendió su mano hacia la mía mientras nos movíamos hacia el pasillo. Sus dedos temblaban en los míos, fríos y húmedos. Los apreté suavemente, intentando transmitir una fuerza que no estaba del todo segura de poseer.

—Gracias a Dios —susurró de nuevo, con la voz cargada de emoción—. Pensábamos... pensábamos que nadie vendría.

—Estamos aquí ahora —dije, manteniendo mi voz baja y firme—. Y no nos iremos sin ustedes.

Mientras avanzábamos sigilosamente por el corredor, sentí una oleada de alivio. Era más que solo el rescate exitoso; era la comprensión de que habíamos llegado a tiempo. Estas mujeres estaban vivas, golpeadas pero no quebradas. Teníamos la oportunidad de ayudarlas a recuperar

sus vidas.

Miré hacia atrás al grupo, observando sus ojos atormentados y movimientos cautelosos. Se me oprimió el pecho. Sacarlas era solo el primer paso. El camino por delante sería largo y difícil, pero al menos ahora tenían una oportunidad.

—Manténganse cerca —murmuré, buscando amenazas mientras nos acercábamos a una intersección—. Ya casi llegamos.

El silencio nos rodeaba mientras avanzábamos por los pasillos tenuemente iluminados. Mis nervios estaban al límite, cada sombra era una amenaza potencial. La ausencia de disparos era casi más inquietante que el caos de antes.

—¿Por dónde? —susurró el agente Thompson, con los ojos saltando entre los pasillos que se bifurcaban.

Dudé, tratando de recordar el diseño que Luca había descrito. ¿Izquierda o derecha? Mi indecisión podría costarnos todo.

—Izquierda —dijo Luca.

Guiamos a las mujeres hacia adelante, sus suaves pasos resonando en el inquietante silencio. Me sentía expuesta, segura de que en cualquier momento doblaríamos una esquina para encontrar a los hombres de Matteo esperándonos.

—¿Vamos... vamos a lograrlo? —preguntó una de las mujeres, con la voz apenas audible. Me volví hacia ella, viendo el miedo grabado en su rostro.

—Lo lograremos —le aseguré, esperando que mis propias dudas no se notaran—. Solo manténganse cerca y sigan mi ejemplo.

Mientras avanzábamos, el peso de la responsabilidad se asentó pesadamente sobre mis hombros. Las vidas de estas mujeres dependían de que yo tomara las decisiones correctas. Un movimiento en falso y todos pagaríamos el precio.

De repente, la voz de Luca retumbó por el pasillo, sobresaltándonos a todos.

—¡Encuentren a esos bastardos del FBI! —rugió—. ¡Mátenlos a todos!

Se me heló la sangre, pero me obligué a mantener la calma.

—Sigan moviéndose —susurré al grupo—. Está bien. Está de nuestro lado.

—¿Qué? —siseó el agente Davis—. Eso no suena como...

Lo interrumpí con una mirada severa.

—Confía en mí. Nos está comprando tiempo.

Aceleramos el paso, las mujeres se apiñaron más cerca mientras navegábamos por los pasillos laberínticos. Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que todos podían oírlo.

—¡Allí! —Thompson señaló una puerta al final del pasillo—. Esa debe ser la salida.

Mientras nos acercábamos, escuché pasos pesados que venían de detrás de nosotros. Los hombres de Matteo, acercándose rápidamente.

—¡Vamos, vamos! —urgí, empujando a las mujeres a través de la puerta—. Davis, ¡cubre nuestra retaguardia!

Salimos a un callejón tenuemente iluminado, el aire fresco de la noche contrastaba fuertemente con la atmósfera sofocante del interior. La libertad estaba tentadoramente cerca, pero aún no estábamos a salvo.

Mi mente trabajaba a toda velocidad. Luca seguía adentro, jugando un juego peligroso. Una parte de mí quería volver por él, pero sabía que no podía arriesgar las vidas de estas mujeres. Él había tomado su decisión. Tenía que respetarla.

—El punto de extracción está a una cuadra al este —dije, con la voz firme a pesar del tumulto interior—. Nos movemos rápido, permanecemos juntos. ¿Entendido?

Un coro de asentimientos me respondió. Mientras nos preparábamos para hacer nuestra carrera final hacia la seguridad, me permití un momento de orgullo. Luca había cumplido con nosotros, arriesgándolo todo. Ahora me tocaba a mí terminar lo que habíamos comenzado.

Capítulo 9

Luca

—¡Luca! —me gritó Matteo—. Ve a calmar a los compradores. No dejes que ninguno se vaya.

Asentí, forzando mi rostro a adoptar una máscara de calma y determinación. Por dentro, mi estómago se revolvía. Yo había puesto en marcha este caos, y ahora tenía que interpretar mi papel a la perfección.

Me dirigí a la sala de subastas, mis pasos resonando en el tenso silencio. Al empujar las ornamentadas puertas dobles, la escena ante mí hizo que me hirviera la sangre.

Un grupo de hombres se apiñaba cerca del escenario, sus rostros una retorcida mezcla de furia y miedo. Los reconocía a todos: directores ejecutivos, políticos, hombres que imponían respeto en el mundo. Aquí, eran buitres, rondando para alimentarse de la miseria humana.

—Caballeros —llamé, con voz firme a pesar del asco que me revolvía las entrañas—. Entiendo que estén preocupados. Permítanme asegurarles que todo está bajo control.

Un hombre corpulento con un traje caro dio un paso adelante, sus papadas temblando de indignación.

—¿Bajo control? ¡Esto es indignante! ¡Se nos prometió mercancía!

Reprimí un gruñido ante su uso de la palabra "mercancía". Estos hombres veían a las mujeres como nada más que productos para comprar y vender. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no ponerles una bala en la cabeza a cada uno de ellos allí mismo.

En su lugar, esboqué una sonrisa conciliadora.

—Me disculpo por el inconveniente. Ha habido una... pequeña complicación con el inventario de esta noche. Matteo se está ocupando personalmente.

—¿Complicación? —escupió otro hombre—. ¡Oímos disparos! ¿Qué demonios está pasando?

Me acerqué, bajando la voz en tono conspirativo.

—Una organización rival intentó entrometerse en nuestro territorio. Fracasaron, por supuesto, pero ha causado un retraso temporal.

Los hombres intercambiaron miradas inquietas. Podía ver los engranajes girando en sus codiciosas mentes, sopesando el riesgo frente a sus retorcidos deseos.

—¿Cuánto durará el retraso? —exigió el primer hombre.

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

—Un mes, como máximo. Matteo se asegurará de que la próxima subasta valga la pena la espera.

La promesa de depravación futura pareció calmarlos un poco. Me sentí enfermo, alimentando sus perversiones, pero tenía que mantener mi tapadera intacta. Solo un poco más.

Mientras continuaba aplacando a los compradores agitados, mi mente trabajaba a toda velocidad. Necesitaba encontrar una salida, y rápido. Cuanto más tiempo me quedara, mayor sería el riesgo de que Matteo descubriera mi traición.

—¡Basta! —rugió Matteo, su voz resonando por el salón como un trueno.

Sentí que se me cerraba la garganta. Matteo estaba aquí, y sabía que se me acababa el tiempo.

Se volvió hacia los invitados restantes, sus ojos entrecerrados peligrosamente. Cuando habló, su voz goteaba amenaza, haciendo que los hombres retrocedieran instintivamente.

—Esto fue un ataque —dijo, con un tono cortante y preciso—. Un golpe coordinado de una organización rival. Querían enviarnos un mensaje. Querían paralizarnos.

Vi cómo el color se desvanecía de los rostros de los hombres a mi alrededor. Estos eran individuos poderosos, acostumbrados a tener el control, pero las palabras de Matteo los habían reducido a niños asustados.

Hizo una pausa, su mirada depredadora recorriendo sus rostros, evaluando sus reacciones. Podía ver los engranajes girando en su mente, catalogando cada estremecimiento, cada gota de sudor. El miedo en sus ojos parecía alimentar su ira.

—Pero fracasaron —continuó, su voz endureciéndose con determinación—. Nos subestimaron. Me subestimaron a mí. Y pagarán por ello. Todos y cada uno de ellos.

Sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal. Conocía a Matteo lo suficientemente bien como para reconocer la dureza en sus palabras. Esto no era una amenaza vacía: era una promesa, un juramento grabado en sangre.

—La subasta de esta noche se pospone hasta el próximo mes —anunció—. Espero verlos a todos aquí.

Los hombres se movieron inquietos, intercambiando miradas nerviosas. Casi podía oír sus pensamientos: ¿Se arriesgarían a volver? ¿Podían permitirse no hacerlo?

Las siguientes palabras de Matteo me helaron la sangre en las venas.

—Mientras tanto, tengo que desenmascarar al topo en mi organización.

Mi corazón latía contra mis costillas. Forcé mi rostro a permanecer impassible, pero por dentro, el pánico me atenazaba. Tenía que salir de aquí, y rápido.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, calculando mi próximo movimiento. Necesitaba una excusa, una razón para irme sin levantar sospechas. Escaneé los rostros a mi alrededor, reflejando su ansiedad, y se me ocurrió una idea.

—Necesito revisar las cámaras de seguridad —dije, con la voz tensa por la preocupación fingida—. Tal vez podamos ver por dónde se fueron, cómo escaparon.

Los ojos de Matteo se clavaron en mí, su mirada penetrante. Por un momento, temí que hubiera visto a través de mi engaño. Pero entonces asintió, con un brusco movimiento de cabeza.

—Ve —ordenó—. Informa de inmediato si encuentras algo.

Me di la vuelta, dirigiéndome a la salida más cercana. Mi pulso martilleaba en mis oídos, ahogando los murmullos de la multitud detrás de mí. Todos mis instintos me gritaban que corriera, pero me obligué a mantener un paso constante.

—Luca —me llamó Matteo, su voz deteniéndome en seco—. No me decepciones.

Miré hacia atrás, encontrándome con su fría mirada.

—Nunca, jefe —mentí.

Mientras continuaba caminando, sentía la mirada de Matteo quemándome la espalda. La sensación se intensificaba con cada paso, un recordatorio constante del peligro en el que me encontraba. Sabía que necesitaba desaparecer antes de que su sospecha se solidificara en certeza, antes de que se diera cuenta de que yo era el traidor en su medio.

El corredor se extendía ante mí, cada paso me acercaba más a la libertad, pero estaba lleno de peligros. Mi mente daba vueltas con planes y contingencias. ¿A dónde iría? ¿Cómo me mantendría oculto? El peso de mi traición me oprimía, pero no podía permitir que me frenara. No

ahora, cuando cada segundo contaba.

Llegué a la entrada de servicio, mi mano volando hacia la manija. Mi corazón se hundió al encontrarla inmóvil, un pesado candado asegurando la puerta.

—Mierda —murmuré, tirando inútilmente del candado.

El sonido de pasos acercándose resonó por el pasillo. Los hombres de Matteo se estaban acercando, sus voces afiladas con urgencia.

—Revisen cada habitación —ordenó una voz áspera—. El jefe quiere que encuentren a Luca.

El pánico surgió a través de mí. Escaneé el área frenéticamente, desesperado por cualquier medio de escape. Mis ojos se posaron en una rejilla de ventilación alta en la pared, un estrecho rectángulo de metal que parecía burlarse de mi predicamento.

—Es mi única oportunidad —susurré para mí mismo, calculando la distancia hasta la rejilla. Era un largo alcance, y la rejilla parecía apenas lo suficientemente ancha para pasar. Pero con los hombres de Matteo acercándose, no tenía elección.

Mis ojos recorrieron el lugar, buscando cualquier cosa que pudiera usar. Una caja de herramientas maltratada descansaba en un estante cercano, su metal oxidado prometiendo salvación. Sin dudar, me lancé hacia ella.

La caja de herramientas repiqueteó contra el suelo de concreto mientras la arrastraba bajo la rejilla. El ruido resonó por el pasillo, seguramente alertando a los hombres de Matteo de mi ubicación.

—¡Está aquí! —gritó una voz, demasiado cerca para mi comodidad.

La adrenalina corrió por mis venas mientras trepaba sobre la caja de herramientas. Mis manos sudorosas agarraron la rejilla, los dedos temblando mientras forzaba sus bordes. Las bisagras oxidadas gimieron en protesta, el sonido amplificado en el tenso silencio.

—Vamos, vamos —siseé entre dientes apretados, empujando más fuerte.

Pasos retumbaron hacia mí. Sabía que tenía segundos como máximo antes de que doblaran la esquina.

Con un último y desesperado tirón, la rejilla cedió. Me icé hacia la oscuridad, mis músculos tensándose con el esfuerzo. El aire frío del conducto de ventilación golpeó mi piel empapada en sudor, un marcado contraste con el sofocante pasillo de abajo.

Mientras me introducía completamente en el conducto, escuché gritos de frustración debajo de mí. Extendí la mano hacia atrás, cerrando la rejilla justo cuando los hombres de Matteo irrumpían en la habitación.

La oscuridad me envolvió, absoluta y sofocante. Los únicos sonidos eran mi propia respiración entrecortada y las voces amortiguadas de los hombres abajo, su ira palpable incluso a través de la barrera metálica.

—¡Encuéntrenlo! —rugió la voz de Matteo, distante pero inconfundible—. ¡Desarmen este lugar si es necesario!

Me quedé quieto, con el corazón latiendo con fuerza, mientras el caos estallaba debajo de mí. Había escapado por ahora, pero sabía que el verdadero desafío apenas comenzaba.

Avancé arrastrándome, los bordes afilados del conducto raspando contra mi piel. El polvo y la suciedad se adherían a mi ropa, cubriendo mis manos y cara. El espacio estrecho se cerraba a mi alrededor, intensificando el hedor a moho y descomposición que impregnaba el aire.

—Sigue moviéndote —murmuré para mí mismo, luchando contra la creciente claustrofobia—. No puedes detenerte ahora.

Mis músculos ardían mientras avanzaba centímetro a centímetro, cada movimiento

resonando en el espacio confinado. Intenté controlar mi respiración, temiendo que el sonido me delatara.

El conducto se torció inesperadamente, y perdí el sentido de la orientación. ¿Izquierda? ¿Derecha? ¿Arriba? ¿Abajo? La oscuridad me desorientaba, robándome cualquier sentido de dirección.

—Maldita sea —maldije en voz baja—. ¿Por dónde?

El pánico amenazaba con abrumarme, pero lo forcé a retroceder. No podía permitirme perder el control, no cuando estaba tan cerca de escapar.

—Revisen cada centímetro de este lugar —la orden áspera de Matteo se transmitía a través del metal—. ¡Encuéntrenlo!

Tragué saliva, con la garganta seca mientras giraba a la izquierda.

El nuevo pasaje se extendía interminablemente ante mí, un túnel oscuro que parecía tragarse toda la luz y la esperanza. Gateé más rápido, ignorando el ardor en mis brazos y piernas.

—Mantén la calma, Luca —me dije, luchando por controlar mi respiración entrecortada—. Has llegado demasiado lejos para fallar ahora.

Pero con cada momento que pasaba, el aire se volvía más polvoriento. Mis pulmones dolían, desesperados por aire limpio. Las paredes del conducto se acercaban más, la oscuridad más opresiva.

El pánico arañaba los bordes de mi mente, amenazando con abrumarme. Apreté los puños, obligándome a concentrarme en por qué estaba aquí, por qué estaba luchando.

Al doblar otra curva, un débil resplandor llamó mi atención. Mi corazón dio un salto.

—¿Es eso... —entrecerré los ojos, la esperanza surgiendo a través de mí—. ¿Luz de luna?

Gateé más rápido, ignorando las protestas de mi cuerpo maltratado. El rectángulo de luz pálida se hizo más grande, más definido. Era una rejilla, una salida.

—Gracias a Dios —respiré, el alivio inundándome.

Llegué a la rejilla, presionando mi cara contra el frío metal. El aire nocturno me llamaba, prometiendo libertad.

—Bien, Luca —murmuré, preparándome—. Un último empujón.

Empujé contra la rejilla con toda mi fuerza. No se movió.

—No —gruñí, golpeando mi hombro contra ella. El metal gimió pero se mantuvo firme—. ¡Vamos!

La embestí una y otra vez, la desesperación alimentando cada intento. Pero la rejilla permaneció obstinadamente en su lugar.

—Esto no puede estar pasando —jadeé, mi pecho agitándose—. No puedo quedar atrapado aquí.

Las voces de los hombres de Matteo resonaban en la distancia, acercándose. Presioné mi frente contra la rejilla inflexible, mi mente trabajando a toda velocidad.

—Piensa, Luca —me insté—. Tiene que haber una salida. Tiene que haberla.

La desesperación arañaba mis entrañas mientras escuchaba los pasos acercándose. Mis ojos recorrieron el estrecho conducto, buscando cualquier cosa que pudiera ayudar.

—Vamos, vamos —murmuré, pasando mis manos por los lados del conducto.

Mis dedos rozaron algo diferente: una pequeña hendidura en el metal. Entrecerré los ojos en la tenue luz, tratando de distinguirlo.

—¿Qué es esto? —susurré, trazando el contorno de un pequeño panel.

Era apenas perceptible, lo suficientemente grande como para que cupiera mi mano. Una escotilla de mantenimiento.

—El motor del ventilador —me di cuenta, una chispa de esperanza se encendió en mi pecho—. Si puedo desactivarlo...

Miré hacia atrás, hacia los sonidos de persecución, luego a la escotilla. Era una posibilidad remota, pero mi única opción.

—Muy bien —dije, armándome de valor—. Aquí va nada.

Forcé los bordes del panel, mi corazón latiendo al ritmo de las pisadas que se acercaban. Este era el momento: mi última oportunidad de escapar. Y tenía que aprovecharla, sin importar cuán desesperada o peligrosa pudiera ser.

El pestillo oxidado se resistió a mis esfuerzos, aferrándose obstinadamente a años de desuso. Apreté los dientes, aplicando más presión.

—Vamos, pedazo de...

Con un chirrido repentino, el panel cedió. El sonido reverberó por los conductos, amplificado por el rugido del ventilador cercano. Me quedé inmóvil, con la respiración contenida.

—¿Oíste eso? —llamó una voz amortiguada desde abajo.

—Mierda —siseé, redoblando mis esfuerzos para abrir completamente el panel.

El metal gimió en protesta mientras lo forzaba a abrirse más. Mis dedos resbalaron en la superficie grasienta, y contuve una maldición cuando un borde afilado me cortó la palma.

—¡Hay alguien en los conductos! —gritó otra voz—. ¡Llama a Matteo!

El pánico surgió en mí. No podía dejar que Matteo me encontrara aquí. No después de lo que había hecho. Con un último empujón, el panel se abrió de golpe.

Una ráfaga de aire caliente golpeó mi cara, trayendo consigo el olor acre de ozono y metal quemado. El motor del ventilador giraba a pocos centímetros de mi rostro, sus aspas un borrón de movimiento.

—¿Y ahora qué? —murmuré, mirando fijamente el enredo de cables frente a mí.

El calor era intenso, el sudor ya perlaba mi frente. Esto iba más allá de lo temerario: un movimiento en falso y me electrocutaría o algo peor.

—¡Luca! —la voz de Matteo retumbó desde abajo, helándome la sangre—. Sé que estás ahí arriba. Baja ahora y podemos hablar de esto.

Dudé, mi corazón martilleando contra mis costillas. Sabía que Matteo no quería hablar. Era del tipo que dispara primero y pregunta después.

Tomando una respiración profunda, metí la mano en el enredo de cables, rezando para no arrepentirme de esta jugada desesperada.

Mis dedos temblaban mientras sondeaban la oscuridad, buscando algo que se sintiera como un cable de alimentación principal. El rugido del ventilador era ensordecedor, ahogando incluso los gritos de los hombres de Matteo abajo. Todo el conducto vibraba a mi alrededor, amenazando con soltarse en cualquier momento.

—Vamos, vamos —murmuré, el sudor me escocía los ojos.

De repente, mi mano rozó algo grueso y áspero. Un cable, con el aislamiento agrietado y deshilachado. Lo agarré con fuerza, sintiendo el zumbido de la electricidad corriendo por él.

«Este es», pensé. «Ahora o nunca».

Con una oración silenciosa a quien pudiera estar escuchando, tiré del cable con todas mis fuerzas.

Por una fracción de segundo, no pasó nada. Luego las luces de abajo parpadearon frenéticamente, proyectando sombras frenéticas. El rugido del ventilador murió con un gemido estremecedor que resonó por todo el edificio. Y entonces, oscuridad. Completa y absoluta.

El silencio cayó, pesado y opresivo. Contuve la respiración, escuchando cualquier señal de movimiento abajo.

—¿Qué demonios ha pasado? —la voz de Matteo cortó el silencio, la furia evidente en cada sílaba.

—Se ha ido la luz, jefe —respondió alguien—. Todo el edificio está a oscuras.

En la oscuridad absoluta del conducto, me permití una pequeña sonrisa. Había funcionado. Ahora solo tenía que encontrar una salida antes de que ellos...

Un disparo resonó, el sonido amplificado en el conducto metálico. Me estremecí, con el corazón acelerado.

—¡Encontradlo! —rugió Matteo—. ¡Ahora!

Capítulo 10

Luca

Permanecí inmóvil en el conducto de ventilación, mis músculos gritando por la tensión prolongada. Abajo, el caos estalló mientras los hombres de Matteo se apresuraban a responder al apagón.

—¡Revisen la sala de máquinas! —ladró Matteo—. ¡Y que alguien ponga en marcha esos generadores de respaldo!

Pasos retumbaron en los suelos de concreto, haciéndose más fuertes a medida que se acercaban a mi posición. Contuve la respiración, deseando que mi corazón acelerado se calmara.

—Jefe, han manipulado la electricidad —gritó una voz áspera—. Parece sabotaje.

Matteo maldijo violentamente.

—Todavía está en el edificio. ¡Cierren todo!

Mi mente corría. Se estaban acercando rápidamente. Necesitaba moverme, pero cualquier sonido podría delatarme.

—Registren cada habitación, cada armario —ordenó Matteo—. No puede haber ido lejos.

Avancé lentamente, luchando contra el impulso de apresurarme. El metal crujió suavemente debajo de mí y me quedé paralizado.

—¿Oíste eso? —preguntó alguien abajo.

Cerré los ojos, reprochándome en silencio por el descuido.

—Probablemente solo sea el edificio asentándose —respondió otra voz—. Este lugar es viejo como el demonio.

Exhalé lentamente, el alivio me invadió. Pero sabía que mi suerte no duraría para siempre. El tiempo se estaba agotando.

Reanudé mi doloroso arrastre por el conducto, cada movimiento calculado y deliberado. El metal raspaba mi piel, enganchándose en mi ropa. Apreté los dientes, haciendo a un lado la incomodidad.

—¿Qué hay de los conductos de ventilación? —gritó alguien desde abajo.

Se me heló la sangre.

—Buena idea —respondió Matteo—. Revísenlos todos.

Necesitaba moverme más rápido. Mi mente corría, recordando el plano que había memorizado durante semanas de trabajo encubierto. La oficina en el segundo piso, esa era mi mejor oportunidad.

—Nada en el ala este —informó una voz.

—¡Sigan buscando! —espetó Matteo.

Navegué por un giro en el conducto, luchando contra la desorientación en la oscuridad total. Mi mano rozó otra rejilla. Esta tenía que ser.

Tomando un respiro para calmarme, empujé con más fuerza. La rejilla se abrió con un fuerte raspón contra el concreto.

Me estremecí, seguro de que me había delatado.

—¿Oíste eso? —gritó una voz.

—¿Oír qué? —exigió Matteo.

—Creí oír... no importa. Ya pasó.

Exhalé temblorosamente. ¿Cuánto más podría durar mi suerte?

Me bajé por la rejilla abierta, mis músculos protestando. El polvo y la mugre se pegaron a mi ropa mientras aterrizaba suavemente en el suelo de la oficina, agachándome inmediatamente para permanecer fuera de la vista. La oscuridad me envolvía, rota solo por débiles rayos de luz de la calle que se filtraban a través de las pesadas cortinas.

—Maldita sea —murmuré, sacudiendo la suciedad de mi manga. Mi corazón latía con fuerza mientras escaneaba la habitación, las sombras se extendían ominosamente sobre formas desconocidas.

Una voz llegó desde abajo.

—¡Revisen el segundo piso!

Me quedé paralizado. ¿Me habrían oído?

—Entendido, jefe —llegó la respuesta, seguida de pasos pesados en las escaleras.

Necesitaba moverme. Rápido.

Arrastrándome hacia la ventana, separé cuidadosamente las cortinas una fracción. El callejón de abajo estaba envuelto en oscuridad, pero justo enfrente vi una escalera de incendios oxidada aferrada a la pared de ladrillo.

—Perfecto —susurré. Era arriesgado, pero era mi única oportunidad. Tomé un respiro profundo—. Aquí vamos.

Tiré de las cortinas a un lado y abrí la ventana de golpe. El aire fresco de la noche entró, un fuerte contraste con el calor sofocante del interior. Mientras me subía al alféizar, voces resonaron desde abajo.

—¿Dónde demonios está?

—¡No puede haber ido lejos!

Mi corazón se aceleró mientras alcanzaba la escalera de incendios. El metal frío mordió mis palmas, extrañamente reconfortante. Había llegado hasta aquí. Podía llegar hasta el final.

Mientras me balanceaba hacia la escalera, un estruendo ensordecedor partió el aire. La bala pasó silbando, fallándome por centímetros.

—¡Ahí está! —gritó alguien.

No miré atrás. No podía darme ese lujo. Mi único enfoque era bajar por esa escalera lo más rápido humanamente posible.

El metal oxidado gemía bajo mi peso. Cada paso se sentía precario, amenazando con ceder. Pero no podía reducir la velocidad. No con los hombres de Matteo pisándome los talones.

—¡Detente o dispararemos!

Ni de coña lo haría.

Otro disparo resonó, seguido por el ping del metal. Se estaban acercando.

—Maldita sea —siseé, acelerando el paso. El suelo parecía imposiblemente lejano.

Mi pie resbaló en un peldaño resbaladizo por el óxido. Por un momento que me heló el corazón, pensé que caería. Pero logré agarrarme, los nudillos blancos mientras me aferraba a la escalera.

Mis pies finalmente tocaron el pavimento y salí disparado. El callejón se extendía ante mí, un oscuro cañón de ladrillo y sombra. Mis pulmones ardían mientras corría, cada respiración era una lucha.

—¡Está en el suelo! —bramó una voz detrás de mí.

Me pegué a la pared, usándola para guiarme a través de la oscuridad. El ladrillo áspero raspaba mi mano, pero apenas lo notaba. Todo lo que importaba era poner distancia entre los hombres de Matteo y yo.

Pasos retumbaban detrás de mí. Demasiado cerca. Me esforcé más, mis piernas gritando en protesta.

—¡Detente ahí mismo, maldito!

No gasté aliento en responder. La esquina del edificio se alzaba adelante. Solo un poco más.

Al doblar la esquina, mi corazón dio un salto. Allí, con el motor ronroneando, estaba el SUV de Bella. La puerta del pasajero abierta me llamaba como un salvavidas.

Bella se asomó, su rostro pálido en la tenue luz.

—¡Luca! ¡Date prisa!

Corrí hacia ella, cada paso una eternidad. Sus ojos se agrandaron al ver mi estado desaliñado.

—¿Te han dado? —gritó, con la voz tensa de preocupación.

—No —jadeé, acortando la distancia—. Pero están justo detrás de mí.

Me lancé hacia el SUV, el alivio inundándome mientras agarraba la puerta. La seguridad estaba al alcance.

Cerré la puerta de golpe, el ruido reverberando por mi cuerpo. El familiar aroma a jazmín me envolvió, un fuerte contraste con la suciedad y el sudor pegados a mi piel. Mi corazón latía contra mis costillas mientras luchaba por recuperar el aliento.

Bella no dudó. Puso el coche en marcha y aceleró a fondo.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó, alternando la mirada entre mí y la carretera.

Asentí, aún jadeando.

—Sí. Gracias por recogerme.

El SUV se lanzó hacia adelante, los neumáticos chirriando mientras nos alejábamos de la acera. Me aferré al reposabrazos, los nudillos blancos.

—¿Te vieron? —pregunté, girándome para mirar por la ventana trasera.

Bella negó con la cabeza.

—No creo. Mantuve las luces apagadas hasta que doblaste la esquina.

El callejón desapareció detrás de nosotros, tragado por la noche. Las farolas pasaban borrosas mientras Bella navegaba por las calles oscuras con facilidad practicada.

—¿Algún perseguidor? —preguntó, con voz tensa.

Escudriñé el espejo retrovisor.

—Nada aún. Pero no estarán lejos.

Bella apretó la mandíbula.

—Los perderemos. Tengo algunos trucos bajo la manga.

Me recliné, dejando escapar un suspiro tembloroso. Aún no estábamos a salvo, pero por primera vez desde que entré en esa maldita casa de seguridad, me permití relajarme ligeramente.

—¿Los sacaste a todos? —pregunté.

—A todos y cada uno —dijo Bella—. Pasarán la noche en nuestra ala médica y mañana los interrogaremos.

Capítulo 11

Luca

El todoterreno descendió al estacionamiento subterráneo de la sede del FBI, las duras luces fluorescentes inundaron el interior. Parpadeé ante el repentino resplandor, mis ojos adaptándose a la oscuridad de las calles de la ciudad. Las paredes de concreto parecían cerrarse a nuestro alrededor mientras nos adentrábamos en las entrañas del edificio.

Miré a Bella, su perfil iluminado por las luces del tablero. Tenía la mandíbula apretada, sus ojos verdes fijos en el parabrisas. El impulso de alcanzarla, de ofrecerle consuelo, me arañaba el pecho. Pero el peso de nuestras acciones y el peligro persistente me mantenían clavado en mi sitio.

Bella guió el vehículo hacia un espacio y apagó el motor. El repentino silencio se sintió opresivo.

—Tenemos que hablar con Richardson —dijo, con la voz tensa—. Querrá un informe completo de lo que pasó en la casa de seguridad.

Asentí, con un nudo de aprensión apretándose en mi estómago. —Tienes razón.

Richardson era la personificación de un agente del FBI apegado a las reglas. Las normas y regulaciones eran su evangelio. Y yo había pisoteado cada una de ellas esta noche.

—¿Cuánto le contamos? —pregunté, manteniendo la voz baja.

Los dedos de Bella tamborilearon contra el volante. —Todo sobre la redada y la operación de la Hermandad. No podemos arriesgarnos a ocultar nada.

—Vamos —dijo Bella, alejándose—. Cuanto más esperemos, más sospechoso parecerá.

La vi salir del todoterreno, su postura rígida por la tensión. Tomando una respiración profunda, la seguí, preparándome para lo que nos esperaba.

En el momento en que mis pies tocaron el concreto, el agotamiento me golpeó. Cada músculo de mi cuerpo gritaba en protesta, un testimonio de los brutales eventos de la noche. El aire en el estacionamiento se sentía pesado, impregnado con el acre olor a aceite de motor y un leve rastro del perfume de Bella.

Forcé a mis piernas a moverse, igualando el paso decidido de Bella. Las luces fluorescentes proyectaban duras sombras, haciendo que las bolsas bajo sus ojos fueran más pronunciadas. Me pregunté si me veía tan demacrado como me sentía.

—¿Estás lista para esto? —pregunté, con voz baja mientras nos acercábamos al ascensor.

La mandíbula de Bella se tensó. —Tanto como puedo estarlo.

El viaje hacia arriba fue silencioso, la tensión era palpable entre nosotros. Cuando llegamos al piso de Richardson, la mano de Bella rozó la mía, un toque fugaz que hablaba volúmenes. Estábamos en esto juntos, para bien o para mal.

La puerta de la oficina de Richardson estaba entreabierta. Me quedé atrás mientras Bella tocaba, dejando que ella tomara la iniciativa.

—Adelante —llamó la voz áspera de Richardson.

Entramos para encontrarlo encorvado sobre su escritorio, rodeado de pilas de archivos.

Sus ojos, inyectados en sangre por la falta de sueño, se fijaron en nosotros con una intensidad láser.

—Agente Marino —reconoció a Bella, luego su mirada se desplazó hacia mí—. Señor Vitale.

Bella tomó asiento, con la espalda recta como una vara. —Señor, sobre la operación de esta noche...

Richardson levantó una mano. —Empieza desde el principio. No omitas nada.

Me apoyé contra la pared, observando cómo Bella relataba los eventos de la redada. Su voz se mantuvo firme, profesional, pero noté el ligero temblor en sus manos mientras agarraba su bolígrafo. Detalló la trampa de la Hermandad, la resistencia inesperada que habíamos encontrado, los escapes por poco.

Mientras hablaba, estudié el rostro de Richardson, buscando cualquier indicio de sospecha. Su expresión permaneció impassible, sin revelar nada. Mis músculos se tensaron, listos para reaccionar si las cosas se torcían.

El bolígrafo de Richardson golpeaba contra su escritorio, un ritmo staccato que coincidía con la tensión en la habitación. Se inclinó hacia adelante, su mirada penetrante.

—¿Y Luca? —preguntó, con tono afilado—. ¿Qué puedes decirnos sobre los planes de la Hermandad? ¿Su próximo movimiento?

Inhalé profundamente, sopesando cada palabra con cuidado. La información equivocada podría exponer mis verdaderas lealtades, pero necesitaba darle algo sustancial.

—Hay otra subasta planeada —dije, con voz baja—. Dentro de un mes. Están moviendo objetivos de alto valor a través de una serie de casas de seguridad antes de entonces.

Las cejas de Richardson se elevaron ligeramente. —¿Ubicación?

—Aún por determinar —mentí con suavidad—. Están paranoicos después de la redada de esta noche. La seguridad será más estricta que nunca.

El bolígrafo de Bella raspaba su bloc de notas, documentando cada palabra. Podía sentir su inquietud, la forma en que se movía en su silla, sus ojos saltando entre Richardson y yo.

—Se están reagrupando —continué, mi voz un bajo rumor—. Están asustados. Se mantendrán ocultos por un tiempo, evaluarán sus pérdidas, intentarán averiguar quién los traicionó.

Observé atentamente el rostro de Richardson, buscando cualquier destello de duda, cualquier señal de que sospechara de mis lealtades duales. Pero su expresión permaneció ilegible, sus ojos no revelaban nada.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, cada latido un recordatorio de la precaria posición en la que me encontraba. Un paso en falso, un indicio de engaño, y todo por lo que había trabajado podría desmoronarse.

Richardson se reclinó en su silla, con los dedos entrelazados bajo su barbilla. —¿Y estás seguro de esta información?

Asentí, manteniendo el contacto visual. —Tan seguro como puedo estar, dadas las circunstancias.

El silencio se extendió entre nosotros, cargado de preguntas no formuladas y sospechas apenas disimuladas.

Me incliné hacia adelante, con las manos fuertemente apretadas sobre mis rodillas para ocultar su temblor. El peso de mis siguientes palabras presionaba sobre mi pecho, pero sabía que tenía que decirlas.

—Volverán —añadí, mi voz endureciéndose con convicción—. No se rendirán tan

fácilmente. Esta operación, es solo una pequeña parte de algo mucho más grande, algo más oscuro.

Los ojos de Richardson se estrecharon, un destello de interés cruzando su rostro. — Explica.

Tomé una respiración profunda, eligiendo mis palabras cuidadosamente. —La Hermandad no se trata solo de tráfico de personas. Están construyendo un imperio. Drogas, armas, influencia política. Se están infiltrando en todos los niveles de la sociedad.

Salimos de la oficina de Richardson, el peso de nuestro engaño pesado sobre mis hombros. El pasillo se extendía ante nosotros, estéril e implacable bajo las duras luces fluorescentes. Quería alcanzar la mano de Bella, ofrecerle algún consuelo, pero sabía que no podíamos arriesgarnos. No aquí.

Mientras caminábamos, noté que una agente se acercaba, su rostro marcado por líneas sombrías. Apartó a Bella, su voz baja pero lo suficientemente clara para que yo la escuchara.

—Bella, ten cuidado —dijo, sus ojos desviándose hacia mí antes de volver a centrarse en Bella—. Oí a Tanaka hablando. Está furioso y está haciendo amenazas. Dijo que vas a recibir lo que te mereces.

Mis músculos se tensaron, listos para la acción. Tanaka. Ese bastardo siempre había sido un problema, pero ahora se estaba convirtiendo en una seria amenaza. Observé de cerca la reacción de Bella, mi mente ya dando vueltas a posibles soluciones, la mayoría de ellas terminando con Tanaka en una tumba poco profunda.

Bella forzó una sonrisa, pero pude ver la tensión en sus ojos. —Está desahogándose —dijo, su voz firme a pesar del temblor que detecté debajo—. Se le pasará.

Yo sabía que no era así. Tanaka no era del tipo que deja pasar las cosas, y su vendetta contra Bella era personal. Cuando Bella se volvió hacia mí, vi la duda en sus ojos, el miedo que estaba tratando tan duro de ocultar. Mis puños se apretaron a mis costados. Tendría que ocuparme de Tanaka, y pronto. Antes de que pudiera cumplir sus amenazas.

En el momento en que la agente estuvo fuera de vista, sentí a Bella tensarse a mi lado. Su mano salió disparada, agarrando mi brazo, sus dedos clavándose en mi carne con una fuerza inesperada.

—Luca —susurró, su voz temblando. El miedo en sus ojos era crudo, sin protección—. Podría arruinarnos a ambos.

Miré alrededor, asegurándome de que estuviéramos solos. Las luces fluorescentes proyectaban duras sombras sobre el rostro de Bella, acentuando las líneas de preocupación que se habían formado alrededor de sus ojos. Mi mandíbula se apretó mientras consideraba nuestras opciones. Tanaka era un problema que necesitaba ser eliminado, pero no podía decírselo a Bella. No aquí, no ahora.

—No te preocupes —dije, manteniendo mi voz baja y tranquilizadora. Cubrí su mano con la mía, apretando suavemente. El calor de su toque me anclaba, un marcado contraste con el frío e impersonal ambiente del edificio del FBI—. No dejaré que te haga daño. Lo prometo.

Los ojos de Bella escudriñaron los míos, buscando seguridad. Mantuve su mirada firmemente, reprimiendo la rabia que amenazaba con surgir. Tanaka pagaría por poner ese miedo en sus ojos. Pero por ahora, necesitaba concentrarme en llevar a Bella a un lugar seguro.

Llegamos al ascensor, las puertas se deslizaron abriéndose con un suave silbido. El interior de metal reflectante reflejó nuestras tensas expresiones mientras avanzábamos. Justo cuando estábamos a punto de entrar, el teléfono de Bella vibró. Lo sacó, su rostro perdiendo color mientras miraba la pantalla.

—¿Qué pasa? —pregunté, mi mano moviéndose instintivamente hacia la parte baja de su espalda.

Los dedos de Bella temblaron mientras sostenía el teléfono. —Un mensaje anónimo. Hay una imagen adjunta.

Me incliné más cerca, mi respiración entrecortándose mientras ella abría el mensaje. La fotografía que apareció me heló la sangre. Éramos nosotros, capturados hace apenas unos momentos, de pie juntos en el pasillo fuera de la oficina de Richardson. Nuestros rostros eran claramente visibles, nuestras expresiones desprotegidas. La intimidad de nuestro toque era innegable.

Pero fue el mensaje debajo lo que hizo que mis puños se cerraran:

No lo olviden. Puedo arruinarlos.

La respiración de Bella se entrecortó. —Luca, ¿cómo pudo él...?

La interrumpí, tirando de ella hacia el ascensor y presionando bruscamente el botón del estacionamiento. Mientras las puertas se cerraban, escaneé el techo buscando cámaras. —Alguien nos está observando. Ahora mismo.

Mi mente corría, catalogando potenciales amenazas, rutas de escape, contingencias. El peso de mi arma presionaba contra mi costado, un frío consuelo.

—Tenemos que irnos —dije, mi voz baja y urgente—. Ahora.

Bella asintió, su máscara profesional volviendo a su lugar. Pero podía ver el miedo persistente en sus ojos, el ligero temblor de su labio inferior.

El ascensor descendía, cada piso nos acercaba más a un punto de decisión. Quedarnos y enfrentar la amenaza de frente, o huir y reagruparnos. De cualquier manera, Tanaka había hecho su movimiento. Y yo estaba decidido a hacer que se arrepintiera.

Las puertas del ascensor se deslizaron abriéndose, revelando el estacionamiento tenuemente iluminado. Salí primero, mis ojos escaneando el área en busca de cualquier señal de movimiento. La rabia que había estado conteniendo desde que vi ese mensaje finalmente estalló, una furia ardiente que amenazaba con consumirme.

Apreté los puños tan fuerte que mis uñas se clavaron en mis palmas. El impulso de encontrar a Tanaka, de silenciarlo permanentemente, era casi abrumador. Me volví para mirar a Bella, su rostro pálido, los ojos abiertos por el miedo. En ese momento, supe que tenía que actuar, que tenía que protegerla, sin importar el costo.

—Luca —susurró Bella, su voz temblorosa—. ¿Qué vamos a hacer?

Tomé una respiración profunda, tratando de calmarme. —Vamos a terminar con esto —dije, mi voz baja y peligrosa—. Tanaka ha ido demasiado lejos.

Bella extendió la mano hacia mi brazo, pero yo ya me estaba moviendo hacia nuestro todoterreno, mi mente corriendo con planes, contingencias, formas de hacer desaparecer a Tanaka sin dejar rastro.

—Yo me ocuparé de él —gruñí, las palabras una promesa, un juramento grabado en sangre y acero. Desbloqueé el todoterreno, mis movimientos afilados y precisos—. Sube. Nos vamos.

Bella dudó por una fracción de segundo antes de subir al asiento del pasajero. Mientras arrancaba el motor, podía sentir sus ojos sobre mí, llenos de una mezcla de miedo y preocupación.

—Luca —dijo ella suavemente—, tenemos que pensar bien en esto. No podemos...

La interrumpí, con voz dura.

—No hay nada que pensar. Te amenazó. Morirá.

Bella puso su mano en mi brazo, su toque una suave pero firme restricción.

—No, Luca —susurró, sus ojos llenos de preocupación—. No puedes. No aquí. No así. Deja que el FBI se encargue. Tienen procedimientos...

Sus palabras me golpearon como un balde de agua fría, apagando el fuego de mi rabia. Apreté el volante con más fuerza, mis nudillos tornándose blancos. La parte racional de mi cerebro sabía que ella tenía razón, pero cada instinto me gritaba que actuara, que eliminara la amenaza.

—¿Procedimientos? —me burlé, mi voz cargada de amargura—. ¿Te refieres a interminables papeleo e investigaciones internas?

Negué con la cabeza, la frustración creciendo dentro de mí. El enfoque burocrático del FBI se sentía dolorosamente inadecuado frente a la amenaza de Tanaka. Mi mundo operaba bajo reglas diferentes: acción rápida y decisiva. Ojo por ojo.

—Es un proceso lento, Bella —dije, volviéndome para mirarla—. No me traerá ninguna satisfacción. No te protegerá de la venganza de Tanaka.

Podía ver el conflicto en sus ojos, la lucha entre su entrenamiento del FBI y la realidad de nuestra situación. Pero no podía sacudirme la sensación de que jugar según las reglas solo la pondría en más peligro.

—Mi manera es más rápida —continué, mi voz baja e intensa—. Más efectiva. Puedo hacerlo desaparecer, asegurarme de que nunca más te amenace.

El agarre de Bella en mi brazo se apretó.

—¿Y luego qué, Luca? ¿Nos convertimos en fugitivos? Esa no es la vida que quiero para nosotros.

Sus palabras me hicieron pausar. Nosotros. La implicación quedó suspendida en el aire entre nosotros, un recordatorio de todo lo que estaba en juego.

Me pasé una mano por el pelo, exhalando bruscamente. La tensión en el coche era palpable, mezclándose con el persistente olor a pólvora y sudor de nuestro enfrentamiento anterior.

—Es una serpiente. Atacará cuando menos lo esperemos. Conozco a los de su tipo.

Mi mente se dirigió a incontables encuentros con hombres como Tanaka: despiadados, vengativos, dispuestos a hacer cualquier cosa para conseguir lo que querían. En mi mundo, la duda significaba muerte. Pero Bella no era de mi mundo. Ella todavía creía en el sistema, en la justicia.

Observé su rostro, vi el conflicto en sus ojos. Estaba dividida entre su entrenamiento y sus instintos, entre el mundo que conocía y el que estaba empezando a entender.

—Tenemos que confiar en el sistema, Luca —insistió, su voz temblando ligeramente—. Por favor. Por mí. Deja que ellos se encarguen. Solo por esta vez.

La súplica en su voz me golpeó con fuerza. Quería protegerla, resguardarla de la oscuridad que amenazaba con engullirnos a ambos. Pero también sabía que ceder a mis impulsos podría alejarla para siempre.

Apreté el volante con más fuerza, mis nudillos tornándose blancos. El peso de nuestra situación me presionaba, exigiendo acción. Pero las palabras de Bella resonaban en mi mente, un recordatorio constante de lo que podría perder si actuaba precipitadamente.

—Les daré 24 horas —dije, mi voz firme pero no descortés—. 24 horas para encontrar a Tanaka, para neutralizar la amenaza. Si no han progresado para entonces... lo manejaré a mi manera.

Era un compromiso, una concesión que iba en contra de cada instinto que tenía. Pero al

mirar a Bella, supe que era todo lo que podía ofrecerle, todo lo que podía ofrecerme a mí mismo sin traicionar completamente quién era.

Los ojos de Bella se ensancharon ligeramente, la sorpresa destellando en su rostro. No esperaba que yo cediera, ni siquiera tanto. La observé mientras procesaba mis palabras, sopesándolas contra sus propios miedos y dudas.

El silencio se extendió entre nosotros, cargado de palabras no dichas y peligro compartido. Contuve la respiración, esperando su respuesta, agudamente consciente de que este momento podría cambiarlo todo entre nosotros.

Finalmente, la mirada de Bella encontró la mía. Vi el conflicto allí, la batalla entre su deber como agente y su creciente comprensión de mi mundo. Dudó, sus labios separándose ligeramente como si fuera a hablar, para luego cerrarse de nuevo.

Metí la mano en mi bolsillo, mis dedos cerrándose alrededor del teléfono desechable barato. El plástico se sentía frío y extraño, un duro recordatorio de la vida que había dejado atrás. Sin romper el contacto visual con Bella, lo saqué.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bella, su voz baja y tensa.

No respondí inmediatamente. En su lugar, escribí un mensaje, mis pulgares moviéndose con eficiencia practicada: Huye o muere.

—Enviando un mensaje —dije, presionando enviar. Una oleada de sombría satisfacción me recorrió—. Tanaka necesita saber que voy por él.

Los ojos de Bella se agrandaron.

—Luca, no puedes...

—Ya está hecho —la interrumpí, guardando el teléfono—. Ha sido advertido. Lo que haga ahora depende de él.

Observé el rostro de Bella, vi el conflicto allí. Estaba dividida entre su entrenamiento como agente y su creciente comprensión de mi mundo. Sabía que la estaba presionando, probando los límites de lo que podía aceptar.

—Tenemos que irnos —dije, mi tono sin dar lugar a argumentos—. La casa de mi familia. Es el lugar más seguro para nosotros ahora.

Bella abrió la boca para protestar, pero pude ver que la lucha abandonaba sus ojos. Sabía tan bien como yo que nos habíamos quedado sin opciones.

—De acuerdo —dijo finalmente, su voz apenas por encima de un susurro—. De vuelta con tu familia.

Capítulo 12

Bella

Los faros cortaban la oscuridad mientras nos acercábamos a la garita de seguridad, iluminando los imponentes muros que rodeaban la finca de mi familia. Apreté el volante con más fuerza, sintiendo la tensión de Bella que irradiaba desde el asiento del copiloto.

—Ya llegamos —dije, reduciendo la velocidad del coche.

Bella se removió en su asiento, sus ojos moviéndose nerviosamente. —Este lugar parece una fortaleza —murmuró.

Asentí. —Lo es. Por eso estarás a salvo.

A medida que nos acercábamos a la garita, vi que la mano de Bella se movía instintivamente hacia su cadera, donde normalmente llevaba su arma del FBI. Pero no estaba allí. La habíamos dejado atrás, junto con su placa y cualquier otro rastro de su identidad oficial.

—Sin armas —le recordé suavemente—. A mi familia no le gustará tener a una agente federal armada en su casa.

La mandíbula de Bella se tensó. —Claro —dijo con voz tensa—. Porque voy a entrar desarmada en la guarida del león. Perfecto.

No pude evitar admirar su espíritu, incluso mientras me preocupaba por cómo se las arreglaría en mi mundo. —Me tienes a mí —dije, mirándola a los ojos—. Soy toda la protección que necesitas aquí.

La garita se alzaba ante nosotros, un crudo recordatorio de la división entre el mundo exterior y el que estábamos a punto de entrar. Sentí a Bella tensarse a mi lado mientras nos acercábamos.

—No te preocupes —dije, con voz baja y firme—. Estás a salvo aquí. —Extendí la mano y apreté la suya, sintiendo el temblor que la recorría—. Te lo prometo.

Bella se volvió hacia mí, sus ojos escrutando mi rostro en la tenue luz. —¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó, con voz apenas audible.

Sostuve su mirada, deseando que entendiera. —Porque esta es mi familia. Y ahora, tú también estás bajo su protección.

El SUV se detuvo frente a las imponentes puertas. El hierro forjado se retorció en intrincados patrones que semejaban enredaderas espinosas, una silenciosa advertencia para aquellos que se atrevieran a acercarse sin invitación.

Dos figuras se materializaron de las sombras, sus rostros ocultos en la oscuridad. Sus cuerpos estaban tensos, las manos revoloteando cerca de las armas en sus costados. Sentí a Luca ponerse rígido a mi lado, su mano moviéndose instintivamente hacia su propia arma oculta.

Mi corazón se aceleró. Luché contra el impulso de agacharme en mi asiento, de hacerme lo más pequeña e invisible posible.

Una de las figuras dio un paso adelante, un haz de luz cortando la noche. Cuando iluminó su rostro, vi a Luca relajarse marginalmente.

—¿Señor Vitale? —la voz del guardia contenía una mezcla de sorpresa y respeto—. Es

usted. ¿Qué hace aquí a esta hora?

El guardia bajó su linterna, su postura relajándose ligeramente. Sus ojos se desviaron hacia mí, con curiosidad y sospecha luchando en su mirada. —¿Y quién es esta que viene con usted?

Contuve la respiración, esperando la respuesta de Luca. ¿Cuánto revelaría? ¿Cuánto podía revelar sin ponernos a ambos en peligro?

La voz de Luca fue calmada, controlada. —Esta es Bella. Viene conmigo.

Los ojos del guardia se entrecerraron, claramente insatisfecho con la vaga explicación. Me obligué a sostener su mirada, rezando para que no pudiera ver el miedo que estaba tratando desesperadamente de ocultar.

—Ella está bajo mi protección —añadió Luca, con una nota de finalidad en su voz que no admitía discusión.

Miré a Luca, sorprendida por el acero en su tono. Por un momento, lo vi como los demás debían verlo - no solo como Luca, sino como el señor Vitale, un hombre de poder e influencia en un mundo peligroso.

Luca se inclinó por la ventanilla, bajando la voz a un murmullo. —Está bien, Tony. Necesitamos ver a Marco. Es urgente.

Los ojos de Tony se entrecerraron aún más, su mirada persistiendo en mi rostro. Luché contra el impulso de retorcerme bajo su escrutinio. ¿Me reconocía? ¿Había visto mi foto en algún lugar? Los segundos se alargaron como horas mientras esperaba su respuesta.

Finalmente, Tony asintió. —De acuerdo —dijo, retrocediendo—. Abriré la puerta y le avisaré que van en camino.

Mientras Tony se retiraba, solté un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. La mano de Luca encontró la mía en la oscuridad, dándole un apretón tranquilizador.

Las puertas se abrieron con un gemido metálico, y atravesamos. El SUV se deslizó por el sinuoso camino de entrada, cada curva revelando nuevas sombras que ponían mis nervios de punta.

Había estado aquí una vez antes, pero esta vez se sentía diferente. Mi estómago se revolvió al darme cuenta de la magnitud de lo que estábamos haciendo. Yo era una agente del FBI buscando protección de una familia mafiosa. Todos mis instintos gritaban que esto estaba mal.

—Luca —susurré, mi voz apenas audible sobre el motor—. ¿Estás seguro de esto?

No respondió inmediatamente, con los ojos fijos en el camino adelante. Cuando habló, su voz era baja e intensa. —No dejaré que te pase nada, Bella. Te lo prometo.

Sus palabras deberían haberme reconfortado, pero solo intensificaron mi inquietud. En este mundo - su mundo - las promesas se sellaban con sangre, y la confianza tenía un precio elevado. ¿Cuánto nos costaría esta protección?

Mientras la mansión se alzaba ante nosotros, no pude sacudirme la sensación de que estaba caminando hacia una trampa de mi propia creación.

El SUV se detuvo frente a la gran entrada de la mansión. Imponentes columnas de mármol flanqueaban las impresionantes puertas dobles, sus siluetas extendiéndose hacia un cielo sin estrellas. Tragué saliva, con la garganta seca.

Antes de que Luca pudiera apagar el motor, una figura se materializó de las sombras. La luz del porche iluminó el rostro de Marco, su expresión una máscara de piedra. Sus ojos, fríos y afilados, se fijaron en nosotros con intensidad depredadora.

Luca salió del coche con gracia fluida, sus movimientos traicionando tanto familiaridad como cautela. Su mirada se cruzó con la de Marco, un intercambio silencioso pasando entre los hermanos.

—Has vuelto a casa —declaró Marco, con tono inexpresivo.

Luca asintió. —Necesitamos tu ayuda, hermano.

Me obligué a moverme, mis piernas inestables mientras salía del SUV. Mis dedos se aferraron instintivamente a la correa de mi bolso, como si pudiera protegerme de la penetrante mirada de Marco.

—Agente Marino —reconoció Marco, su voz desprovista de calidez—. Confío en que su presencia aquí significa que los problemas la siguen.

Enderecé la espalda, enfrentando su mirada. —No fue mi idea venir aquí.

Los labios de Marco se crisparon, casi en una sonrisa burlona. —Sin embargo, aquí está, buscando nuestra protección. Qué... irónico.

Mis mejillas ardieron con una mezcla de vergüenza y desafío. Abrí la boca para replicar, pero la mano de Luca en mi brazo me detuvo.

—Deberíamos continuar esto dentro —dijo Luca, su tono sin dejar lugar a discusión.

Mientras nos acercábamos a la entrada, no pude sacudirme la sensación de que estaba entrando en la guarida del león. Cada paso se sentía como una traición a todo lo que representaba, pero sabía que no tenía elección. Mi supervivencia, y quizás algo aún más vital, dependía de las mismas personas que había jurado derribar.

Marco atrajo a Luca en un fuerte abrazo, sus ojos nunca dejando el rostro de su hermano. —Me enteré de lo de los corsos —dijo, con voz baja y tensa—. ¿Qué pasó?

Me quedé a un lado, sintiéndome como una intrusa. La deliberada exclusión de Marco hacia mí en la conversación hizo que mi piel se erizara de inquietud.

Luca devolvió el abrazo brevemente antes de apartarse. —Es complicado —dijo, con la mandíbula tensa—. Necesitamos hablar en privado.

La mirada de Marco se desvió hacia mí, sus ojos entrecerrados. —¿Por qué está ella aquí, Luca? ¿A esta hora?

Tragué saliva, luchando contra el impulso de defenderme. Este no era mi territorio, y sabía que cualquier explicación de mi parte solo empeoraría las cosas.

La mano de Luca encontró la parte baja de mi espalda, un gesto que no pasó desapercibido para Marco. —Ella es parte de esto —dijo Luca con firmeza—. Ambos necesitamos tu ayuda.

—Adentro —ordenó Marco, girando sobre sus talones.

Luca se movió para seguirlo, pero yo dudé. Cada instinto me gritaba que corriera, que me alejara lo más posible de este lugar. El peso de mis elecciones me presionaba, amenazando con aplastarme.

—Bella —dijo Luca suavemente, extendiendo su mano—. Está bien. Estás a salvo aquí.

Respiré profundamente, preparándome. —¿Lo estoy? —susurré, pero tomé su mano de todos modos.

Mientras entrábamos en la mansión, supe que no había vuelta atrás. Lo que sucediera a continuación lo cambiaría todo, para bien o para mal.

Marco sostuvo la puerta abierta, su mirada deteniéndose en mí por un momento. —Un placer volver a verla, agente Marino. —Su tono era educado, pero sus ojos estaban fríos, evaluadores.

Entré, y la opulencia del vestíbulo me golpeó como una fuerza física. Los suelos de

mármol brillaban bajo una lámpara de araña de cristal, reflejando la luz en deslumbrantes patrones. El aire estaba cargado con el aroma de los lirios, mezclado con algo más: dinero antiguo, poder, peligro.

—Gracias por recibirme —logré decir, mi voz sonando pequeña en el vasto espacio.

Marco no respondió, en su lugar se giró para guiarnos a través de un laberinto de pasillos. Sus pasos eran silenciosos sobre la alfombra mullida, un marcado contraste con el eco del clic de mis tacones. Me sentía expuesta, vulnerable.

—Este lugar es como una fortaleza —susurré a Luca.

Él apretó mi mano. —Lo es. Por eso estás a salvo aquí.

Llegamos al despacho de Marco, y no pude evitar impresionarme. Era inconfundiblemente masculino, dominado por un enorme escritorio de caoba y sillones de cuero. Estanterías cubrían las paredes, llenas de volúmenes encuadernados en piel y fotografías enmarcadas.

Mis ojos fueron atraídos por una foto de un Marco y Luca más jóvenes, con los brazos alrededor del otro, sonriendo. Era un crudo recordatorio de la compleja relación en la que me había metido: hermanos, socios en el crimen y ahora, mis protectores.

—Este legado —pensé, mirando las fotografías—. ¿Cuántas vidas ha destruido? ¿Cuántas más reclamará?

Marco hizo un gesto hacia los sillones, su movimiento fluido y practicado. Me hundí en uno, agradecida por el apoyo. El cuero estaba frío contra mi piel, anclándome en el momento. Luca permaneció de pie, su postura rígida, el rostro marcado por líneas duras.

Observé cómo Marco se movía hacia un mueble bar, sus acciones deliberadas y controladas. El tintineo del cristal contra cristal parecía anormalmente fuerte en el tenso silencio. Vertió tres dedos de líquido ámbar en cada vaso, el flujo constante hipnótico.

—¿Quieres beber? —preguntó Marco, su voz más suave que antes. Extendió un vaso hacia mí.

Dudé, mirando el vaso. El cristal estaba frío contra mi palma cuando lo tomé, con gotas de condensación formándose en la superficie. Necesitaba algo para calmar mis nervios, para atenuar el filo agudo del miedo que me atravesaba.

—Gracias —murmuré, llevando el vaso a mis labios. El whisky quemó un camino por mi garganta, el calor floreciendo en mi pecho.

Luca aceptó su bebida sin decir palabra, los nudillos blancos alrededor del vaso. Sus ojos nunca dejaron a Marco, vigilantes y cautelosos.

—Bien —dijo Marco, acomodándose en la silla detrás de su escritorio—. ¿Qué trae a una agente del FBI a mi puerta a esta hora?

Tragué con dificultad, el sabor del whisky amargo en mi lengua. ¿Cómo podía explicar sin revelar demasiado? ¿Sin ponernos a todos en más peligro?

Los ojos oscuros de Marco se clavaron en Luca, exigiendo respuestas. —¿Qué salió mal para que el FBI necesite esconder a su agente aquí?

La tensión en la habitación era palpable. Casi podía saborearla, aguda y metálica en mi lengua. Mi corazón se aceleró, y apreté mi vaso con más fuerza, temiendo que pudiera resbalar de mis palmas sudorosas.

Luca llevó su vaso a los labios, vaciando el whisky de un largo trago. El cristal hizo un ruido sordo cuando lo dejó sobre el escritorio de Marco con fuerza apenas contenida.

—Es sobre su compañera, la agente Tanaka —dijo Luca, con voz baja y controlada. Pero pude escuchar el trasfondo de rabia bajo sus palabras—. Se ha vuelto rebelde. Está trabajando

con la Hermandad.

Mi estómago se revolvió al escucharlo en voz alta. Tanaka, mi compañero, un traidor. El hombre en quien había confiado mi vida ahora era quien la amenazaba.

La mirada de Luca se dirigió hacia mí, intensa y suplicante. —Y está amenazando a Bella.

Me sentí expuesta bajo el escrutinio de Marco, como un insecto bajo un microscopio. Mi garganta se contrajo, dificultándome respirar.

—Necesitamos tu protección, Marco —continuó Luca—. Solo por 24 horas. Hasta que pueda encargarme de él.

Encargarse de él. Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de implicaciones. Sabía lo que Luca quería decir, y me aterrorizaba. No solo por Tanaka, sino por lo que significaba para mí, para nosotros, para todo en lo que creía.

Marco se reclinó en su silla, su rostro indescifrable. —¿Y por qué debería arriesgar a mi familia por una agente del FBI?

Contuve la respiración, esperando la respuesta de Luca. Mi destino pendía del equilibrio de este momento.

La habitación giraba a mi alrededor, la opulenta decoración se difuminaba en una neblina de madera oscura y colores apagados. Me aferré a los brazos de mi silla, intentando estabilizarme. El whisky que Marco había servido antes me golpeó como un tren de carga, amplificando la naturaleza surrealista de este momento.

—No puedo estar escuchando esto —murmuré, con una voz apenas audible. Mis dedos temblaban mientras dejaba mi vaso, el cristal tintineando contra la madera pulida—. Soy una agente del FBI. No... no puedo estar involucrada en...

Las palabras murieron en mi garganta, ahogadas por el peso de lo que se estaba discutiendo. Encargarse de Tanaka. Buscar protección de la mafia. Todo en lo que creía se desmoronaba a mi alrededor.

Los ojos de Marco se entrecerraron, su mirada penetrándome. —Ya estás involucrada, agente Marino. Desde el momento en que pisaste esta casa.

Abrí la boca para protestar, pero un suave golpe en la puerta interrumpió la tensión sofocante. La puerta se abrió con un chirrido, y Elena, la prometida de Marco, asomó la cabeza. Sus ojos se agrandaron al ver la escena frente a ella.

—Marco, ¿está todo bien? —preguntó, su voz suave pero cargada de preocupación. Su mirada saltaba entre Marco, Luca y yo—. Escuché... ¿Bella está bien?

Levanté la vista hacia ella, agradecida por la interrupción pero insegura de cómo responder. ¿Cómo podría explicar la situación? ¿Que era una agente del FBI buscando refugio con las mismas personas que se suponía que debía estar investigando?

La presencia de Elena pareció aligerar la atmósfera opresiva en la oficina de Marco. Observé cómo la expresión de Marco se suavizó ligeramente cuando se volvió hacia su prometida.

—Todo está bien, Elena —dijo, su tono más suave que antes—. Solo es un... asunto familiar. —Hizo una pausa, luego me miró de nuevo, sus ojos endureciéndose una vez más—. Tal vez puedas llevar a la agente Marino a una habitación de invitados. Se quedará con nosotros al menos un día.

Sentí que mi estómago se revolvía ante sus palabras. Un día. Veinticuatro horas en esta guarida de criminales. Mi mente corría, tratando de procesar cómo había terminado aquí.

Elena se acercó a mí, su mano extendida para tocar mi brazo. Su agarre era suave pero

firme mientras me ayudaba a ponerme de pie.

—Ven conmigo, Bella —dijo suavemente. Su voz me envolvió, calmando mis nervios destrozados—. Te mostraré una habitación de invitados. Parece que podrías usar una ducha caliente y algo de descanso.

Asentí, incapaz de formar palabras. Mientras Elena me guiaba fuera de la oficina y hacia el pasillo, lancé una última mirada a Luca. Su rostro era una máscara de tensión, pero sus ojos se encontraron con los míos con una intensidad que me hizo contener la respiración.

«¿En qué me he metido?», pensé, permitiendo que Elena me llevara lejos de los hombres y sus peligrosos planes.

Elena me guió por la casa, sus pasos ligeros y gráciles. Intenté concentrarme en sus movimientos, cualquier cosa para distraerme del tumulto en mi mente. Pasamos junto a pinturas ornamentadas y jarrones antiguos que probablemente costaban más que mi salario anual.

Finalmente, llegamos a una espaciosa habitación. Los techos altos me hacían sentir pequeña, insignificante. Una cama con dosel dominaba la habitación, cubierta con sábanas que parecían más suaves que cualquier cosa en la que hubiera dormido.

—Esto es... extravagante —dije, con la voz apenas por encima de un susurro.

Elena sonrió, con un atisbo de tristeza en sus ojos. —No es tan malo una vez que te acostumbras. —Señaló hacia una puerta—. El baño está por allí. Te he dejado un pijama.

Miré la ropa cuidadosamente doblada sobre la cama, preguntándome de quién sería. Elena continuó: —Y hay toallas limpias y artículos de aseo en el baño. Cualquier cosa que necesites, solo házmelo saber. Estoy justo al otro lado del pasillo.

—Gracias —logré decir, luchando contra el impulso de llorar. La amabilidad de Elena era casi demasiado para soportar.

Ella se detuvo en la puerta. —Bella, sé que esto no es fácil. Pero estás a salvo aquí.

Asentí, sin confiar en mí misma para hablar. Cuando la puerta se cerró detrás de ella, me desplomé en la cama, con la cabeza entre las manos. ¿Cómo se había vuelto mi vida tan complicada?

Respiré hondo, armándome de valor. El peso de todo lo que había sucedido me presionaba, amenazando con aplastarme. Pero no podía permitirme desmoronarme. Aún no.

Me levanté de la cama y caminé hacia el baño, mis pasos amortiguados por la alfombra mullida. Al abrir la puerta, el aroma de lavanda y vainilla me envolvió, un fuerte contraste con las duras realidades que había enfrentado antes.

El baño era una maravilla de mármol y cromo, más lujoso que cualquier hotel en el que hubiera estado. Capté mi reflejo en el espejo y apenas me reconocí. Mi cabello era un desastre, mis ojos estaban abiertos y atormentados.

—Recomponete, Bella —murmuré a mi reflejo.

Abrí la ducha, el sonido del agua corriendo llenando la habitación. Mientras me desvestía, noté moretones formándose en mis brazos, recuerdos de los eventos de la noche. El agua caliente golpeó mi piel, y jadeé ante la sensación.

Bajo el chorro, froté mi piel, tratando de lavar más que solo la suciedad física. El olor a pólvora y sangre parecía aferrarse a mí, un recordatorio de cuán cerca había estado de la muerte.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunté en voz alta, mi voz perdiéndose en el sonido de la ducha—. ¿Cómo terminé buscando protección de las mismas personas que se supone que debo investigar?

Pero conocía la respuesta. Luca. Sus ojos oscuros, su postura protectora, la forma en que había arriesgado todo para mantenerme a salvo. Cerré los ojos, dejando que el agua cayera sobre

mí, preguntándome si estaba cometiendo el mayor error de mi vida.

Mis pensamientos giraban como el agua alrededor del desagüe. El mundo de Luca era peligroso, impredecible. Sus promesas de protección luchaban contra las amenazas implícitas que venían con su estilo de vida. La traición de Tanaka dolía, un agudo recordatorio de que no podía confiar en nadie, ni siquiera en mi propio compañero.

Los rostros de las mujeres rescatadas pasaron por mi mente. Había cruzado líneas para salvarlas, comprometido mi ética, mi carrera. El peso de mis elecciones me presionaba, sofocándome.

Apoyé mis manos contra los azulejos fríos, dejando que el agua golpeará mi espalda. —¿Qué he hecho? —susurré, mi voz quebrándose.

La puerta del baño se abrió con un suave clic. Me di la vuelta, con el corazón latiendo fuertemente. A través del cristal empañado, vi la silueta de Luca.

Se quitó la ropa con una urgencia animal, revelando su pecho esculpido y sus abdominales ondulantes.

Observé con hambre en mis ojos mientras entraba en la ducha, su dominancia haciendo que mis rodillas flaquearan. Me presionó contra los azulejos, sus manos ásperas recorriendo mi cuerpo mientras reclamaba mi boca con la suya.

Su lengua exploró cada centímetro de mi boca, saboreándome y provocándome hasta que jadeaba de deseo. Trazó una línea de besos húmedos y abiertos por mi cuello, sus dientes rozando mi piel mientras bajaba.

Ahuecó mis pechos, amasándolos con rudeza mientras rozaba mis pezones con sus pulgares. Gemí, arqueando mi espalda para darle mejor acceso. Él se rio oscuramente, su voz espesa de deseo.

—Te he echado de menos, he echado de menos follarte —gruñó, pellizcando mis pezones con más fuerza.

Lloriqué, asintiendo frenéticamente con la cabeza. Él sonrió con satisfacción, complacido con mi respuesta. Su mano viajó más abajo, encontrando mi coño mojado y provocando mi clitoris. Deslizó un dedo dentro de mí. Jadeé, mi cuerpo temblando de placer.

Añadió otro dedo, bombeándolos dentro y fuera de mí mientras me retorció contra él. Mis piernas temblaban, y podía sentir mi orgasmo construyéndose.

—Por favor —supliqué, desesperada por más.

Él se rio de nuevo, sacando sus dedos de mí lentamente. —¿Qué quieres, buena chica? —preguntó, su voz goteando sarcasmo.

—Quiero que me folles —gemí, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Tus deseos son órdenes —dijo mientras me levantaba y me clavaba contra la pared. Mis piernas se envolvieron alrededor de sus caderas mientras se hundía en mí, su polla llenándome completamente. Grité, mi cuerpo amoldándose al suyo.

Agarró mis caderas, tirando de mí hacia él mientras me follaba con rudeza. Podía sentir cada centímetro de él, su polla golpeando todos los puntos correctos. Se inclinó, mordiendo mi cuello mientras me follaba más fuerte.

Grité, mi orgasmo estrellándose sobre mí como una ola. Él gruñó, su propia liberación siguiendo a la mía. Nos quedamos allí, jadeando y temblando, mientras el agua continuaba

Capítulo 13

Bella

La luz del sol matutino se filtraba por las ventanas de la cocina, bañando la espaciosa habitación con un cálido resplandor dorado. El aroma del café recién hecho y el tocino chisporroteante llenaba el aire, un contraste reconfortante con las pesadillas persistentes de la noche anterior: la casa de seguridad, los disparos, el terror en los ojos de las mujeres rescatadas. Me senté en la isla de la cocina, una humeante taza de café calentando mis manos, observando a Luca moverse por la cocina con una gracia y facilidad que desmentían su imponente tamaño.

—¿Cómo te gustan los huevos? —preguntó Luca, con su voz baja y áspera por el sueño.

Tomé un sorbo de café antes de responder. —Revueltos, si no es mucha molestia.

Asintió, rompiendo los huevos en un tazón. —No es molestia en absoluto.

—¿Dormiste algo? —pregunté, rompiendo el cómodo silencio.

Luca miró por encima del hombro, con una sonrisa irónica en su rostro. —Unas pocas horas. ¿Y tú?

Negué con la cabeza. —No realmente. Cada vez que cerraba los ojos, veía... —me detuve, incapaz de terminar la frase.

Se volvió completamente hacia mí, con preocupación grabada en sus facciones. —Las mujeres están a salvo ahora, Bella. Tú ayudaste a que eso sucediera.

Asentí, no del todo convencida. —Lo sé. Es solo que... es mucho para procesar.

Luca volvió a la estufa, sirviendo los huevos y el tocino. Había insistido en preparar el desayuno, una escena sorprendentemente doméstica para un hombre que había pasado la noche anterior orquestando una audaz fuga de una casa de seguridad de la mafia. Llevaba una simple camiseta negra y vaqueros, su cabello despeinado, con una sombra de barba a lo largo de su mandíbula, y verlo así, tan relajado, tan a gusto en la casa de su familia, me mostró un lado diferente de él: más suave, más tranquilo.

Mientras colocaba el plato frente a mí, nuestras miradas se encontraron. Por un momento, vi más allá del exterior endurecido, más allá del peligroso mundo que habitaba. Vi a un hombre que se preocupaba profundamente, que luchaba ferozmente por lo que creía.

—Gracias —dije suavemente, refiriéndome a más que solo el desayuno.

Luca asintió, con comprensión en sus ojos. —Come. No cocino para cualquiera.

Asentí, forzando una sonrisa, y tomé mi tenedor. La comida estaba deliciosa, los sabores distrayéndome de la agitación en mi mente. Mientras masticaba, estudié el rostro de Luca, notando las líneas de fatiga alrededor de sus ojos, la tensión en su mandíbula.

El sonido de pasos acercándose rompió el silencio. Mi mano se tensó alrededor de mi taza de café mientras miraba hacia arriba. Maria, la madre de Luca, entró en la cocina. Su sonrisa era cálida y acogedora mientras abrazaba a Luca, sus ojos se demoraron en él con una mezcla de orgullo y alivio.

—Estás en casa —dijo ella, con voz suave—. A salvo.

Su mirada se desplazó hacia mí, y sentí que el calor de su sonrisa me envolvía. Cualquiera

duda que hubiera albergado sobre su aceptación se desvaneció.

—Bella, es tan bueno verte de nuevo —dijo Maria, extendiendo la mano para tomar la mía. Su toque era firme y reconfortante—. Estaba tan preocupada cuando Marco me contó lo que pasó. Me alegro de que ambos estén en casa a salvo.

Tragué con dificultad, sin saber cómo responder. Esta mujer, la matriarca de una poderosa familia mafiosa, mostraba una preocupación tan genuina. Contradecía todo lo que creía saber sobre su mundo.

—Gracias —logré decir, con la voz ronca por la emoción.

Luca se levantó, sacando una silla para su madre. —Mamá, ¿quieres un café?

—Eso sería encantador, cariño —respondió Maria, acomodándose en la silla. Sus ojos nunca dejaron mi rostro—. Bella, ¿cómo lo estás llevando? Sé que anoche debió ser difícil.

Dudé, sorprendida por su franqueza. —Estoy... procesándolo —admití—. Es mucho para asimilar.

Maria asintió, con expresión comprensiva. —Estoy segura de que lo es. Pero hiciste algo bueno, Bella, salvando a todas esas mujeres. Estoy orgullosa de ti, orgullosa de ambos.

Sus palabras me sacudieron. Miré a Luca, quien estaba ocupado con la cafetera, de espaldas a nosotras.

Mis mejillas se sonrojaron, una mezcla de vergüenza y un confort inesperado me invadió. La aceptación de Maria se sentía genuina, su calidez envolviéndome como un capullo. Estaba tan en desacuerdo con el mundo que ella habitaba, un mundo que siempre había imaginado frío e implacable.

—Gracias, señora Vitale —dije suavemente, esperando que mi voz no traicionara el tumulto de emociones dentro de mí. Una parte de mí quería abrazar esta calidez, mientras otra parte gritaba que estaba cruzando una línea peligrosa.

Luca regresó con una taza humeante para su madre, luego se sentó a mi lado. Su presencia era a la vez reconfortante e inquietante, un recordatorio de la compleja situación en la que me encontraba.

La mirada de Maria se desplazó entre nosotros, una sonrisa conocedora curvando sus labios. —Hacéis una hermosa pareja —dijo, con un tono suavemente burlón—. Luca, deberías traerla más a menudo. Es bueno verte feliz.

Luca se aclaró la garganta. —Mamá, no es...

—No lo niegues —interrumpió Maria, con los ojos brillantes—. Una madre sabe estas cosas.

Miré fijamente a Luca, con la mente acelerada. ¿Cómo me sentía ahora con respecto a Luca que la operación había terminado? Y más importante aún, ¿cómo podía reconciliar cualquier sentimiento con mi deber como agente del FBI?

La ternura que vi allí, el amor que brillaba a través de su máscara cuidadosamente construida, me conmovió profundamente. Este era un lado de Luca que nunca antes había visto: vulnerable, abierto, casi infantil en su afecto por su madre. Rompía las últimas de mis resistencias, revelando al hombre bajo el exterior peligroso.

—Mamá —dijo Luca, con voz suave—. Yo...

Fue interrumpido por el sonido de pasos pesados que resonaban en el pasillo. La puerta de la cocina se abrió de golpe, y Marco entró a zancadas. Su rostro estaba marcado por líneas sombrías, sus ojos oscuros e indescifrables.

El ambiente en la habitación cambió instantáneamente. La calidez de nuestro desayuno familiar se evaporó, reemplazada por una tensión palpable que hizo que se me erizara el vello de

la nuca.

—¿Qué pasa? —preguntó Maria, su anterior tono juguetón desaparecido.

La mirada de Marco nos recorrió, deteniéndose en mí por un momento antes de fijarse en Luca. —Nada de qué preocuparse —dijo—, Luca y yo necesitamos hablar, eso es todo.

Me erguí ante la implicación. —Si esto me involucra...

—Es un asunto familiar —me interrumpió Marco bruscamente.

Las palabras dolieron más de lo que esperaba. Me había permitido tontamente sentir un sentido de pertenencia, aunque fuera brevemente. El rechazo de Marco era un duro recordatorio de mi verdadera posición: una extraña, una posible amenaza.

—Luca —dijo Marco, su voz un bajo retumbar—. Necesitamos hablar. Ahora. —Su mirada se desvió hacia mí, una mirada fría y evaluadora que me hizo estremecer.

Me puse rígida, luchando contra el impulso de encogerme ante su escrutinio. En cambio, le sostuve la mirada, negándome a ser intimidada. Pero por dentro, mi corazón latía acelerado. ¿Qué sabía él? ¿Qué había descubierto sobre mi participación?

La silla de Luca raspó contra el suelo de baldosas cuando se levantó abruptamente. Apartó su plato, olvidando el desayuno. La tensión en sus hombros era visible, un marcado contraste con su actitud relajada de antes.

—Volveré pronto —le dijo a Maria, con la voz tensa.

Luego se volvió hacia mí, y vi el conflicto en sus ojos. Su mirada se suavizó, y por un momento, vislumbré al hombre del que había llegado a preocuparme. —Quédate dentro —dijo en voz baja—. Volveré tan pronto como pueda.

Quería protestar, exigir respuestas. Pero me mordí la lengua, asintiendo en su lugar. Este no era mi mundo, y no tenía derecho a interferir en sus asuntos familiares. No importaba cuánto anhelara hacerlo.

Cuando Luca se movió para seguir a Marco, le cogí la mano. —Ten cuidado —susurré, incapaz de sacudirme la sensación de temor que se asentaba en mi estómago.

Apretó mi mano una vez, una promesa silenciosa, antes de soltarla y desaparecer en el pasillo con su hermano.

Los vi marcharse, sus figuras retrocedentes engullidas por las sombras del pasillo. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, una cacofonía de miedo y anhelo. El calor de la cocina de repente se sintió opresivo, el aire denso con la tensión no expresada.

—¿De qué crees que están hablando? —le pregunté a Maria, incapaz de ocultar la preocupación en mi voz.

Ella negó con la cabeza, sus labios apretados en una fina línea. —Asuntos familiares, seguro. Es mejor no entrometerse.

Asentí, pero mi mente corría con posibilidades. ¿Era sobre la operación de anoche? ¿Había salido algo mal? ¿O era sobre mí, la agente del FBI que había tropezado con su mundo?

—Me siento como una intrusa —admití, las palabras escapando antes de que pudiera detenerlas—. Como si tal vez debería volver a mi apartamento.

La mano de Maria se extendió, cubriendo la mía. Su toque era sorprendentemente fuerte, su piel cálida y curtida. —No eres una intrusa, Bella —dijo, su voz baja y tranquilizadora—. Eres una invitada en nuestra casa.

Encontré su mirada, buscando cualquier indicio de engaño. Pero todo lo que vi fue sinceridad y una calidez que hizo que mi pecho doliera.

—Él estará bien —continuó Maria, apretando mi mano—. Marco solo está preocupado. Se preocupa por Luca, más que nada. Quiere protegerlo.

Miré alrededor de la cocina, fijándome en los detalles. Electrodomésticos de acero inoxidable reluciente cubrían una pared, sus superficies impecables. Encimeras de granito se extendían por otra, pulidas hasta brillar. Fotos familiares enmarcadas adornaban las paredes, capturando momentos de alegría y unión.

—Su casa es hermosa —dije, tratando de llenar el silencio.

Maria sonrió con orgullo. —Gracias. Hemos vivido aquí durante treinta años. Criamos a nuestros hijos en estas habitaciones.

Asentí, pensando en mi propio apartamento escueto. —Es tan diferente de donde vivo yo. Tan lleno de vida y recuerdos.

—¿Y cómo es tu hogar, Bella? —preguntó Maria, con tono curioso—. ¿Cómo es?

Dudé, sin saber cómo describir el marcado contraste. —Es... funcional. Limpio. Pero no muy personal. No estoy allí mucho, con el trabajo y todo.

Los ojos de Maria se suavizaron con comprensión. —Quizás sea hora de cambiar eso, ¿no?

El peso de su mirada se volvió demasiado. Me levanté abruptamente, mi silla raspando contra el suelo de baldosas. —Disculpa —murmuré—. Necesito un poco de aire.

Huí de la cocina, escapando hacia el pasillo. La mansión se extendía ante mí, un laberinto de opulencia e historia. Vagué por grandes habitaciones, cada una más lujosa que la anterior.

Arañas de cristal colgaban de techos ornamentados. Muebles antiguos, probablemente valorados en más que mi salario anual, llenaban cada espacio. Pinturas al óleo en marcos dorados me miraban desde arriba, los ojos de los antepasados Vitale fallecidos hace mucho tiempo parecían seguir cada uno de mis movimientos.

En una habitación, una vitrina contenía lo que parecían monedas romanas antiguas. En otra, delicados jarrones Ming descansaban sobre pedestales.

Mi entrenamiento del FBI se activó, catalogando cada artículo, estimando valores, preguntándome sobre su procedencia. ¿Cuánto de esta riqueza provenía de negocios legítimos? ¿Cuánto de tratos más oscuros?

Me detuve frente a un gran retrato familiar. Luca se erguía alto y orgulloso, flanqueado por sus padres y hermanos. Se veían regios, poderosos. Una familia unida.

¿Y dónde encajaba yo en todo esto? ¿Podría alguna vez pertenecer realmente a este mundo de riqueza y peligro? ¿O me estaba engañando a mí misma, jugando un juego que nunca podría ganar?

Sacudí la cabeza, tratando de despejar las dudas que nublaban mi mente. Mis pies me llevaron hacia adelante hasta que me encontré en el umbral de la biblioteca. La pesada puerta de madera crujió cuando la empujé, revelando un santuario de conocimiento y contemplación silenciosa.

Fila tras fila de estanterías se extendían hacia el techo, su madera oscura brillando en la suave luz. El aroma de encuadernaciones de cuero y papel envejecido me envolvió mientras entraba. Mis dedos recorrieron los lomos de innumerables volúmenes, algunos tan antiguos que sus títulos se habían desvanecido en la oscuridad.

Un fuego crepitante llamó mi atención hacia el extremo lejano de la habitación. Me hundí en un mullido sillón junto a él, el cuero frío contra mi piel. Las llamas danzaban hipnóticamente, proyectando largas sombras a través de la habitación.

Atraje un libro cercano a mi regazo, su peso sustancial. «La historia de la mafia siciliana», rezaba el título. Lo abrí, escaneando las páginas, buscando entender.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —susurré a la habitación vacía—. ¿Cómo acabé tan

profundamente en un mundo que una vez juré destruir?

Pasaron horas mientras me sumergía en varios textos, armando el complejo tapiz de lealtad, honor y violencia que definía el mundo de Luca. El sol se había puesto hacía mucho cuando escuché pasos acercándose.

Luca apareció en la puerta, sus anchos hombros llenando el marco. El agotamiento había grabado líneas alrededor de sus ojos, y la tensión irradiaba de su mandíbula. Pero cuando su mirada se posó en mí, una sonrisa genuina suavizó sus facciones.

—Aquí estás —dijo, su voz un bajo rumor que me envió un escalofrío por la espalda—. Te he estado buscando.

Cerré el libro en mi regazo, dejándolo a un lado mientras Luca se acercaba. Mi corazón se aceleró, una mezcla de anticipación y preocupación recorriendo mi cuerpo.

—¿Cómo fue? —pregunté, incapaz de ocultar la preocupación en mi voz. Escudriñé su rostro, buscando señales de que seguía siendo el hombre del que me había enamorado, no endurecido por lo que fuera que hubiera ocurrido durante su ausencia.

Luca se sentó en la silla junto a la mía, sus movimientos lentos y deliberados. Alcanzó mi mano, su toque cálido y reconfortante mientras sus dedos se entrelazaban con los míos.

—Marco tiene gente vigilando a Tanaka —dijo, su voz baja y controlada—. No será un problema. No por ahora.

Sentí un momentáneo alivio, pero fue efímero. Había una sombra en los ojos de Luca, un destello de duda que no pude ignorar. Mi estómago se tensó.

—¿Qué no me estás contando, Luca? —insistí, inclinándome hacia él.

Suspiró, su pulgar trazando círculos en el dorso de mi mano. —Es complicado, Bella. La situación con Tanaka... no es tan sencilla como esperábamos.

Luché por mantener mi voz firme. —Necesito saber a qué nos enfrentamos. Por favor, no me dejes fuera.

La mirada de Luca se encontró con la mía, y vi una batalla librándose detrás de sus ojos oscuros. Abrió la boca para hablar, luego la cerró de nuevo, claramente sopesando sus palabras con cuidado.

—¿Qué quieres decir con «no por ahora»? —pregunté, con el corazón hundiéndose—. ¿Qué pasó?

Luca dudó, desviando su mirada de la mía. Miró fijamente al fuego crepitante, las llamas proyectando duras sombras en su rostro. Vi el músculo de su mandíbula contraerse, una señal reveladora de su tormento interior.

Finalmente, se volvió hacia mí, sus ojos llenos de una mezcla de preocupación y determinación. —Marco tenía a algunos de sus hombres siguiendo a Tanaka —explicó, con la voz tensa—. No le permitirán acercarse a la casa, así que no tenemos que preocuparnos por eso.

Asentí, procesando esta información. Debería haber sido tranquilizador, pero algo en el tono de Luca me dijo que había más en la historia.

—¿Pero? —insistí, apretando suavemente su mano.

Los hombros de Luca se tensaron. —Lo siguieron hasta un bar —continuó, sus palabras medidas—. Se estaba reuniendo con Richardson. Eran... amistosos.

Sentí como si me hubieran duchado con agua helada. ¿Richardson, mi superior en el FBI, reuniéndose con Tanaka en un bar? Mi mente corría, tratando de darle sentido a esta revelación.

—¿Amistosos? —repetí, mi voz apenas por encima de un susurro—. ¿Qué significa exactamente eso, Luca?

Busqué en el rostro de Luca, desesperada por cualquier señal de que había malentendido,

de que esto no era tan malo como parecía. Pero la expresión sombría de su mandíbula y la dureza en sus ojos me dijeron todo lo que necesitaba saber.

La mandíbula de Luca se tensó, sus dedos apretándose alrededor de los míos. —Significa que están trabajando juntos —dijo, su voz plana, desprovista de emoción—. Richardson le ha prometido a Tanaka que se... encargará de ti. Te degradará. Te pondrá en trabajo de escritorio, hará tu vida tan miserable que renunciarás. Te está tirando debajo del autobús, Bella. Para apaciguar a Tanaka.

Sentí que el aire abandonaba mis pulmones como si me hubieran golpeado. Mi mente daba vueltas, tratando de procesar esta traición. No podía creer que el Jefe de Sección Richardson, mi mentor, el hombre que había guiado mi carrera en el FBI, estuviera dispuesto a hacerme esto.

—No —susurré, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Tiene que haber algún error. Richardson no...

Pero incluso mientras hablaba, sabía en mi interior que Luca tenía razón. Las piezas estaban encajando: la reciente frialdad de Richardson, su sospecha, la forma en que se había estado distanciando de mí. Todo tenía un terrible sentido ahora.

—Esos bastardos —susurré, mi voz ronca de ira y traición. Mi estómago se revolvió mientras la realización se hundía. Todo en lo que había creído, todo por lo que había luchado, estaba construido sobre mentiras.

Me levanté abruptamente, paseando por la habitación. —Dediqué mi vida al FBI —dije, mi voz elevándose—. Creía en la justicia, en hacer lo correcto. ¿Y para qué? ¿Para ser desechada como basura de ayer?

Luca me observaba, sus ojos oscuros llenos de preocupación. —Bella, lo siento. Sé cuánto significa tu carrera para ti.

Me giré para enfrentarlo. —No era solo una carrera, Luca. Era mi propósito. Mi identidad entera. —Me pasé una mano por el pelo, luchando contra las lágrimas de frustración—. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Luca se levantó y se acercó lentamente, como si temiera que pudiera huir. —Tienes opciones, Bella. Eres inteligente, capaz. No necesitas al FBI para marcar la diferencia.

Me reí amargamente. —No puedo volver. No después de esto. Pero tampoco puedo quedarme sentada y dejar que ganen.

La expresión de Luca se volvió seria. —Puede haber otra manera. Una forma de contraatacar, de exponer su corrupción.

Me congelé, estudiando su rostro. —¿Qué estás diciendo, Luca?

Tomó un profundo respiro. —Estoy diciendo que a veces, para luchar contra monstruos, tienes que convertirte en uno tú mismo.

—Joder, eres increíble —murmuró, presionando un beso en mi frente. Sonreí, sintiéndome satisfecha y saciada.

Cerró el agua, secándose suavemente con una toalla. —Duerme ahora —dijo mientras se secaba—, planearemos por la mañana.

Me llevó a la cama y cuando nos acostamos, me atrajo hacia sus brazos. —Ahora estás bajo la protección de los Vitale. Nadie se atreverá a ponerte una mano encima —susurró.

Capítulo 14

Luca

Me quedé clavado en el sitio, con las miradas de mis hermanos clavadas en mí. La tensión en la oficina de Marco era asfixiante, presionando contra mi pecho como un peso físico. Me obligué a respirar, a mantener la calma a pesar de la tormenta que se gestaba en mi interior.

El ir y venir de Marco era enloquecedor, cada paso resonando por la habitación como una cuenta regresiva. Lo observé, notando la tensión en sus hombros, el apretón de su mandíbula. Estaba furioso, y con razón. Yo había roto una de nuestras reglas más sagradas.

—No tuve elección —dije, con voz baja y firme—. Bella estaba...

Marco se volvió hacia mí, con los ojos ardiendo.

—Lo pusiste todo en peligro, Luca —gruñó, con voz peligrosamente baja—. Traer a una agente del FBI a nuestra casa, a nuestras vidas... ¿En qué demonios estabas pensando?

Su puño golpeó el escritorio de caoba, el sonido reverberando por la habitación. Las fotografías enmarcadas en la pared temblaron, un crudo recordatorio de la familia que había puesto en riesgo. Me estremecí internamente, pero mantuve mi rostro impassible.

—Estaba pensando en la supervivencia —respondí, sosteniendo la mirada de Marco—. En la protección. ¿No es eso lo que siempre hemos hecho? ¿Proteger a los nuestros?

Antonio resopló desde su posición contra la pared, pero no dijo nada. Su silencio era más condenatorio que cualquier palabra que pudiera haber dicho. Giovanni se inclinó hacia adelante en su silla, sus ojos sin dejar mi rostro. Casi podía ver los engranajes girando en su cabeza, sopesando opciones, calculando riesgos.

Me mantuve firme, agudamente consciente de la precaria posición en la que me encontraba. Un movimiento en falso, una palabra mal dicha, y podría perderlo todo: mi familia, mi lugar en este mundo que habíamos construido. Pero no podía retroceder. No ahora. No cuando la vida de Bella pendía de un hilo.

—Ella no es una agente del FBI cualquiera —continué, suavizando ligeramente mi voz—. Es diferente. Ella entiende...

—Ella no entiende nada —me interrumpió Marco, su voz afilada como una cuchilla—. Es un riesgo, Luca. Una amenaza para todo lo que hemos construido.

Abrí la boca para discutir, pero las palabras murieron en mi lengua. ¿Cómo podía hacerles entender? ¿Cómo podía explicar la conexión que sentía con Bella, la confianza que había florecido entre nosotros? Era más que atracción, más que una simple alianza de conveniencia. Era algo más profundo, algo que desafiaba la explicación.

Mientras estaba allí, atrapado entre la lealtad a mi familia y el tirón de mi corazón, me di cuenta de que los próximos momentos definirían el resto de mi vida. Lo que dijera a continuación nos pondría a todos en un camino del que no habría vuelta atrás.

Tomé una respiración profunda, calmándome. La tensión en la habitación era palpable, presionándome por todos lados.

—Ella me salvó el trasero anoche —argumenté, manteniendo mi voz nivelada, aunque la

ira burbujeaba bajo la superficie—. Esas mujeres aún estarían en las garras de la Hermandad si no fuera por Bella y su equipo. Y no olviden, yo soy quien está derribando a la Hermandad. De la única manera que sabemos, con la ayuda del FBI.

Los ojos de Marco se estrecharon, su mandíbula apretándose. Podía ver el conflicto en su rostro: el orgullo por el poder de nuestra familia luchando contra la necesidad pragmática de aliados en esta pelea.

Antes de que pudiera responder, Antonio se apartó de la pared, sus movimientos fluidos y amenazantes. Se acercó a mí, sus ojos oscuros penetrando los míos.

—¿Y qué hay de este Tanaka? —preguntó, con voz baja y amenazante—. Es una bala perdida, Luca. Sabe quién eres. Sabe sobre Bella. Y no se detendrá hasta que los haya destruido a ambos.

Sentí un escalofrío recorrer mi columna al escuchar el nombre de Tanaka. Antonio tenía razón: el hombre era peligroso, impredecible. Pero no podía dejar que mis hermanos vieran mi miedo. Tenía que mantenerme fuerte, tanto por el bien de Bella como por el mío propio.

—Me estoy ocupando de Tanaka —dije, enfrentando la mirada de Antonio de frente. La mentira me sabía amarga en la lengua, pero la forcé de todos modos—. No será un problema por mucho más tiempo.

Sostuve la mirada de Antonio, negándome a retroceder. Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve mi voz firme.

—Se ha vuelto un renegado, sí —admití, manteniendo la intensa mirada de Antonio—. Pero tenemos hombres vigilándolo. Le prometí a Bella que no haría nada durante 24 horas. Cuando el tiempo se acabe, me ocuparé de él.

Los ojos de Antonio se entrecerraron, el escepticismo grabado en cada línea de su rostro. Sabía que no me creía, pero no podía flaquear ahora. Mi mente corría, tratando de encontrar una manera de convencerlo, de ganar más tiempo.

Antes de que pudiera hablar de nuevo, Giovanni se movió en su silla. El cuero crujió bajo su peso mientras se inclinaba hacia adelante, su expresión normalmente plácida reemplazada por una de preocupación.

—Luca —dijo, con un tono calmado pero firme—. Estás cegado por tus sentimientos hacia esta mujer. No estás pensando con claridad. Tanaka es una amenaza para la familia. No puedes ignorar eso.

Sus palabras me golpearon como un golpe físico. Quería discutir, defenderme a mí mismo y a Bella, pero la duda se infiltró. ¿Tenía razón Giovanni? ¿Mis sentimientos por Bella habían comprometido mi juicio?

Luché por encontrar una respuesta, dividido entre mi lealtad a mi familia y mi creciente amor por Bella. El silencio se prolongó, cargado de tensión no expresada.

Apreté la mandíbula, los músculos de mi cara tensándose. Odiaba cuando Giovanni tenía razón. Sus palabras se metieron bajo mi piel, exponiendo dudas que había tratado de enterrar. Pero no podía dejar que vieran mi incertidumbre.

—Lo tengo bajo control —insistí, forzando convicción en mi voz. Incluso mientras las palabras salían de mi boca, sabía que sonaban huecas. Tomé un respiro, calmándome—. Me ocuparé de él una vez que cumpla mi palabra con Bella.

Marco dejó de pasearse, volviéndose para mirarme. Sus ojos oscuros, tan parecidos a los míos, se suavizaron ligeramente. La ira que había estado hirviendo allí dio paso a la preocupación.

—Luca —dijo, su voz perdiendo su filo. Se acercó, poniendo una mano sobre mi hombro

—. Somos tus hermanos. Estamos aquí para ti. Déjanos ayudarte.

La gentileza en su tono me tomó por sorpresa. Había esperado más ira, más acusaciones. En cambio, vi genuina preocupación en los ojos de Marco. Me hizo querer confiar en él, compartir el peso de las decisiones que enfrentaba.

Pero no podía. No todavía. Tenía que proteger a Bella, mantener mi promesa. Y en el fondo, una parte de mí temía lo que mis hermanos podrían hacer si supieran el alcance total de mi participación con el FBI.

Enderecé los hombros, encontrando la mirada de Marco.

—Aprecio la preocupación —dije, forzando una sonrisa en mi rostro. Se sentía rígida, poco natural—. Pero lo tengo bajo control. Te prometo que Tanaka no será un problema. Ni para la familia. Ni para Bella.

Antonio se burló, apartándose de la pared.

—No puedes hablar en serio, Luca. No estamos tratando con un matón callejero cualquiera. Tanaka es peligroso.

Me volví para enfrentarlo, manteniendo mi voz firme.

—Sé exactamente quién es Tanaka. Confía en mí, tengo un plan.

Giovanni se inclinó hacia adelante en su silla, su mirada penetrante diseccionando cada uno de mis movimientos.

—Y este plan tuyo, ¿tiene en cuenta la seguridad de Bella? ¿La de la familia?

Apreté los puños a mis costados, luchando por mantener la compostura.

—Por supuesto que sí. Todo lo que hago es para proteger a nuestra familia.

Marco sacudió la cabeza, sin convencerse.

—Estás demasiado cerca de esto, hermano. Tu juicio está nublado.

Abrí la boca para discutir, pero Antonio me interrumpió.

—No podemos arriesgarlo todo solo por tu palabra, Luca. No esta vez.

Su falta de fe me dolió, pero lo entendí. Los había mantenido en la oscuridad, tomado decisiones que nos ponían a todos en riesgo. Pero no podía retroceder ahora.

—Los escucho —dije, con tono firme—. Pero necesito que confíen en mí. Solo un poco más.

Intercambiaron miradas, una conversación silenciosa pasando entre ellos. Sabía que esta discusión estaba lejos de terminar, pero por ahora, tenía que concentrarme en la amenaza inmediata. En mantener a Bella a salvo, en sobrevivir las próximas horas hasta que mi promesa a ella expirara.

Dejé atrás el escrutinio de mis hermanos y me dirigí al gimnasio, desesperado por quemar la energía inquieta que corría por mis venas. El golpeteo rítmico de mis puños contra el saco de boxeo resonaba por el espacio vacío, cada impacto una liberación de la tensión enrollada en mis músculos.

El sudor goteaba por mi rostro mientras me empujaba más fuerte, más rápido. Mi mente corría, repasando la conversación con mis hermanos, planeando mi próximo movimiento contra Tanaka. Estaba tan concentrado en mi entrenamiento que la repentina vibración en mi bolsillo me sobresaltó.

Hice una pausa, con el pecho agitado, y saqué mi teléfono desechable. Un mensaje de texto anónimo me miraba fijamente: "Tanaka viene por ti. No se detendrá hasta que ambos estén muertos".

Se me heló la sangre. Miré fijamente la pantalla, con el corazón martilleando contra mis costillas. El miedo, agudo y visceral, arañaba mis entrañas.

—Mierda —murmuré, pasándome una mano por el pelo empapado de sudor.

Caminé de un lado a otro del gimnasio, con la mente acelerada. ¿Cómo nos había encontrado Tanaka tan rápido? ¿Quién envió esta advertencia?

—Contrólate, Luca —me gruñí a mí mismo—. Has lidiado con cosas peores.

¿Pero lo había hecho? Tanaka era diferente a cualquier enemigo al que me hubiera enfrentado antes. Despiadado, impredecible, sin nada que perder.

Me obligué a tomar una respiración profunda, a pensar racionalmente. La residencia de los Vitale era una fortaleza. Mis hermanos, a pesar de sus dudas, nunca permitirían que me hicieran daño a mí o a Bella dentro de estos muros.

—No puede tocarnos aquí —dije en voz alta, tratando de convencerme—. Estamos a salvo.

Pero incluso mientras pronunciaba las palabras, la duda me carcomía. Tanaka tenía recursos, conexiones. Si estaba lo suficientemente decidido...

No. Sacudí la cabeza, desterrando el pensamiento. No podía dejar que el miedo me paralizara. Tenía que mantenerme enfocado, adelantarme a él.

Volví a mirar el teléfono, con la mandíbula apretada con grim determinación.

—Ven por nosotros, maldito —murmuré—. Estaré listo.

Borré el mensaje con un deslizamiento de mi pulgar y tiré el teléfono desechable a un lado. Volviéndome hacia el saco de boxeo, reanudé mi entrenamiento con renovada intensidad. Cada golpe resonaba por el gimnasio, una manifestación física de mi determinación.

Jab izquierdo. Gancho derecho. Uppercut.

—La protegeré —gruñí entre golpes—. Cueste lo que cueste.

Mis músculos ardían, el sudor goteando por mi rostro, pero me empujé más fuerte. El golpeteo rítmico de los puños contra el cuero se convirtió en un mantra, ahogando las dudas que arremolinaban en mi mente.

Horas más tarde, exhausto pero más calmado, salí de la ducha para encontrar a mi madre esperando en el pasillo.

—Luca —dijo, sus cálidos ojos marrones arrugándose con una sonrisa—. Te estaba buscando.

Me tensé instintivamente.

—¿Está todo bien?

Ella desestimó mi preocupación con un gesto.

—Por supuesto, querido. Quería decirte que estoy planeando una cena familiar esta noche.

Parpadeé, desconcertado por la petición mundana.

—¿Cena?

—Sí —asintió, su voz llena de afecto—. No es frecuente que estemos todos juntos así. Deberíamos celebrarlo.

Comencé a protestar, pero la mirada esperanzada en sus ojos me detuvo.

—De acuerdo, mamá. ¿A qué hora?

Su rostro se iluminó.

—A las ocho. No llegues tarde.

Mientras se alejaba, no pude evitar sonreír. Incluso en medio del caos, mi madre seguía siendo una constante, anclándonos a todos con su amor y fe inquebrantable en la familia.

El comedor zumbaba de actividad cuando entré. Los sirvientes se movían eficientemente alrededor de la enorme mesa de caoba, disponiendo una variedad de platos que me hicieron agua

la boca. El aroma del cordero asado se mezclaba con el olor terroso de la salsa de trufa. Verduras frescas del jardín de mi madre añadían vibrantes toques de color a la presentación.

Me detuve, absorbiendo la escena. Las copas de cristal brillaban bajo la cálida luz, y botellas de nuestro mejor vino familiar estaban listas. Era un marcado contraste con el ambiente frío e impersonal de la sede del FBI al que me había acostumbrado recientemente.

Mis ojos buscaron a Bella, encontrándola enfrascada en una conversación con Elena cerca del extremo más alejado de la mesa. Sus risas resonaban, brillantes y genuinas. Sentí que una tensión en mi pecho se aliviaba ligeramente al escuchar el sonido.

—Pareces feliz —murmuró Antonio, apareciendo a mi lado.

Asentí, sin apartar la mirada de Bella.

—Encaja aquí, ¿verdad?

Antonio guardó silencio por un momento.

—Lo hace —admitió—. Pero Luca, no puedes olvidar quién es ella. Lo que representa.

Me giré para enfrentarlo, apretando la mandíbula.

—No he olvidado nada.

Antes de que pudiera decir más, Bella miró en nuestra dirección. Sus ojos verdes brillaron al encontrarse con mi mirada, una suave sonrisa jugando en sus labios. La tensión del día anterior parecía derretirse en sus facciones mientras absorbía el calor y el caos de mi familia.

—Sé lo que estoy haciendo —le dije a Antonio con firmeza.

Me palmeó el hombro, su expresión indescifrable.

—Espero que tengas razón, hermanito.

Mientras se alejaba, mantuve mi atención en Bella. Ella pertenecía aquí, estaba seguro de ello. Ahora solo tenía que asegurarme de que ambos sobreviviéramos lo suficiente para hacerlo realidad.

La voz de Marco se elevó por encima del bullicio, llamando mi atención.

—¡Estás ciego si crees que la Juventus tiene alguna oportunidad esta temporada! —exclamó, gesticulando salvajemente hacia Antonio.

Antonio se burló, reclinándose en su silla.

—Y tú estás delirando si crees que el Inter se llevará el Scudetto. Su defensa es más débil que el espresso de la nonna.

No pude evitar sonreír ante su familiar discusión. El fútbol siempre había sido un punto de discordia entre mis hermanos, su pasión por equipos rivales tan feroz como su lealtad a nuestra familia.

Giovanni, siempre el mediador, intervino con una sonrisa irónica.

—Quizás deberíamos considerar los méritos de la Roma este año. Su nuevo delantero muestra promesa.

Elena estalló en carcajadas.

—Oh, Giovanni, siempre tratando de encontrar el punto medio. Algunas cosas nunca cambian.

Bella se unió, su risa mezclándose con la de Elena. El sonido me reconfortó, un recordatorio de por qué estaba luchando tan duro para mantenerla a salvo.

Miré a mi madre, que estaba sentada a la cabecera de la mesa. Sus ojos recorrieron a todos nosotros, una mezcla de amor y preocupación grabada en las líneas de su rostro. Sabía que estaba rezando por nuestra seguridad, por un futuro donde todos pudiéramos estar juntos así sin la sombra del peligro cerniéndose sobre nosotros.

El peso de todo lo que enfrentábamos me presionaba, pero lo aparté. Este momento,

rodeado de mi familia y la mujer que amaba, era demasiado precioso para mancharlo con miedo.

Levanté mi copa, el rico vino tinto captando la luz.

—Por la familia —dije, mi voz cortando la charla. Todos los ojos se volvieron hacia mí mientras continuaba—: Por aquellos a quienes protegemos, por quienes luchamos, por quienes hacen que esta vida valga la pena vivir.

Los ojos de Bella encontraron los míos a través de la mesa, un destello de comprensión pasando entre nosotros. Era más que un simple brindis; era un reconocimiento del vínculo que compartíamos, una conexión que trascendía los límites de nuestros mundos y los peligros que acechaban en las sombras.

Ella sonrió, un gesto pequeño y tentativo que hablaba por sí solo. Levantando su copa, repitió suavemente:

—Por la familia.

El tintineo de nuestras copas resonó por la habitación, un sonido armonioso que parecía ahuyentar la oscuridad, aunque solo fuera por un momento.

A medida que avanzaba la noche, la conversación fluía libremente. Marco nos deleitaba con historias de su último viaje de negocios, sus manos gesticulando salvajemente mientras describía una negociación particularmente tensa.

—Y entonces —dijo, haciendo una pausa para lograr un efecto dramático—, ¡el hombre tuvo la audacia de pedir un 30% de descuento!

Antonio resopló.

—Espero que le hayas mostrado la puerta.

Me recliné en mi silla, observando cómo Bella interactuaba con mi familia. Encajaba a la perfección, su ingenio rápido haciendo juego con el sarcasmo de Antonio y su compasión alineándose con la naturaleza protectora de mi madre.

Durante unas preciosas horas, el peso del mundo exterior se desvaneció. Las amenazas, las traiciones, la vigilancia constante, todo ello retrocedió al fondo, reemplazado por risas, historias compartidas y el calor de los lazos familiares.

Mientras cruzaba la mirada con Bella a través de la mesa por centésima vez esa noche, me permití imaginar un futuro donde esto fuera nuestra norma. Una vida donde el peligro no acechara en cada esquina, donde pudiéramos construir algo real juntos.

Pero a medida que la cena llegaba a su fin y los miembros de mi familia comenzaban a dispersarse, la realidad empezó a infiltrarse de nuevo. Un frío nudo de inquietud se apretó en mi estómago, un duro recordatorio de que nuestro respiro era temporal.

Observé cómo Bella se despedía, su sonrisa genuina pero sus ojos traicionando un atisbo de la tensión que ambos sentíamos. Mientras se giraba para irse, supe que la calma que habíamos experimentado era fugaz. La tormenta aún estaba ahí fuera, esperando para desatarse.

Encontré a Bella en la biblioteca, su silueta un oscuro contraste contra el paisaje urbano iluminado por la luna más allá de la ventana. El suave resplandor de una sola lámpara proyectaba largas sombras a través de la habitación, profundizando las líneas de preocupación en su rostro.

Me acerqué a ella, mis pasos amortiguados por la gruesa alfombra.

—Hola —dije suavemente.

Bella se giró, sus ojos verdes encontrándose con los míos.

—Hola —respondió, su voz apenas por encima de un susurro.

Tomé su mano, sintiendo el leve temblor en sus dedos.

—¿En qué piensas?

Ella suspiró, su mirada volviendo a la ventana.

—En todo. En nada. No lo sé, Luca. Esta noche fue maravillosa, pero se siente como la calma antes de la tormenta.

Asentí, entendiendo muy bien su inquietud.

—Lo sé. Pero estamos preparados para lo que venga después.

El agarre de Bella en mi mano se apretó.

—¿Lo estamos? Tanaka sigue ahí fuera. La Hermandad no va a desaparecer sin más. Y tu familia...

La atraje a mis brazos, mis labios rozando su cabello.

—Todo estará bien, Bella —susurré—. Te lo prometo. Superaremos esto. Juntos.

Pero incluso mientras las palabras salían de mi boca, la duda me carcomía. La oscuridad se estaba cerrando, y no podía sacudirme la sensación de que se nos acababa el tiempo. Abracé a Bella con más fuerza, como si pudiera protegerla de la tormenta que se aproximaba solo con mi cuerpo.

—Tengo miedo, Luca —admitió Bella, su voz amortiguada contra mi pecho.

Tragué saliva, luchando contra mi propio miedo.

—Yo también —confesé—. Pero el miedo nos mantiene alerta. Enfrentaremos esto de frente, como siempre lo hacemos.

Bella se apartó ligeramente, sus ojos escrutando los míos.

—¿Y si no lo logramos?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones. Acuné su rostro entre mis manos, deseando que me creyera.

—Esa no es una opción. Sobrevivimos. Siempre sobrevivimos.

Pero mientras miraba a los ojos de Bella, vi mi propia incertidumbre reflejada en ellos. La tormenta se acercaba, y no estaba seguro de si alguno de nosotros sobreviviría.

Capítulo 15

Bella

El fuego se había reducido a brasas, proyectando sombras parpadeantes por toda la espaciosa habitación de invitados. Yacía en la cama con dosel, las lujosas sábanas formaban un capullo de seda a mi alrededor, pero el sueño me eludía. Los acontecimientos de los últimos días se repetían en bucle en mi mente, cada imagen un vívido recordatorio del peligroso mundo en el que me había metido.

Me revolví inquieta, las sábanas enredándose en mis piernas. La redada en el complejo de la Hermandad destellaba ante mis ojos: los disparos, los gritos, el acre olor a humo. Luego vino nuestra estrecha huida, con el corazón latiéndome con fuerza mientras corríamos hacia la seguridad. Pero fue la traición de Tanaka lo que más me dolió, sus ojos fríos y su sonrisa cruel me perseguían.

Me senté con un suspiro frustrado, pasando las manos por mi enmarañado cabello.

—Contrólate, Bella —murmuré para mí misma.

Mirando el reloj en la mesita de noche, su esfera luminosa marcaba las 2:57 AM. La casa estaba en silencio, salvo por el suave susurro del viento afuera y el constante latido de mi propio corazón.

Luca se había ido hace un par de horas, llamado por uno de sus hermanos. Su beso de despedida aún perduraba en mis labios, un fantasma de calidez y pasión que me reconfortaba y atormentaba a la vez.

—No debería haberlo dejado ir —dije en voz alta, mi voz apenas audible en la quietud.

La parte racional de mi cerebro argumentó en contra. Es un hombre adulto. Uno peligroso, además. Puede cuidarse solo.

Pero la preocupación me carcomía. En el poco tiempo que había conocido a Luca, se había convertido en algo más que un aliado o un protector. Se estaba convirtiendo en algo que aún no podía nombrar, algo que me emocionaba y aterrorizaba a la vez.

Balanceé las piernas sobre el borde de la cama, mis pies descalzos tocando el frío suelo. Dormir era causa perdida. Tal vez un paseo me despejaría la mente.

Mientras caminaba por la habitación, mis pensamientos se desviaron hacia las mujeres que habíamos rescatado. Sus ojos atormentados y cuerpos maltratados pasaron por mi mente, cada imagen un recordatorio ardiente de la brutalidad que habían soportado.

—No puedo permitir que esto continúe —susurré, apretando los puños.

El peso de la responsabilidad me oprimía. Con Richardson en mi contra, mis opciones eran limitadas. Los recursos de la Oficina en los que me había apoyado ahora estaban fuera de mi alcance.

Me detuve en la ventana, mirando los cuidados terrenos de la finca Vitale. La luz de la luna proyectaba largas sombras sobre el césped, creando un paisaje inquietante de luz y oscuridad.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —me pregunté, presionando mi frente contra el frío cristal.

El contraste entre este mundo de riqueza y poder y el que había dejado atrás era marcado. Sin embargo, aquí estaba, buscando refugio con una familia que una vez juré derribar.

Un suave golpe en la puerta me sobresaltó de mi ensueño.

—Adelante —llamé, apartándome de la ventana.

Elena, la cuñada de Luca, se deslizó en la habitación. Su rostro estaba pálido, sus ojos abiertos con preocupación.

—Te oí moverte —dijo suavemente—. ¿Estás bien?

Forcé una sonrisa.

—Solo no puedo dormir. Demasiadas cosas en la mente.

Elena asintió, con comprensión en sus ojos.

—La primera noche siempre es la más difícil. ¿Quieres un té? Podría ayudar.

Dudé, luego asentí. Mientras se giraba para irse, la llamé:

—¿Elena? Gracias. Por todo.

Se detuvo en la puerta, su sonrisa triste pero genuina.

—Protegemos a los nuestros, Bella. Y te des cuenta o no, ahora eres una de nosotros.

Cuando la puerta se cerró tras ella, me desplomé en la cama, sus palabras resonando en mi mente. Una de ellos. ¿Era eso en lo que me había convertido?

—No soy una de ellos —murmuré entre dientes—. No puedo serlo.

Pero incluso mientras lo decía, la duda me carcomía. Me encontré atraída de nuevo hacia la ventana, mi mirada recorriendo la finca Vitale.

Las verjas de hierro forjado se alzaban en la distancia, sus intrincados diseños en marcado contraste con el alambre de púas utilitario que coronaba los altos muros. Era una fortaleza, diseñada para mantener el peligro fuera... o quizás para mantener los secretos dentro.

Presioné mi palma contra el frío cristal, trazando el contorno de las verjas con mi dedo.

—Esto no soy yo —susurré—. Este mundo, esta gente...

Pero, ¿no lo era? ¿No había elegido estar aquí? ¿Alinearme con Luca y su familia?

Un destello de movimiento en el jardín de abajo captó mi atención. Una figura se movía rápidamente por el césped, manteniéndose en las sombras. Mi ritmo cardíaco se disparó, inundando mi sistema de adrenalina.

Entrecerré los ojos, tratando de distinguir detalles en la tenue luz. ¿Era uno de los hombres de Luca de patrulla? ¿O algo más siniestro?

La figura desapareció de la vista, dejándome con más preguntas que respuestas. Me aparté de la ventana, mi mente acelerada.

Cerré los ojos, inhalando profundamente. El aroma de Luca me envolvió: bergamota mezclada con algo más oscuro, más primario. Despertó recuerdos de su tacto, sus besos, el calor de su cuerpo contra el mío.

—Basta —murmuré, sacudiendo la cabeza. No podía permitirme perder el enfoque, no ahora.

Pero el aroma persistía, un tentador recordatorio de la conexión que compartíamos. De la pasión que se había encendido entre nosotros, feroz e inesperada.

Pasé mis dedos por la suave tela de la bata.

—Esto es una locura —susurré—. Soy una agente del FBI. Él es...

Un jefe de la mafia. Un criminal. El tipo de persona que había jurado llevar ante la justicia.

Y sin embargo, en ese momento, no podía negar el consuelo que su aroma me brindaba. La esperanza que encendía, frágil pero persistente.

Una tabla del suelo crujió en el pasillo.

Mis ojos se abrieron de golpe, cada músculo tensándose. Contuve la respiración, esforzándome por escuchar.

Otro crujido, más cerca esta vez.

La adrenalina recorrió mi cuerpo, fría y aguda. Años de entrenamiento se activaron, mis sentidos agudizándose mientras evaluaba posibles amenazas y rutas de escape.

—¿Luca? —llamé suavemente, esperando que fuera él regresando temprano.

El silencio me respondió.

Me aparté de la ventana, mis pies descalzos silenciosos contra la mullida alfombra. Mi mano alcanzó el arma que había ocultado bajo la almohada, mis dedos envolviendo la familiar empuñadura.

El silencio se prolongó, roto solo por mi respiración superficial. Escuché atentamente, cada músculo de mi cuerpo tenso.

Otro crujido. Justo fuera de mi puerta.

Y luego un golpe sordo, el sonido de algo pesado golpeando el suelo.

Mi corazón se aceleró. Este no era Luca. Él se movía con la gracia de un depredador, silencioso y mortal. El miedo se enroscó en mi estómago, un frío pavor extendiéndose por mis extremidades. Mis dedos temblaron ligeramente mientras levantaba el arma.

Me arrastré hacia la puerta, presionando mi espalda contra la pared. El fresco yeso me centró, estabilizando mis nervios.

Voces amortiguadas llegaron desde el pasillo, demasiado bajas para distinguir palabras. Pero estaban cerca. Demasiado cerca.

—Piensa, Bella —me aconsejé en silencio—. ¿Cuál es tu jugada aquí?

Podría abrir la puerta, enfrentar a quien estuviera ahí fuera. Pero si era Tanaka... No. Demasiado arriesgado.

Podría intentar escapar por la ventana. Pero eso significaría abandonar a Elena, dejándola desprotegida.

—Maldita sea —siseé—. Vaya agente del FBI estás hecha, atrapada como una rata.

Las voces se hicieron más fuertes. Mi dedo se tensó en el gatillo.

Me acerqué más a la puerta, mi corazón latiendo tan fuerte que temí que me delatara. Cuidadosamente, miré por la rendija, conteniendo el aliento en mi garganta.

Una figura oscura pasó, su silueta alta y de hombros anchos. Las sombras ocultaban su rostro, pero capté el brillo de un arma en su mano.

Mi sangre se heló. Tanaka.

Retrocedí tambaleante de la puerta, mi mente dando vueltas. ¿Cómo? ¿Cómo había entrado aquí?

Debería haber sido imposible que estuviera aquí, pero ahí estaba, un depredador acechando a su presa, violando este supuesto santuario.

Presioné una mano contra mi boca, ahogando un grito. La seguridad de la familia Vitale era legendaria. Cámaras, guardias, sistemas de última generación. Y aun así, Tanaka se había escabullido pasando a los hombres que lo vigilaban y había burlado la seguridad de la casa.

Afermé mi arma con más fuerza, explorando la habitación en busca de opciones. ¿La ventana? Demasiado ruidosa. ¿El armario? Un callejón sin salida.

Los pasos de Tanaka se acercaron. Contuve la respiración, rezando para que pasara de largo.

—Sal, sal, dondequiera que estés —su voz canturreó desde el pasillo.

Contuve una maldición. Sabía que yo estaba aquí. De alguna manera, lo sabía.

Mi corazón latía con fuerza, cada latido un rugido ensordecedor en mis oídos. Sabía que tenía que actuar, avisar a alguien, pero el miedo me paralizaba. El peso de la amenaza de Tanaka me sofocaba, exprimiendo el aire de mis pulmones.

Me acerqué poco a poco hacia la cama, desesperada por alcanzar mi teléfono. Una llamada a Luca podría...

Un grito desgarró el silencio. Agudo. Penetrante. Puro terror.

—Elena —jadeé, reconociendo su voz al instante.

Sin dudarlo, me lancé hacia la puerta. Mi anterior parálisis se evaporó, reemplazada por una oleada de adrenalina. Alguien necesitaba mi protección. Levanté mi arma, el dedo en el gatillo.

—¡Aguanta, Elena! —grité, corriendo a través del pasillo.

Mis pies descalzos golpeaban contra el frío suelo mientras corría. La necesidad de proteger, de luchar, eclipsó todo miedo.

—¡FBI! ¡No se mueva! —grité, irrumpiendo en la habitación de Elena.

La escena ante mí me heló la sangre.

Abrí de golpe la puerta de Elena, mi arma en alto, el dedo tensándose sobre el gatillo.

—¡FBI! —grité, mi voz haciendo eco en la oscura habitación—. ¡Al suelo!

Pero las palabras murieron en mi garganta cuando asimilé la escena ante mí.

Elena se acurrucaba en el suelo, su rostro pálido como la tiza, los ojos abiertos de terror. Sus manos estaban atadas a su espalda y temblaba violentamente. Tanaka se cernía sobre ella, una sonrisa cruel torciendo sus labios. Su pistola presionaba contra la sien de Elena, el frío acero brillando en la tenue luz de luna que se filtraba por la ventana.

Mi estómago se revolvió. Esto era mi culpa. Yo lo había guiado hasta aquí, había puesto en peligro a los Vitale.

—Aléjate de ella, Tanaka —ordené, luchando por mantener firme mi voz.

Él no se movió.

—Baja tu arma, Marino. O pinto las paredes con sus sesos.

Elena gimió, las lágrimas corriendo por su rostro.

Vacilé, dividida entre el deber y la necesidad de protegerla.

—No le hagas daño. Ella es inocente en esto.

—Nadie en esta casa es inocente, y tú menos que nadie —se burló Tanaka—. Ahora baja el arma, o ella muere.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, buscando una salida. Pero sabía que me habían superado.

—De acuerdo —dije, bajando lentamente mi arma—. Hablemos de esto.

Los ojos de Tanaka brillaron con triunfo.

—No hay nada de qué hablar. Las dos vendrán conmigo.

—De acuerdo —dije, bajando lentamente mi arma—. Hablemos de lo que quieres.

La risa de Tanaka cortó la tensión, áspera y estridente. Rebotó en las paredes, haciendo que Elena se estremeciera. Sus ojos brillaban con una intensidad maníaca que me heló hasta los huesos.

—¿Crees que esto es una negociación, Marino? —preguntó, presionando la pistola con más fuerza contra la sien de Elena. Ella gimió, su cuerpo temblando incontrolablemente—. ¿Crees que tienes alguna ventaja aquí?

Luché por mantener mi voz firme.

—Todos tienen algo que quieren, Tanaka. Dime qué es. Podemos resolverlo.

Pero incluso mientras hablaba, sabía que era inútil. El cálculo frío en los ojos de Tanaka me decía que estaba más allá de la razón. Esto se trataba de poder, de venganza.

—Suelta el arma, Marino —ordenó, su voz fría y amenazante—. O tu amiga recibe una bala entre los ojos. Y luego veremos cuánto te ama tu precioso Luca cuando ambas estén muertas.

Mi corazón se aceleró. Pensé en Luca, en la calidez de su beso hace solo unas horas. ¿Lo volvería a ver alguna vez? El peso de mi pistola se sentía imposiblemente pesado en mi mano.

—Estás cometiendo un error —dije, ganando tiempo, desesperadamente esperando un milagro—. La familia Vitale no dejará pasar esto. Nunca estarás a salvo.

Mis dedos se aflojaron alrededor de la empuñadura de mi arma. El metal resonó contra la alfombra cuando la dejé caer.

El sonido hizo eco en la habitación, final y condenatorio. Había fallado. Fallado a Elena, fallado a mí misma, fallado al juramento que había hecho.

Los ojos de Tanaka brillaron con triunfo. Se rió entre dientes, un sonido que me puso la piel de gallina.

—Buena chica —dijo, alejándose de Elena. Su pistola permaneció apuntada hacia mí, sin vacilar—. Ahora ven aquí. Lentamente.

Di un paso adelante, mis pies descalzos silenciosos sobre la alfombra mullida. Mi mente corría, buscando un plan, una oportunidad, cualquier cosa.

—Ni siquiera pienses en intentar algo estúpido —advirtió Tanaka, su voz baja y peligrosa—. No estoy de humor para juegos.

Levanté las manos, con las palmas hacia afuera.

—Sin juegos —dije, dando otro paso cuidadoso—. Solo no le hagas daño.

Aturdida, mis piernas se movieron como en piloto automático. Me uní a Elena en el suelo, arrodillándome junto a su forma temblorosa.

Tanaka se cernía sobre nosotras, su pistola una amenaza constante. Sus ojos recorrieron la habitación, buscando cualquier señal de movimiento.

—¿Dónde está Luca? —exigió, su voz un gruñido bajo—. Sé que está aquí.

Mantuve mi rostro neutral, luchando por controlar mi corazón acelerado.

—Él no está...

—¡No me mientas! —espetó Tanaka, interrumpiéndome. Presionó la pistola contra mi sien ahora. El frío metal me hizo estremecer—. Sé que volví. ¿Dónde se está escondiendo?

Elena gimió a mi lado. Podía sentirla temblar.

—No lo sé —dije, forzando mi voz a permanecer firme—. Se fue antes. No lo he visto desde entonces.

Los ojos de Tanaka se estrecharon. Sostuve su mirada, rezando para que no pudiera ver a través de mi engaño. Si supiera que Luca estaba en la casa...

—¿Esperas que crea eso? —gruñó.

Tragué saliva.

—Es la verdad.

Cada segundo se sentía como una eternidad mientras Tanaka estudiaba mi rostro. No me atreví a mirar hacia otro lado, no me atreví a mostrar ningún signo de debilidad.

Sus ojos se clavaron en los míos, buscando cualquier destello de engaño. Meforcé a mantener su mirada, deseando que mi rostro permaneciera impassible. A mi lado, la respiración de Elena era entrecortada, sus dedos clavándose en mi brazo.

Tanaka abrió la boca para responder cuando su teléfono vibró en su bolsillo. Miró la pantalla, una sonrisa cruel torciendo sus labios.

—Justo a tiempo —murmuró.

Mi corazón se hundió. Luca. Tenía que ser él. Quería gritar, advertirle de alguna manera, pero estaba impotente.

Tanaka contestó la llamada, su voz un susurro escalofriante.

—¿Luca? Soy yo. Tengo algo que quieres. Algo... precioso. —Sus ojos se fijaron en los míos, llenos de alegría maliciosa—. Ven al ático, solo. O tu preciosa Bella... y la encantadora prometida de tu hermano... bueno, digamos que no verán el amanecer. Tienes una hora.

Terminó la llamada, deslizando el teléfono de vuelta a su bolsillo.

—Bueno, Marino —dijo—, parece que tu pequeño novio se preocupa por ti después de todo. Richardson no creía que lo haría.

Permanecí en silencio, mi mente acelerada. Luca venía. Caminando hacia una trampa. Y no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

La historia concluye en [Confianza y Tentación](#).